

Beltrán Vallejo

EL DÍA QUE NO HUBO ENEMIGOS

A DOS SIGLOS DEL ENCUENTRO ENTRE
BOLÍVAR Y MORILLO EN SANTA ANA





EDITORES

El día que no hubo enemigos

A dos siglos del encuentro entre Bolívar
y Morillo en Santa Ana

Beltrán Vallejo

Beltran Vallejo
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798510909647

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Introducción

La guerra de independencia entre 1812 y 1820 fue un crisol de matanzas rutinarias, ejecutadas por patriotas y realistas con la excusa de que el contrario era despiadado, y por tal motivo era menester contestarle con la misma moneda cruel. La guerra de independencia venezolana fue un macabro juego de espejos.

¡Venganza! Con esta motivación Bolívar justificó su decreto de “guerra a muerte” en el año de 1813, un texto para herir el alma de un pueblo y hacerlo violento. De igual manera un José Tomás Boves sustentaría en la retaliación la orden de ejecutar a todos los blancos, tal como lo expresó en su proclama de Guayaabal, toda una poética populista del sadismo, al son de corazones arrancados de los cuerpos que dejan de moverse.

A partir de estas bases tenebrosas reflexiono sobre el Tratado de regulación de la guerra y el Tratado de armisticio, ambos elaborado por comisiones “diplo-máticas” que representaron al ejército de su Majestad Fernando VII y al de la república de Colombia en un proceso de negociación cuyo momento culminante fue el encuentro realizado el 27 de noviembre de 1820 entre Pablo Morillo, general del “pacificador” ejército español, y Simón Bolívar, general y presidente de un mega país denominado “Colombia”. Se trata entonces de que en ese día de hace doscientos las identidades sangrientas tomaron pausa y se escon-

dieron, ya que a partir de esa jornada la guerra de independencia venezolana se “humanizó” y se transformó de guerra civil a guerra internacional, donde ambas fuerzas se reconocieron mutuamente como ejércitos beligerantes que representaban a dos gobiernos en conflicto.

Recalco, antes de esa fecha, se construyeron identidades viendo al “otro” como enemigo bestial al cual había que responderle sus acciones con las mismas acciones, tal como se justificó en los documentos antes señalados y en decretos, proclamas, órdenes y demás misivas que agitaron y estimularon la violencia cuya expansión fue más allá de los combatientes y de las batallas, ya que se ajusticiaron a los prisioneros y heridos, y se le aplicó el exterminio a una población no combatiente que no encontró tregua ni amparo en unos ejércitos exterminadores en nombre del Rey o de la patria.

Un 27 de noviembre de 1820 se enfrió un tribalismo bestial que había imperado en el campo venezolano y en sus villas, y que derivó en la deshumanización de contendientes y neutrales de manera física y moral, y cuya consecuencia fue un genocidio también físico y moral. Desde esta perspectiva, se debe presentar agudamente el hecho de que gracias a aquel tratado de regulación de la guerra hace doscientos años se frenó consistentemente un ciclo de violencia masiva que bien puede ser concebido, desde los parámetros del siglo XX y del XXI, como tiempos de crímenes

contra la humanidad, y a sus ejecutantes como criminales de guerra. Aunque también se debe decir que los mismos implementadores de las matanzas reconocieron que la dinámica de muertes y de violencia estaba en un umbral dantesco, por lo que había plena conciencia de dicha magnitud, pero cada quien hacía la justificación de sus propias tropelías como represalias contra la violencia del otro: un “ojo por ojo y un diente por diente”.

Sin embargo, de esa injusticia sin límites, que imperó desde 1812 hasta 1820, se abrió un instante de reconciliación entre los contendores, y que tuvo su gesto magno en el encuentro entre Simón Bolívar y Pablo Morillo, más los discursos que intercambiaron, las comidas compartidas y hasta la fantástica acción de que ambos enemigos durmieron bajo el mismo techo al final de aquella gloriosa jornada del 27 de noviembre de 1820 en Santa Ana, una localidad trujillana; o sea, en aquel mismo Trujillo donde se redactó en 1813 el documento que desde el bando patriota oficializaba la acción de exterminio a todo aquel que defendiera la causa del Rey, o de todo español que se mantuviera neutral o que no colaborase con los independentistas; me refiero al Decreto de Guerra a Muerte, del puño y letra del Libertador.

¿Cómo este momento de reconciliación se forjó? Pues de eso se trata este escrito, que tiene el propósito de confirmar que el tantas veces denostado quehacer político da unos frutos sublimemente tras-

cedentes cuando propicia que aparezcan los ángeles buenos de la naturaleza del ser humano. De manera que este escrito es un homenaje al quehacer político grande, laborioso, fundamentado en el respeto a los demás, sustentado en la responsabilidad sagrada. El 27 de noviembre de 1820 significa el triunfo del genio de la política desde sus formas más esenciales, porque fue la política la que obligó a Morillo a dar ese paso en contra de su voluntad; fue la nueva política del estado español la que exigía iniciar el proceso de negociación, y fue la política lo que impulsó posteriormente el deseo en el “pacificador” de encontrarse con su archienemigo para tratar de persuadirlo y que aceptara los términos de la corona.

En ese plano de la política, es de resaltar el ceremonial que significó el encuentro entre Bolívar y Morillo donde ambos explotaron ese resorte político que engloba la persuasión: el ganarse al otro. De acuerdo a los testimonios existentes, desde que se abrazaron ambos jefes hubo un juego de seducción mutua, se cortejaron, y precisamente es esta habilidad política la que quiero resaltar para presentarla con magnificencia ante estos tiempos de tanto distanciamiento político; tiempos donde la política ha sido encerrada dentro de los fríos parámetros de la ciencia, mientras se desdibuja su naturaleza como arte, la magnificencia estética de su seducción, y para eso abro esta interrogante muy humanizada: ¿cómo pudieron realizar el ceremonial político del 27 de noviembre de 1820

unos hombres que desde el año de 1815 estaban decididos a todo lo posible para acabar con la existencia militar y política que representaba su enemigo?; incluso, es indudable que abrigaron el deseo de acabar con la vida del otro.

La otra interrogante: ¿cómo habían impactado estas conversaciones, lo acordado, el encuentro entre ambos jefes, en las bases de esos ejércitos, en la oficialidad media y en los soldados? ¿Qué habrán sentido los comisionados de ambos ejércitos al verse frente a frente? ¿Qué sintieron unos enemigos tan enconados al sentarse en la misma mesa después de todos estos años de sistemática carnicería donde no se permitieron prisioneros ni heridos al final de las batallas, sino que iban directo al fusilamiento o a la degollina? ¿Qué habrá sentido el jefe negociador del bando patriota, Antonio José de Sucre, el que perdió a 14 parientes cercanos durante la guerra, entre ellos sus hermanos Pedros, Vicente y Magdalena, que murieron en manos del ejército realista?

Sin embargo, imponiéndose sobre los lógicos odios y sentimientos de venganza, tuvo primacía la política, sobre todo en el futuro Gran Mariscal de Ayacucho, el que sería el mentor de la redacción del proyecto de regulación de la guerra, toda una obra de humanismo, de magnanimidad. De tal manera, me permito pensar que cuando Sucre cogió su pluma, e impulsó las conversaciones con el enemigo encarnizado, se produjo en él un acto de liberación y dejó ir ese odio,

y elaboró su perdón a pesar de todo el sufrimiento que sin lugar a dudas lo embargaba, ya que estuvo consciente de que el perdón no es solo una cuestión personal o de índole religiosa, sino que el destino de pueblos enteros dependía de él. En ese momento, en la tierra venezolana, Sucre, junto con los comisionados del ejército republicano y realista, y después con el encuentro de Bolívar y Morillo, le dio al mundo un bello ejemplo de un liderazgo militar que tuvo la capacidad de usar también el escenario político para avanzar en objetivos pero respetando al contrario, estableciendo la relación humana, considerando y potenciando la naturaleza humana, y entrando así a la Modernidad desde los parámetros de ideas y pensamientos que desde hace un siglo avanzaba en eso de reconocer al otro a pesar de las diferencias.

Los trece títulos que componen esta obra ofrecen un panorama reflexivo y crudo sobre los antecedentes históricos, políticos, sociales e internacionales que contextualizaron el proceso de negociación que culminó en el encuentro de Santa Ana entre Simón Bolívar y Pablo Morillo. En cada uno de ellos abordo cada dimensión caracterizadora del trance histórico de un país en su nacimiento, y lo hago desde una jornada cimera que apuntaló el éxito del proyecto independentista.

En el título denominado “La civilización tuvo tropiezos desde el principio de la lucha”, hago una reflexión sobre el comienzo del genocidio con el la-

mentable suceso de la violación de lo acordado en la capitulación de San Mateo por parte del jefe realista Domingo Monteverde, un hecho que alimentó el carácter criminal de la lucha, radicalizó a los bandos contendientes y rompió los puentes de comunicación más básicos entre ellos. La vileza que cometió Domingo Monteverde significó una herida de donde iba a manar mucha sangre, pues sería una primordial justificación del Libertador y de los demás caudillos patriotas para desatar la guerra a muerte y acompañar así el afán destructivo del bando realista, y así ambos sectores convertirían a Venezuela en un inmenso camposanto.

En el título “Sin el derecho de gentes”, manifiesto mi opinión sobre la peculiaridad atroz de que los actores en conflicto no hayan considerado algunos avances en la “civilización” de las contiendas bélicas, que ya existían fundamentalmente en Europa, y que al contrario se decidieron deshumanizar la guerra y suprimir cualquier convención e imponiendo el bestialismo como forma de lucha.

En el título denominado El Decreto de Guerra a Muerte, hago mi reflexión en torno a dicho documento que ha sido considerado por muchos como el texto más polémico que haya redactado el Padre de la patria. Resalto en mi análisis que este documento se realizó con un firme propósito de concebir una identidad que permitiera la polarización clara en la contienda, pero más bien fue a su vez un basamen-

to para la experiencia genocida que lamentablemente vivió el nacimiento de la patria. Resalto que mientras los efectos de este TEXTO mantuvieron su vigencia, no pudo el quehacer político entrar por algún resquicio en la realidad de la contienda independentista.

El título del “El bando de Guayabal” se trata de un documento mellizo con el anterior, es un texto gemelo con el bolivariano, elaborado por el “taita” Boves para imponer también su doctrina criminal de hacer la guerra, pero aderezada su prédica con la repartición de los bienes del enemigo para sus huestes e insuflando en ellas el saqueo y un imaginario violento pero distributivo que quedará clavado en el sentir popular que acompaña la identidad compleja y difícil del pueblo venezolano.

En el título “La llanerada cambió de bando”, hago reflexiones sobre el ingrediente de explosiva violencia social querepresentó la participación de los llaneros en la guerra de independencia, un compuesto integrado por los sectores explotados durante el coloniaje y que combatieron masivamente bajo las banderas del Rey, pero que con el transcurso de los años, después de la muerte de Boves, y con la llegada de la expedición pacificadora capitaneada por Pablo Morillo, pasaron a incorporarse a las filas del ejército patriota, y ese proceso lo resalto como determinante para el éxito del proyecto revolucionario, y que también asocio con el inicio de instantes más humanizados del conflicto bélico.

En el título “Camino a Santa Ana” hago mis reflexiones sobre los primeros pasos en ese sendero que culminarían en el encuentro de Santa Ana entre Simón Bolívar y Pablo Morillo. Destaco en mis comentarios el hecho de la transformación de Bolívar, que viene del exilio caribeño con una nueva actitud y con un nuevo pensamiento político y social en torno al conflicto, cuestión que se reflejó en sus primeros anuncios y decretos donde de su parte le ponía fin a la etapa de guerra a muerte, que él inició en 1813, y exhortaba a hacer la guerra de manera más humana, además de sus lineamientos a favor de la liberación de los esclavos.

En el título denominado “La antesala de Santa Ana está en España”, reflexiono sobre como la revolución liberal que se impuso en aquel país, cuyo primer acto insurreccional significó que la tropa que venía a Venezuela a sofocar la rebelión patriota no saliera del puerto sino que se quedara en la península acompañando al liberalismo, fue determinante en el cambio de política hacia el conflicto en Sudamérica, ya que significó la llegada de unas instrucciones que le imponían a Morillo realizar acercamientos con los independentista, negociar una tregua y por medio del diálogo lograr que los rebeldes tomaran en cuenta el cambio liberal que congeniaba con su ideología, y así dejaran la lucha y se sometieran a la autoridad española.

En el título “Morillo en su Laberinto”, hago reflexio-

nes sobre este líder inmerso en angustias, preso en la frustración, y que después de su recorrido represivo, desde España le dictan las órdenes de negociar con un enemigo que hasta ese momento para él no merecía solución de paz, sino sometimiento duro, sin piedad. Se trata de un personaje al que se le extinguió la esperanza y sobre él cayo la frustración y la desesperación al ver la ruina de su ejército que después de varios años de lucha no contaba con la ayuda de España, y que ahora tenía que ser el ejecutor de una política amarga que no comprendía, que no la veía fructífera, y que sin embargo acató y tubo el temple de sostenerla a pesar de lo incómodo que fue el Libertador al principio, y después veremos a ese Morillo en Santa Ana con los convencionalismos diplomáticos y disfrutando de un cordial diálogo con su enemigo más tenaz.

En el título concebido como “La antesala del breve instante de paz”, destaco el hecho de los escarceos, de los avances y retrocesos previos a las negociaciones en Trujillo entre patriotas y realistas. Reflexiono también sobre las posturas inamovibles e inflexibles de Bolívar para condicionar el comienzo del diálogo. Reflexiono sobre la disposición tanto de Bolívar como de Morillo en mantener posturas inamovibles que frenaron al principio el impulso de las negociaciones; no obstante, terminaron aceptando que era beneficioso para ambos bandos este paréntesis negociador.

En el título denominado “Los integrantes de las comisiones negociadoras”, expreso mis opiniones sobre las condiciones que reunían los personajes que integraron los equipos de negociación del bando patriota y del realista. En esos comentarios, hago ver la significación de cada uno de ellos, los vínculos que existían entre ellos, el grado de actuación que ellos han tenido con sus respectivas responsabilidades, y así destaco el papel de Antonio José de Sucre, quien realizó una labor estelar como autor del tratado de regulación de la guerra, un texto que fue presentado en la mesa de negociación por los independentistas, y que además de ser un logro político y humanista, el mismo puede ser presentado como uno de los documentos más importantes de la historia diplomática de Venezuela y de Hispanoamérica.

En el título once, denominado “La negociación”, hago mis reflexiones en torno al proceso negociador y los tratados finiquitados. Reflexiono en sí sobre algunos artículos de los acuerdos alcanzados, transmitiendo mis impresiones sobre la importancia de cada uno de ellos y su significado en eso de establecer un orden humanizado del conflicto. Destaco el avance de un trabajo negociador donde fue primordial el reconocimiento del gobierno de Colombia por parte de las autoridades españolas, aunque no se terminó de reconocer la independencia de la nueva república; pero el avance político en beneficio de los patriotas fue inmenso, y sin dejar de resaltar el logro militar en

el posicionamiento sobre el terreno geográfico de las fuerzas en pugna, teniendo como centro la realidad inestable de la plaza realista de Maracaibo, punto que sería el motivo para la ruptura de la tregua. En fin, intento presentar los paradigmas que se expresaban en cada propósito que se abría paso en ellos, cada sueño compartido, cada aspiración en comunión.

En el título doce denominado “Encuentro de Santa Ana”, hago una extensa reflexión sobre los pormenores de aquel encuentro entre Simón Bolívar y Pablo Morillo en la localidad de Santa Ana, hace doscientos años. En esa parte expreso mis reflexiones sobre una jornada aurífera, un día que es una mina de oro por toda la riqueza de comportamiento político ahí expresado, por todo el brillo de las convenciones diplomáticas ahí manifestadas, por todo el fulgor de las aspiraciones, por toda la luminosidad en torno al talento de un Bolívar. En fin, trato de presentar una radiografía del juego subjetivo que se desarrolla en un caribeño ajedrez de sentimientos, maquinaciones y poses entre dos personajes que hasta hace poco dirigían fuerzas de exterminio, pero que en ese instante lograron imponer una tregua profunda sobre sus odios, y lograron refrenar las aguas de esos océanos de destrucción que ellos representaban, que ellos encarnaban. Creo en el esfuerzo apasionado que he hecho para transmitir en este escrito ese caleidoscopio que fue el encuentro entre dos líderes, y exaltar la sagacidad de nuestro “padre de la patria”.

En el título trece, “Después de Santa Ana”, hago reflexiones sobre algunas correspondencias, entre ellas la que el Libertador envía al rey de España; hago mis reflexiones sobre el tipo de relación que había quedado entre Morillo y Bolívar; hago mis reflexiones también sobre un texto donde Bolívar confiesa cual fue su actitud en torno a ese encuentro, haciendo eso con franqueza y sosteniendo que el propósito de esa confesión es rebatir las críticas que habían surgido en el propio campo patriota en relación a su encuentro con el jefe realista, unas críticas que lo habían incomodado en demasía. Es una reflexión que hago sobre ese capítulo que intenta evidenciar ese Bolívar astuto, humanamente político como ser de maquinaciones y como hombre habilidoso con las poses.

Por último, unas conclusiones que no intentan alejar ningún demonio interpretativo sobre ese evento de hace doscientos años, más bien intento convocarlos, aglutinarlos, alentarlos, motivarlos en torno al Libertador y su condición de diablillo; y lo hago para hacer entender la fortaleza de la política, pero la que está impregnada con la sagacidad mágica para abordar retos, superarlos y vencerlos.

La civilización tropezó desde el principio

En el año de 1812 se dio un capítulo ignominioso. Se trató de la fallida capitulación de San Mateo donde Francisco de Miranda estampó su firma con la de uno de los personajes más viles de la historia venezolana, diría yo que también de Latinoamericana; me refiero a Domingo Monteverde, un oficial espectacularmente indigno y deshonesto que después desaparecería tal como apareció, de manera muy rápida, como si fuera una pesadilla brevísima pero enfermiza, devastadora, y que para despertar de ella costará años de dolor, sufrimiento y muerte.

Miranda capituló ante los realistas con la finalidad de una salida digna para la patria ante el avance monárquico en su labor de reconquistar a Venezuela. Miranda intentó terminar la escenografía atroz de su fracaso como militar y político. Que manera tan azorada de parte de Miranda para concluir su aventura en Venezuela donde sólo obtuvo una derrota fulminante. En fin, pobre Miranda. Él tomó esa medida de capitular ante una realidad imposible de superar, ya que imperaba la derrota militar, las deserciones, las traiciones, la agitación social de los esclavos alentada por los españoles y sus curas, más el cuadro de descomposición de su propio ejército que no pudo transformar en una maquinaria militar a lo europea, golpeado también por la caída del Castillo de Puerto

Cabello en manos de un ineficaz Bolívar, y en medio de un país en ruinas por la cólera de un terremoto, y en medio de las intrigas de un mantuanaje que en verdad nunca lo quiso en la jefatura del ejército patriota.

Con un enfoque europeizado, el Precursor consideró que rasgos del estamento liberal, y de las ideas liberales plasmadas en la constitución de Cádiz de 1812, podían estar presentes en el liderazgo realista que lo confrontaba, lo cual significaba asumir unas convenciones de cierta civilidad y de humanidad en el conflicto; y con esta esperanza le propuso al comandante español un armisticio para entablar un diálogo en aras de no seguir con el derramamiento de sangre. Esta determinación, por su magnitud dramática, no fue inconsulta, como ciertos historiadores han dejado ver para así imponerle una leyenda negra a Miranda y que se aproxima a la traición. Más bien este general convocó a los miembros del gobierno republicano, a su alta dirección, entre ellos al propio Juan Germán Roscio, Pedro Gual y Francisco Espejo, entre otros, y de dicho conciliábulo se redactó un documento consensuado que abalaba el inicio de las conversaciones con Monteverde en función de un armisticio y un cese al fuego (Blanco y Azpurua, 1977, p. 74). Pues se iniciaron las negociaciones que al final significó la rendición del ejército patriota pero con el respeto de las vidas y bienes de los participantes en la revuelta contra la corona, y por tales previsiones fue firmada y jurada la Capitulación.

Quedó para la historia de la infamia las cláusulas de aquel texto, firmadas y juradas por el marino Monteverde, pero que las violaría sin pudor. Uno de las partes de la capitulación dice así:

En el territorio no reconquistado, las personas y propiedades serán respetadas, que nadie caerá en prisión ni sufrirá penas por las opiniones que hubiera manifestado; que dará pasaporte a los que deseen salir del país en plazo que se estipularía y que se pondría en libertad a los prisioneros de uno y de otro bando” (Brewer, 2016, p.115).

El propio Miranda escribió a las autoridades españolas, en 1813, una carta desde su calabozo de la Carraca donde protestó el incumplimiento de los acuerdos y la saña represiva que acompañó esta arbitrariedad de Monteverde. A continuación, algunas de sus palabras en esta misiva:

En exacto cumplimiento de él se entregaron los pueblos al jefe español, deponen sus armas con prontitud y lealtad y se someten gustosos a un nuevo orden de cosas, que creyeron les produciría el sosiego y la tranquilidad; los más tímidos cobran vigor, y al leer la proclama del comandante general D. Domingo de Monteverde, de 3 de agosto, y la pastoral del M. R. Arzobispo, del 5, se apresuran todos a la regeneración del país y a una sólida pacificación, y nada falta para que la capitulación quede plena y satisfactoriamente cumplida por nuestra parte. ¡Con cuánto placer me lisonjeaba yo de haber llenado mis deberes con de-

coro e integridad, de haberme identificado con las benéficas intenciones de las Cortes generales de la nación española, de ver al jefe de la expedición fundar su allanamiento en la augusta mente de aquel gobierno legítimo y de observar a lo lejos un horizonte luminoso, cuyas luces vendrían al cabo a restablecer la paz y a unir recíprocamente los interés de ambos hemisferios!.

Pero ¡cuál mi sorpresa y admiración al haber visto que a los dos días de restablecido en Caracas el gobierno español, y en los mismos momentos en que se proclamaba la inviolabilidad de la capitulación, se procedía a su infracción, atropellándose y conduciéndose a las cárceles a varias personas arrestadas por arbitrariedad o por siniestros o torcidos fines! Estos primeros excesos, cometidos contra la seguridad común y contra el pacto celebrado, agitaron las pasiones de los que sólo buscaban un apoyo para desahogarlas; se multiplican las denunciaciones, se califican por delitos de Estado opiniones políticas sostenidas antes y olvidadas por virtud de aquel contrato; y, en fin, enlazándose crímenes, se abren las listas de una proscripción casi general, que redujo a luto, llanto y desolación a los infelices habitantes que, habiéndose librado de los estragos del terremoto, se entregaron con generosidad y confianza a las seguridades y garantías tantas veces ratificadas (Ibíd, p. 120).

Este hecho vil, donde se violó a rajatabla el decoro de la palabra y de lo pactado, marcaría desde ese

momento el rumbo del caos. La Historia recoge un sinnúmero de instantes de este tipo concernientes al irrespeto total de la palabra empeñada, para que a partir de ahí se expresen las conductas más abyectas. En sí, si el hombre desbarata lo que afirma y jura, entonces se abre la puerta para que se libere lo malo. El hombre se pierde cuando hunde su palabra en la nada. Después de eso, no hubo oportunidad para ninguna regulación pacífica, para ningún respeto al enemigo porque no es merecedor de ninguna consideración.

¿La infamia de Monteverde fue exclusivamente su individual delito moral? La respuesta es no porque esa actitud del canario fue la expresión de una política de Estado de la Monarquía que no le otorgaba al bando patriota ningún reconocimiento de orden político, sino que se trataba de traidores y bandidos de la peor estirpe, merecedores de cualquier tipo de villanía. La falta de palabra y la violación de los acuerdos de la capitulación de San Mateo por parte de Monteverde lo planta ante la historia como un fantasma que ronda sobre los años de guerra más cruentos; lo convirtió en un espanto que prolonga sus andanzas a través del tiempo. Con Monteverde se inicia toda una larga lista de personajes perversos, y hasta parece que el recorrido histórico de Venezuela significa el predominio de la maldad. Por eso es que nuestra historia patria, al relatar el hacer de tantos actores que causan desaprobación, también es un recuento fascinante

porque tales vidas son caricaturescas, y tal es su potencia atractiva al ser sublimes estas caricaturas por su maldad y sus crímenes, por sus infamias, pero que terminan cayendo con estrépito para evidenciar la nimiedad del poder.

Sin el derecho de gentes

Sobre la profundidad del drama de sangre y violencia que significó la guerra de independencia venezolana, pudiéramos creer que las atrocidades realizadas por realistas y patriotas tuvieron su base en la inexistencia en aquellos tiempos de normativas o disposiciones jurídicas que obligasen o al menos impusiesen restricciones sobre el afán de cometer brutalidades en una contienda bélica, ya sea por retaliación o por propósitos militares, o que no existía algún tipo de contención plasmada en convenciones internacionales que frenara la violencia bélica irracional sobre la población civil desarmada o indefensa; pues no, ya para el inicio de la guerra de independencia venezolana existían ciertos principios de obligado cumplimiento donde los ejércitos tenían que sujetarse a esas normativas; me refiero al “derecho de gentes”, invocado hasta por carniceros como Napoleón Bonaparte.

Debemos decir que lo que se concibe como “derecho gentes” se perfila desde el siglo XVI con los aportes del dominico español Fernando de Vitoria(Pereña,1952, p.603) y su visión de la comunidad natural de todos los pueblos, que por cierto excluía la relación por la fuerza, ya que los Estados tienen límites morales en su obrar; entre ellos, el precepto natural de la vida como inviolable. En ese plano, igualmente el proyecto civilizatorio que formularon idealistas de la Modernidad Ilustrada, y que también comprendía el cómo hacer la guerra de manera decente; y hasta en

Latinoamérica se habían presentado principios bien de forma y de fondo sobre la necesidad de aminorar el impacto destructivo de los conflictos bélicos.

Al respecto, dijo uno de los sabios más representativos de la América toda, Andrés Bello, lo siguiente:

Deben, pues, observarse en la guerra, aquellos pactos que fijan reglas de conducta para el caso de sobrevenir un rompimiento entre los contratantes, verbigracia (sic), el tiempo que se dará a los súbditos del uno para retirarse del territorio del otro, la neutralidad de un puerto, ciudad o provincia de uno de ellos, etcétera./ Aún es más necesaria la observancia de los pactos que se celebran en la guerra misma, como son las capitulaciones de plazas, la convenciones de tregua, las relativas al canje o rescate de los prisioneros, y otras variadas de que después se hará mención. Porque no todo deber cesar, ni todos los vínculos de la humanidad se rompen entre las naciones que se hacen la guerra; y bien lejos de suspenderse en ellas la obligación de guardar fe, nunca es más importante a los hombres; pues en el curso de la guerra hay mil ocasiones en que, para poner a raya sus furores y moderar las calamidades que acarrea, la salud de ambos beligerantes exige que traten y estipulen sobre varias materias, sin lo cual la guerra degeneraría en una atroz y desenfrenada licencia, y sus males no terminarían jamás (Bello,1946,p.307).

Es decir, hasta en la tierra americana forjada por la cruel conquista y el genocidio aborigen existía comprensión sobre la humanidad en su sentido de contradicción con la fuerza bruta y el vejamen como forma de poder impuesto. Sí, existían convenciones que tocaban como hacer la guerra mediante principios que no atentasen contra la dignidad del ser humano. Y dentro de la propia mentalidad española existía el antecedente histórico de toda una prolongada guerra entre cristianos y árabes en la península Ibérica donde se firmaron treguas y paces entre los reinos que permitieron hacer más llevadera las hostilidades, y se garantizó la integridad de pueblos no combatientes, de heridos, de prisioneros; de tal manera que fue llevadera esa contienda hasta los parámetros de cierta convivencia entre un estado de guerra y otro de paz para mantener canales de comunicación, de acuerdos, de cohabitación a veces. España, en su estado natural de pueblo violento, también tuvo su oasis de relación armónica entre enemigos. España no ha sido toda sangre y barbarie; en ella también ha existido su espacio de humanismo en la propia mentalidad guerrera de un pueblo habituado a la severidad o a la crueldad. De tal manera que tanto españoles como patriotas conocían de distintas convenciones que intentaron darle a la guerra unos cánones de comportamiento civilizatorio, tratándose de unos protocolos y rituales que pretendían ajustar el proceder de los contendientes. Se tiene información de que el propio Simón Bolívar y varios de los jefes militares patriotas

tenían conocimiento de la obra militar escrita por el Conde Raimundo de Montecuccoli, intitulada *Reglas del arte de la guerra*, publicada en España en 1812, tratándose de un texto que recogió la manera de hacer las capitulaciones, más otros protocolos.

Lo que quiero enfatizar es que reglamentos existían, convenciones civilizatorias estaban en auge, leyes y acuerdos para humanizar la guerra se encontraban presentes en el occidente cristiano. No obstante, hubo la determinación de la corona de España, y de sus jefes militares y civiles, y también del liderazgo patriota, de no considerar nada de eso que significara la guerra con altura, sino que impusieron con mucho afán el máximo dolor, sufrimiento, castigo y expoliación sobre el otro, sobre el enemigo y sobre un indefenso pueblo que en mala hora le tocaba tener los vejámenes de alguno de los ejércitos en pugna. En la guerra de independencia venezolana no hubo ley ni civilidad, sólo bestias, sólo afán de exterminio.

.

El Decreto de Guerra a Muerte

La guerra de Independencia venezolana fue lo que dijo Bolívar en 1814: “Una devastación universal ejercida con el último rigor que ha hecho desaparecer del suelo de Venezuela la obra de tres siglos de cultura, de ilustración y de industria. Todo ha sido anonadado (Bolívar, s/f, p.606). Es importante encontrar las raíces de tanta maldad. Y pensar que fueron ideologías cerradas y un cúmulo de resentimientos sociales lo que hicieron posible tal destrucción. Un testimonio del Intendente de Venezuela, también en ese año 14, presenta más detalles sobre tal panorama: “Esta no es una exageración, es una verdad que la he palpado con bastante dolor. Yo he quedado sorprendido al ver los caminos y los campos cubiertos de cadáveres insepultos, abrasadas las poblaciones, familias enteras que ya no existen sino en la memoria” (Restrepo, s/f, p.271).

¿Qué demonios se desataron dentro del alma de los contendores? Hay estudios demográficos, como los de Pedro Cunill Grau (1987), que registran la población venezolana para 1807 en una cifra de 1 millón de habitantes, pero que para 1820 se había perdido el 44% de la misma (p.323). En eso incidieron múltiples factores, como el hambre, las enfermedades, o los que agarraron el destierro hacia las islas del Caribe, y no cabe dudas que también la cuchilla del asesinato en los caseríos y campos y los encuentros bélicos aportaron su caudal de sangre, porque no hubo cle-

mencia para los prisioneros ni piedad para los heridos, y la población no combatiente se convirtió en blanco predilecto de ejércitos y guerrillas.

Dijo don Nicolás Ascanio, en la *Gazeta de Caracas* (1815):

Extended la vista sobre nuestras poblaciones todas, y no encontrareis una siquiera que no esté desolada... no hallareis una sola familia de las que han quedado que no esté llena de luto y de miseria: en todas partes se han sacrificado inútilmente así en la guerra civil y a muerte, como en los suplicios, millares de hombres tanto europeos como americanos (Torres,2018).

Es como decía Dostoievski en su novela *Los demonios* en relación a la oscuridad de algunos seres humanos, algo como un fondo tortuoso que cubre la personalidad de demonios como Boves o como el diablo Briceño, este último un líder patriota genocida del año 1814. Me ubico en entenderla negritud de algunas almas como secreta raíz de buena parte de ignominias que desafiaron a diario todo lo que pudiera presentarse como humano en medio del espanto. Dijo Nietzsche que “El hombre es, en efecto, el más cruel de todos los animales [...] El hombre es consigo el más cruel de los animales [...] El hombre necesita, para sus mejores cosas, de lo peor que hay en él” (Nietzsche, 2004,p.73).

Podemos entender con estas palabras que la crueldad fue esencial para los dos ejércitos porque determina-

ba el modo de pensamiento imperante para aquella época. Es decir, las matanzas no sorprendieron a nadie en aquella época. La crueldad fue un ingrediente de la cosmovisión cultural realista y de las huestes a caballo que dirigió Páez y otros jefes patriotas. A Venezuela, durante su violentísimo siglo XIX, se la ha identificado automáticamente por los excesos y maldad, donde muchos de los protagonistas históricos cultivaron los desmanes; no fueron corrientes marginales en el devenir histórico venezolano. También España, que se negaba a sangre y fuego a perder su colonia, siempre ha tenido fama de ser adicta a lo sádico, afincada en el gusto natural por la crueldad extrema. Hasta en la picaresca, unode los géneros literarios más afín a la españolidad, se puede encontrar la lección reiterada de que el mundo es brutal, por lo que hay que asumir esa condición para sobrevivir en él. Para más muestra, esa escena de la novela *El perro andaluz* donde un hombre le saca el ojo a una mujer con una navaja de afeitar.

Entonces la vorágine fue insaciable. El incendio tuvo un buen combustible en la colonia y en su sistema de desigualdades. La flor del crimen se abrió con el contacto de aquel rocío que significó la guerra de Independencia. Nos preguntamos, ¿qué ideales valieron así la pena ?; ¿qué rey o que patria valieron ser defendidos con tanta muerte y devastación? Creemos que no fue la república ni fue la monarquía las que generaron tanta violencia, sino los instintos de la tri-

bu los que motivaron el genocidio; ante ellos, no hay racionalidad que valga. Cuando los actores históricos son meros instrumentos de esos instintos, entonces el devenir histórico queda en un pozo profundo. Los instintos de la tribu cohesionan, unifican, amarran, pero enferman, ciegan y dañan a todo aquello que no forma parte de ella, porque esa unión entre animalidad y creencia sólo conlleva históricamente a la destrucción de otras castas, de otros grupos, de otros pueblos, y este fondo puede ser reelaborado discursivamente con cualquier oropel, con cualquier retórica, con Dios o con la Ideología, o con cualquier sufrimiento añejo, cualquier vieja venganza.

Desde los instintos de la tribu, vamos a entender como el realista vio al patriota y como el patriota vio al realista, y es entonces que ubicaremos el paradigma que se impuso durante la guerra de independencia venezolana e hispanoamericana. Desde el lado realista, el proceso político activado por los mantuanos desde 1810 fue una infamia destructiva en lo social, en lo moral, en lo religioso, en lo cultural, y cuyo núcleo es la deslealtad al Rey. ¡Traidores!; eso eran los patriotas, y eso fue suficiente para imponerles los más severos castigos. Y además, también entendieron los realistas que esa traición generaría graves consecuencias hasta para los mismos perpetradores de la traición. ¿Qué hace una tribu cuando ve su esencia herida y pisoteada? Las creencias de la tribu son su alimento y su nutriente; hasta que eso, de repente, se ve impedido,

se ve abolido; ¿cuál puede ser la respuesta de la tribu? La respuesta se ve simple, pero es más compleja porque la tribu se hace víctima sufrida. He aquí parte de una correspondencia del Ayuntamiento “realista” reinstalado en 1812 por Monteverde:

...el día diecinueve de Abril de mil ochocientos diez, día funesto en que un puñado de hombres sin talentos, sin virtudes y sin opinión usurparon el nombre y los derechos del Pueblo, depusieron a las legítimas autoridades, violaron la santidad de la religión, encadenaron a los hombres de bien, cubrieron de luto a las familias honradas, sedujeron la sencillez de los pueblos, fascinaron a los ignorantes, y echaron sobre su desgraciada Patria el borrón más ignominioso y menos merecido (Ayuntamiento de Caracas, 1812)

Para el realista, lo que implantaron los mantuanos como ente de gobierno, a raíz de la expulsión de Vicente Empara el 19 de abril de 1810, fue ilegítimo y además producto de ambiciones y egoísmos de una casta social ilusa y mandona, que no le importaba generar ruina y desolación. Fijémonos que los primeros jefes de la revolución capturados, entre los que se contaban Juan German Roscio y Miranda, entre otros, fueron catalogados de “monstruos”. Nos detenemos en este calificativo porque en él se indica el evidente propósito de la deshumanización, de ir suprimiendo rasgos humanos en el enemigo, de ir borrándolos, además de que eso se certifique en proclamas y documentos oficiales para facilitar

las otras tareas de represión y exilio, hasta llegar al paroxismo exterminador. Tenemos aquí un proceder antiguo que consiste en quitar nivel humano al “otro”, lo que facilitaría el subconsciente adecuado para la maldad; así lo hicieron griegos y romanos, y quedó sembrado infernalmente hasta los tiempos de un siglo XX con máximo genocidio donde destaca el modelo homicida hitleriano, el que no consideraba a los judíos como seres humanos, y a los rusos los calificó de “subhumanos”.

Esa monstruosidad, adjudicada al mantuanaje anti-colonial, calificó el alto nivel de maldad y peligrosidad rebelde: son monstruos porque su ambición es destructiva; son monstruos porque son foco de confusión y división; son monstruos porque enfrentan al Rey y a la religión; son monstruos porque causarán mucho dolor y daño. El monstruo siempre fue temido, aunque era obligante acabar con él. Veamos que Hitler no consideró a los judíos monstruos; nunca concibió a ese pueblo con esa fuerza destructiva, pero eso no aminoró su ideal genocida. El hecho entonces de que el patriota fuese un monstruo obligaba a que sea enfrentado con crueldad lícita, bendecida, salvadora, que da gusto. Por supuesto que la compasión no podía estropear esa imagen; ella no tenía cabida en la necesidad social de la sobrevivencia de la tribu amenazada por una monstruosidad infame y desleal. Decía Nietzsche que la compasión es el síntoma de una vitalidad débil, por

lo que nosotros decimos que los realistas afirman la figura del monstruo en el patriota para desarrollar en su psiquis represiva una vitalidad fuerte. Dicha compasión por el monstruo sólo puede generar sufrimiento y miseria para la tribu amenazada; la compasión pone en tela de juicio la sobrevivencia realista. ¿No es la compasión un sentimiento con cualidad cristiana? ¿No es el cristianismo la razón de ser de la monarquía española? Pues bien, el cristianismo tiene el proceder de negarse así mismo para apuntalar uno de sus principios, que es el de la mortal unidad de voluntad, donde alejarse del humanismo es conducente y factible para fortalecer el dogma y la institucionalidad como expresión de poder.

Por su lado, los patriotas también prepararon su discurso para el genocidio. Por cierto el abogado patriota Antonio Nicolás Briceño emitió un decreto donde exhortaba al exterminio de todos los españoles; y no solo escribió, sino que en el territorio que le tocó ocupar con su tropa, se dio a la tarea del asesinato sistemático de todos los peninsulares que cayeron en sus manos. He aquí párrafos de una correspondencia enviada a Simón Bolívar a principios del año de 1813 donde plasmó sus propuestas para la liberación de Venezuela:

“Como esta guerra se dirige en su primer y principal fin a destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos, en que van incluso los isleños, quedan por consiguiente excluidos de ser admitidos

en la Expedición por patriotas y buenos que parezcan, puesto que no debe quedar uno solo vivo... (Restrepo. Op.cit. p. 182).

La memoria colectiva, a la luz de estas palabras de uno de los patriotas más fanático de la época, debe reconocer este trazo genocida como herencia; reconocerlo, admitirlo, respetarlo, temerle y reflexionarlo. Esos años de matanza en Venezuela también generaron ese léxico de Briceño sobre el que se reorganizaron relaciones sociales sobre un campo de exterminio. Briceño fue un abogado culto, prócer de la primera hora de la independencia, firmante del acta constitutiva de la república de Venezuela, el 5 de julio de 1811, por lo que lo imaginamos en ese rol discursivo como realización simbólica de una práctica social genocida que él la ha codificado como ley de la república. Estas palabras de Briceño son un desafío a la propia condición humana; fue una alabanza a lo inhumano en un país que nació como crimen contra la humanidad. La figura del genocida sembró nuestra nacionalidad sobre la base de la destrucción de la identidad nacional española para imponer otra identidad nacional. Así se fue construyendo la venezolanidad; se fue haciendo en la acción violenta radical y en el discurso de los exponentes más extremistas del proyecto independentista.

Pero es el gran líder Simón Bolívar el que impone en toda su extensión un régimen genocida en Venezuela. He aquí párrafos del decreto de Guerra a muerte

del Libertador Bolívar, firmado en Trujillo, un 15 de junio de 1813:

Tocados de vuestros infortunios, no hemos podido ver con indiferencia las aflicciones que os hacían experimentar los bárbaros españoles, que os han aniquilado con la rapiña y os han destruido con la muerte; que han violado los derechos sagrados de las gentes; que han infringido las capitulaciones y los tratados más solemnes; y en fin han cometido todos los crímenes, reduciendo la República de Venezuela a la más espantosa desolación. Así, pues, la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla. Que desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infestan y han cubierto de sangre; que su escarmiento sea igual a la enormidad de su perfidia, para lavar de este modo la mancha de nuestra ignominia y mostrar a las naciones del universo que no se ofende impunemente a los hijos de América(Varios autores,s/f,p.213).

He aquí un texto polémico, complejo, delicado para el sostenimiento de ese culto a la personalidad que ha tenido primacía en torno a la figura de Bolívar y de su legado histórico.Se trata de un documento merecedor de cuestionamientospor la gravedad de las aspiraciones que el héroe transmitió a manera de arenga y de proclama de venganza. He aquí al Bolívar “némesis”, al Simón Bolívar juez y verdugo; vemos al líder que no tuvo inconvenientes en aplicar la vindicta sin clemencia sobre una casta social afiliada

a una causa ideológica. Algunos historiadores han dicho que esta proclama fue contraproducente para la causa independentista, ya que más bien alentó la violencia realista y su otro ciclón de crueldad bajo la llanera dirigida por José Tomás Boves, pero entendamos el juego de espejos sustentado en la venganza mutua. Vean pues que Bolívar también catalogó de monstruos a los “españoles”; es decir, a los nacidos en España que estuvieron con la monarquía o que no estando con ella tampoco hacían algo favorable para la causa patriota. Al hispano entonces les impuso el epítome de “bárbaros” cuyos desmanes hay que frenarlos y ser objeto de venganza que será una dosis de la propia medicina hispana. Por cierto, desde este documento se aprecia lo odioso que es la impunidad para Bolívar.

La venganza, más que justificación, es purificación para realinear un sistema de cosas sobre el sufrimiento de las víctimas; y la venganza fue ejercida sobre una españolidad bárbara que es el eco de aquellos tiempos cuando una Roma civilizada llegó a la península ibérica a traer la luz sobre pueblos semibestias que siglos después formarán parte del inmenso universo de pueblos bárbaros que acabarán con un tiempo histórico de gloria y de cultura, como lo fue el imperio romano. He ahí que queremos destacar que tiene acierto la naturaleza bárbara del español, tal como la catalogó Bolívar como descendiente directo de españoles en América, y que se identifica con

la etiqueta que siempre ha tenido una España como pueblo europeo atrasado con respecto a sus vecinos, y que es la de una nación oscurantista, sometida a taras culturales y retardos que se expresan en su atraso económico y tecnológico en comparación con otros países de Europa.

El Libertador dijo en 1813, a la luz de lo que vendría en 1820 con el armisticio y regulación de la guerra en Santa Ana, que los españoles: “Han infringido las capitulaciones y los tratados más solemnes”(Ibidem). Es esto un comentario sentido con el calor reciente de la violación del armisticio de San Mateo en el año de 1812 por parte de ese jefe vil llamado Monteverde. Es decir, la barbarie española no tuvo “palabra”. Los patriotas no se podían fiar de la españolidad porque es innoble. Y en esto destaco lo que hasta el propio Bolívar tuvo que superar previamente a las conversaciones de Santa Ana; me refiero a posibles dudas y la resistencia justificada en eso de creer en un español que hasta ahora no ha cumplido lo que firma, y que esta villana forma de ser ha traído el sufrimiento del pueblo venezolano. En fin, esa nación de criminales que sometió a una Venezuela inocente tiene que cosecharlo que ha sembrado con tanta muerte y destrucción, por lo que fue obligante el exterminio de esa raza.

No obstante, Bolívar le presentó al español una opción para evitar el degüello:

A pesar de nuestros justos resentimientos contra los inicuos españoles, nuestro magnánimo corazón se digna, aún, a abrirles por última vez una vía a la conciliación y a la amistad; todavía se les invita a vivir entre nosotros pacíficamente, si detestando sus crímenes y convirtiéndose de buena fe, cooperan con nosotros a la destrucción del gobierno intruso de la España y al restablecimiento de la República de Venezuela.

Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo y castigado como traidor a la patria, y por consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas. Por el contrario, se concede un indulto general y absoluto a los que pasen a nuestro ejército con sus armas o sin ellas; a los que presten sus auxilios a los buenos ciudadanos que se están esforzando por sacudir el yugo de la tiranía. Se conservarán en sus empleos y destinos a los oficiales de guerra y magistrados civiles que proclamen el Gobierno de Venezuela y se unan a nosotros; en una palabra, los españoles que hagan señalados servicios al Estado serán reputados y tratados como americanos(Ibidem).

Está claro que la sed de venganza existe, pero se impone sobre ella algo de pragmatismo, y el Libertador le ofreció al español una mano salvadora, y es que obre activamente al servicio de la patria; le ofreció el perdón y la convivencia si colabora con la Venezuela republicana; es decir, llamó al español a traicionar a su propia tribu. Se condenaba como traidor al es-

pañol radicado en Venezuela si no ayuda a la causa independentista; para hacerlo, el español tiene que traicionar a su propia patria. Es evidente que el documento le planteaba al español una lealtad forzada; eran leales a Venezuela o perdían la vida.

Sobre el otro actor, nos llama la atención que no es el venezolano, sino el “americano”; veamos:

Y vosotros, americanos, que el error o la perfidia os ha extraviado de la senda de la justicia, sabed que vuestros hermanos os perdonan y lamentan sinceramente vuestros descarríos, en la íntima persuasión de que vosotros no podéis ser culpables y que sólo la ceguedad e ignorancia en que os han tenido hasta el presente los autores de vuestros crímenes, han podido induciros a ellos. No temáis la espada que viene a vengaros y a cortar los lazos ignominiosos con que os ligan a su suerte vuestros verdugos. Contad con una inmunidad absoluta en vuestro honor, vida y propiedades; el solo título de Americanos será vuestra garantía y salvaguardia. Nuestras armas han venido a protegeros, y no se emplearán jamás contra uno solo de vuestros hermanos.

Esta amnistía se extiende hasta los mismos traidores que más recientemente hayan cometido actos de felonía; y será tan religiosamente cumplida que ninguna razón, causa o pretexto será suficiente para obligarnos a quebrantar nuestra oferta, por grandes y extraordinarios que sean los motivos que nos deis para excitar nuestra animadversión(Ibidem).

Bolívar llegó en 1813 a Venezuela para liberarla mediante un ejército con muchos extranjeros, integrado por un gran número de neogranadinos, de ahí su visión internacionalista del conflicto. Para él, la lucha no fue entre españoles y venezolanos, sino entre españoles y “americanos”. No tenemos en Bolívar un nacionalismo cerrado, restringido. Fue Bolívar el mensajero de una patria grande, continental, y valga destacar esto en un documento proveniente de los primeros tiempos de la lucha bolivariana donde falta mucho curso de río, mucho camino que recorrer, muchos que sufrir y trajinar en el devenir histórico del Libertador; pero ya desde su “mocedad” aparece este Bolívar esgrimiendo un “americano” que será mejor perfilado en la carta de Jamaica y más desarrollado en el discurso de Angostura, el texto fundacional de la Gran Colombia.

Ahora bien, para este “americano” en el decreto se impone benevolencia máxima, sin condiciones, sin restricciones. Se extiende el perdón para el peor de los americanos con el solo hecho de ser americano, así haya cometido todas las felonías contra su propia patria, así haya tomado armas contra ella, así haya sido cómplice de los peores crímenes contra su nación. Pues bien, ¿a qué se debió tan ciega clemencia? Se debió al propósito bolivariano de configurar una identidad política que representa a la patria y que ha sido víctima de la criminalidad de otra identidad abominable. Bolívar estableció en este decreto un

“nosotros” esencial para la sobrevivencia de la patria. Era necesario reunificar al pueblo americano, ése que desde 1813 lucha consigo mismo sin orden ni concierto, y esta caótica situación fue favorable para aquel enemigo internacional que está bien lejano de dicha anarquía, y que es el Rey.

El Libertador presentó una unidad teológica-política basada en el ideal de la patria republicana como dogma, llena de virtuosismo, y que exigía una adhesión nacionalista plena, sin ambages; para eso presentó el rostro del enemigo, que era una faz deforme por sus crímenes, la cara de una españolidad brutal que debía ser sometida entonces al terrorismo revolucionario. Es que este decreto tuvo todos los signos de las proclamas de la época del terror en la Francia gobernada por las figuras más representativas del vanguardismo violento, refiriéndome al ciclo de Robespierre. He ahí que el eco francés vino dando bandazos por aquí, y lo hizo de la mano de su más icónico representante, de la mano de este jacobino tropicalizado que se llamó Simón Bolívar, el de la sociedad Patriota, el agitador radical de los primeros tiempos de la revolución que no ha atemperado ni ha mesurado su carácter, ya que siguió siendo el afrancesado irreverente que impuso el terror revolucionario en su tierra y planteó una alianza pasmosa: la del extremismo agarrado de la identidad. Ese extremismo-identidad simplificó el pensar político, lo alivió de medianía o de preocupaciones, fue directo, fue al grano, y fue básico en

su directriz destructiva. El extremismo-identidad es propio de esas revoluciones tormentosas y totales, las que después veremos en sus expresiones de masificado dolor con la implantación de los regímenes totalitarios del siglo XX. Dijo Bolívar: “Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables”(Ibidem).

El libertador quiso imponer una narrativa en el pensamiento de los habitantes de la ex Capitanía general de Venezuela. Creó una ficción de guerra entre dos partidos con rabiosas diferencias, y donde él fue el vocero del partido del bien, el de los patriotas, el de los americanos que luchaban contra la reacción, contra el oscurantismo, contra los españoles. Pero resulta que había muchos “americanos” defendiendo la causa de la monarquía, y que además en el bando patriota existía mucho vínculo sociocultural, de creencias y de modo de pensar, con la madre patria. Pues bien, el relato del decreto de guerra a muerte de Bolívar sólo existía dentro de la cabeza de Bolívar y de algunos radicales como Antonio Nicolás Briceño. La ficción discursiva de Bolívar tuvo muy leve asidero con una realidad de guerra civil expansiva y acicateada por resentimientos y revanchas; acicateada por la revuelta de las provincias ante las pretensiones hegemónicas de la élite mantuana caraqueña; acicateada por la ira de la llanerada contra el mantuanaje y su vanguardis-

mo autoritario, ése que los aristócratas impusieron en los pueblos con el reclutamiento forzoso y demás atropellos, como el que sufrió el propio Boves en carne propia y que por supuesto parió al monstruo que imperó en el año de 1814.

La pretensión de Bolívar fue polarizar. La nación venezolana tenía que surgir de la polarización enconada y sin miramientos; y para eso, el Libertador describió al enemigo al cual había que aplastar por su violencia desatada. La violencia se contrarrestaba con más violencia. La violencia como partera de la historia. La ideología revolucionaria que comprendía la identidad de pertenecer a un proyecto de pueblo soberano y libre, que implicaba el republicanism, que asumía los derechos del hombre, que se basaba en la Ilustración y demás símbolos del liberalismo, debía transitar el camino de la violencia desde los parámetros de aquel jacobinismo revolucionario que llega con los ecos de cientos de guillotina. Este nuevo Robespierre llamado Bolívar presenta una ilusión como violenta deidad que exigía sacrificios. La identidad del Libertador era la identidad de la masacre; esa fue la única realidad que impuso Bolívar con un documento que no logró en lo inmediato los fines que persiguió. La comunidad que intentó crear, a través de la división del cuerpo social, no apareció sino algunos años después, ya con el éxito militar haciéndose realidad. Esa identidad Bolívar la intentó forjar, sustentar, configurar en el decreto, asumiendo él un rol como persona-

lización del Estado revolucionario. Con radicalismo y terrorismo, el Estado de Bolívar es patriarcal, sabio, superior al resto de los mortales, y sobre todo es un Estado vengador, destructor, pero también protector, paternalista, que cubre bajo su manto a todos los que pertenecen a la tribu con identidad patriota.

¿Y de quien los protege? Pues ahí estuvo el dilema que no pudo resolver Bolívar en su documento, cuyo propósito fue presentar el rostro del enemigo en toda su radical expresión. El Libertador asumió que el venezolano, o americano, participa confundido o engañado bajo las banderas de la monarquía, enfren-tándolos a ellos, a los patriotas, a la élite mantuana, porque no reconoció al enemigo brutal que pretendió mantener el sistema opresivo de la colonia; de tal forma que buena parte del decreto fue para rescatar al hermano engañado, ése que ha sido manipulado por la propaganda realista. Ese decreto se redactó para salvar al venezolano que por engaño se encontraba en las filas del Rey haciéndole mucho daño a la patria.

He ahí la manera paternal, suave, candorosa del discurso de Bolívar para aquellos venezolanos que en gran cantidad, desde Monteverde, desde la rebelión de Coro, Maracaibo y Valencia, se afiliaron a la monarquía y resistieron la autoridad de la Caracas mantuana. Con esta pretensión, formuló la dramática culminación de esa guerra boba, pusilánime, débil, desangelada, que estuvo desarrollando la república mantuana desde el año de 1810, que no presentó un

frontal espíritu de lucha cuando planteó enfrentamientos pero sin querer dar batalla a carta cabal; en fin, una patria boba de filósofos y de ideólogos que intentó enfrentar la revuelta realista pero sin el adecuado calor bélico, por lo que había que sustituirla con una guerra cruenta y sin cuartel al español para que sintiera el dolor y el llanto, sintiera en carne viva el conflicto en toda su extensión y profundidad. Enemigo verdadero y guerra verdadera, eso presentó Bolívar en su “decreto de guerra a muerte” que acabó con la “guerra suave” que plantearon los ilusos revolucionarios entre 1810 y 1812.

Desde las premisas de Hobbes, por allá en el lejano año de 1651, se concibe que la tarea primordial del Estado es garantizar la seguridad formando un dique de contención ante la violencia de los enemigos de la comunidad y poner a raya la maldad natural del hombre. De esta manera, en ese umbral Bolívar se plantea como encarnación de ese Estado que establece pacto social que descansa en su espada protectora y en su violencia para enfrentar y erradicar al enemigo y proteger a los suyos. Se pretendió que el miedo asumiera el rol de regulador social para darle nacimiento a una patria nueva.

Decía Hobbes en su *Leviatán*:

“Esta es la generación de aquel gran LEVIATÁN, o más bien (hablando con más reverencia), de aquel dios mortal, al cual debemos, bajo el Dios inmortal, nuestra paz y nuestra defensa. Porque en virtud de

esta autoridad que se le confiere por cada hombre particular en el Estado, posee y utiliza tanto poder y fortaleza, que por el terror que inspira es capaz de conformar las voluntades de todos ellos para la paz, en su propio país, y para la mutua ayuda contra sus enemigos, en el extranjero (Hobbes, 2017, p.110).

¿Qué tipo de sociedad pretendió crear el Libertador desde su argumentación y narrativa sustentadas en el miedo al pintar un enemigo temible? Pues bien, la que surgirá será una sociedad con conducta monocromática, intolerante a las diferencias y donde sólo sería admitido el que se somete al poder de la tribu. Se trata de un dualismo irreconciliable donde la política se centra en la relación antagónica de amigo-enemigo; todo un imaginario atávico que asume la realidad a través del dualismo e instala un conflicto que sólo puede solucionarse con la destrucción del contrario. Ese contrario perfilado por Bolívar tiene un sentido político que se intensificó al diferenciar al “otro” moralmente del nosotros republicano, ya que el enemigo español es equiparado con el mal. Siendo así, es necesario que el nacido en Venezuela comprenda al español de esa manera. De tal forma, el Libertador necesitó que el español sea equiparado con lo grotesco, con lo inconveniente, con una naturaleza inhumana y destructora; y por tales condiciones, se hace obligante su aniquilamiento.

También Bolívar asumió el rol del más fuerte para imponer su unanimismo; es aquí donde radicó su

lamentable error en los tiempos en que redactó el decreto porque a pesar de que efectivamente entró victorioso a Venezuela desde Nueva Granada en el año de 1813 , eso no significó que la realidad general de la guerra le fuese favorable; y no le fue favorable porque se le vino encima una realidad social expresada en una llanerada resentida, caótica, saqueadora y mayoritaria bajo las banderas de líderes realistas asesinos, carismáticos y populares.

¿Quiénes somos con el Decreto de Guerra a Muerte? Pues bien, nuestra interioridad es la muerte. Somos un pueblo para la muerte. Nuestra identidad nació entre los escombros de odio hacia lo español, entre sentimientos que fueron sembrados con fines políticos y con propósitos de macerar la creencia de que somos un pueblo en gestación, el cual necesita alzar su existencia sobre la destrucción de otro pueblo. Ahora, ese decreto se ha acumulado a lo largo de nuestra historia violenta donde nos hemos roto, nos hemos partido, pero nuestros fragmentos sedientos de otros momentos de más fragmentación vuelven a unirse dejando una constatación de la comunicación del sentir violento que va de generación en generación, dejando cicatrices que ya son muchas. No podemos olvidar que nacimos de la tinta con sangre del decreto de guerra a muerte. Aunque conscientemente no seleccionamos ese evento como lo nuestro, pero somos eso, un genocidio. ¿Qué más amenaza para nosotros mismos que nosotros mismos? Vamos de nuevo al

campo de exterminio. Nuestro caminar es directo hacia el despojo, la entrega, el cuerpo en derrota, la cabeza rendida ante la espada. Los paredones de fusilamientos estuvieron durante años acompañando los demás ruidos de nuestra cotidianidad. Esa granizada quedó en las cavernosas profundidades de nuestro subconsciente que todavía quiere el combate. El decreto de guerra a muerte nos condenó como pueblo a no tener paz y a necesitar siempre algún enemigo. Nuestra identidad de masacre, producto de la imaginación de un jacobino iluminado, también está inscrita en nuestro presente. Nuestros tormentos nos dan risa, nuestro calvario nos alegra y nos entristece la paz, nos incomoda la calma.

El Bando de Guayabal

La respuesta realista al decreto de guerra a muerte de Simón Bolívar la esgrimió el luciferino José Tomás Boves con su Bando de Guayabal, el 1 de noviembre de 1813, que también fue un documentó que alentó el genocidio.

A continuación, fragmentos del Bando de Guayabal:

“Por la presente doy comisión al capitán José Rufino Torrealva para que pueda reunir cuanta gente sea útil para el servicio, y puesto a la cabeza de ellos pueda perseguir a todo traidor y castigarlo con el último suplicio; en la inteligencia que sólo un credo (sic) se le dará para que encomiende su alma al Creador, previendo que los intereses que se recojan de estos traidores serán repartidos entre los soldados que defiendan la justa y santa causa, y el mérito a que cada individuo se haga acreedor será recomendado al señor Capitán Comandante General de la Provincia. Y pido y encargo a los comandantes de las tropas del rey le auxilien en todo lo que sea necesario (Sanjuan-delosmorros.blogspot.com.es, 2012).

Castigarlos con “el último suplicio”. Estas palabras dibujan con profundidad la agudeza terrorista y sádica de la represión realista sobre la causa republicana. Boves, igual que Bolívar, ondeó la bandera del castigo necesario y purificador. Boves, el justiciero; y el que exhortaba a sus llaneros a ser verdugos con plena conciencia, con plena eficacia y eficiencia, y

hasta les puntualizó la dosis mínima de un rezo que se le otorgará a la víctima porque hasta su alma será atormentada. Pidió que todo su ejército se manchara de sangre a plenitud como forma de hacer la guerra sin cuartel. Y en la unión del bestialismo con el populismo, Boves ordenó la repartición de los bienes de las víctimas a sus soldados. Les entregó botines manchados de sangre para premiarles su sadismo. Hacerle mal a otro tuvo grandes beneficios en la moral patas arriba de Boves. Con Boves también se convirtió el sufrimiento de la gente en una industria para producir ganancias. En la Alemania nazi, al torturado pueblo judío se le quitó toda su riqueza, sus bienes, anillos, prendas, relojes, propiedades, casas, carros, negocios; se les dejaba sin nada material a la víctima judía a quien después lleva banal horno crematorio. Volviendo con Boves, eso del convertir el dolor del patriota en bienes para sus llaneros, le otorgó una enorme simpatía. Se ganó los corazones de sus llaneros a través de sus estómagos, gracias a ese populismo distributivo, a ese democratismo saqueador y asesino. Esa actitud de Boves lo que hizo fue alimentar la violencia en un llanero consciente de que mientras más víctimas caigan, mucho mejor materialmente para él. Entonces, no tenemos una lucha por un rey, sino un genocidio colectivo para obtener comida, ropa, casa, tierras, los animales de las víctimas y las mujeres también como trofeo. Llegó a decir Boves: “Es muy numeroso el ejército que tengo que mantener y vestir, y cada día va aumen-

tando considerablemente”(Recuerdos sobre la rebelión de Caracas, 1819).

José Tomás Boves presentó las razones para exterminar a todos los blancos mantuanos: la primera, había concebido entregarles los llanos a los pardos; y la segunda, no le gustaba dejar blanco mantuano tras él porque debía asegurar su retirada en caso de alguna derrota. En resumen: el blanco mantuano le era desagradable a Boves, lo detestaba, pero no se trataba pues de un odio racial puro y simple, sino de agitar el exterminio de una casta social vinculada a un proyecto político catalogado como delincuencial y abominable.

He aquí el juego de espejos entre lo que manifestó Bolívar en su decreto de guerra a muerte y lo que enarboló Boves en Guayabal: en sí, lo mismo; decían lo mismo ambos documentos llenos de venganza sobre la base del sufrimiento del “otro” para construir identidad con el propósito de ganar una guerra; y para eso, había que entregarle el alma al diablo.

También José Tomás Boves asumió, igual que Bolívar, el mando de una sociedad patriarcal. Él también tomó el rol protector de todo un pueblo e intentó en su documento transmitir esa creencia, intentó masificarla. Su espada es protectora, popular, que da prebendas y premios, que reparte a los suyos. Boves es otro Leviatán popularecho, que también exhortó al asesinato y a la ruina del “otro” enemigo. El Boves de Guayabal estuvo consciente de su poder y de su

capacidad destructiva y con mucha conciencia del dolor masivo que va a generar; por lo que planteó naturalizar la guerra a mansalva, la legitimó y la insufló a sabiendas de que el “otro” es más frágil. Este dualismo de Boves es más sádico porque no vio al patriota como enemigo de cuidado, sino más bien como presa fácil.

Boves convirtió al pueblo a su mando en una manada culpable por su bajeza. Boves lo instrumentalizó, lo hizo herramienta, lo deshumanizó y lo hizo jauría. Boves convirtió a su llanera en la bestia que imperó en la noche succionadora de vidas que fue la guerra de independencia venezolana. Un asesino como Boves indujo a los demás a ser también asesinos, y así la historia de una patria comenzó en su nacimiento sobre un interminable desfile de crímenes y de latrocinios. De manera que la semilla patria es el asesino que abona abundantemente un devenir. De manera que en la carne de ese pueblo alentado se fecunda el asesino; esa es la malévola herencia para todos aquellos que serán alimentados con la carne de los mártires; aunque los herederos de la “boveda”, doscientos años después, vienen pregonando lo que dijo Neruda (2005) en uno de los poemas de su obra “Canto General”:

Pero entonces la sangre fue escondida
Detrás de las raíces, fue lavada
y negada

(fue tan lejos), la lluvia del sur la borró
de la tierra(...)

y la muerte del pueblo fue como siempre ha sido:
como si no muriera nadie, nada,
como si fueran piedras las que caen
sobre la tierra, o agua sobre el agua.

Y Boves no fue el único orquestador del genocidio ejecutado por los realistas; lamentablemente, en ese campo monárquico hubo como una especie de competencia para ver quien era el jefe más sádico en eso de aplicar tormentos sobre la indefensa población no combatiente que caía en sus manos. Para la Historia de Venezuela y sus infiernos, quedó Francisco Rosete, el canario que asaltó Ocumare del Tuy y asesinó a 2000 personas, sin distinción de edad, sexo civil o militar. Sobre esta masacre, llegó a decir Rafael María Baralt:

“Después de haber robado y saqueado el pueblo, derribaron a hachazos las puertas de la iglesia y regaron con la sangre de algunos ancianos el coro, la nave principal y el ara misma de los altares; luego sacándolos en las puntas de las lanzas, esparcieron por las calles y caminos sus cuerpos mutilados.” Más el Historiador Roberto Delgado, también hace mención de la saña asesina de este diablo con las víctimas refugiadas en la iglesia de esa población: “Rosete sometió a esta localidad a una guerra de aniquilación. Casa por casa, la matanza comenzó desde los ejidos del

pueblo, desde los conucos más lejanos. Sus secuaces cortaron las orejas, brazos, piernas y partes íntimas a los hombres. A las mujeres les cortaron los senos y los clavaron en las puertas y ventanas de las casas que no fueron quemadas (Baralt y Díaz, 1841. p.73).

Y ese otro verdugo de Antonio Zuazola, apodado el “bárbaro”, quien protagonizó el asalto realista a Maturín en el año 1814, obteniendo un sinnúmero de orejas mutiladas de los que cayeron bajo su cuchilla, cociendo espalda con espalda de sus víctimas como uno de sus tormentos predilectos, despellejando pies para después hacer caminar al atormentado o a la atormentada sobre vidrios; en fin, un torturador difícil de seguir en esa psiquis de túneles oscuros de un alma enferma.

Tanto Zuazola, como Rosete, el llamado Yáñez, el corta cabezas llamado Antoñanzas, por supuesto el luciferino José Tomás Boves, quien también aplicó personalmente la tortura, constituyeron un liderazgo de psicópatas en papel de vengadores, de justicieros al sembrar un odio que como buitre revoloteó sobre el subconsciente de un pueblo llanero violento, y que dicho sadismo fue apropiado para satisfacer los más básicos instintos como colectivo. Estos psicópatas fueron los héroes necesarios para un pueblo sufrido y hecho para hacer sufrir, humillado y hecho para humillar, atormentado y hecho para atormentar.

Los torturadores fueron realidades en el parto de la república, pero también son realidad doscientos años

después. Son cuerpo en el ayer y en el hoy porque así quedaron en la conciencia de miles de torturados. El torturador también es una de tantas sombras vagas dentro del ADN histórico del venezolano. Dejemos el olvido de estos personajes. ¿Por qué no recordarlos? ¿Por qué no pensarlos? ¿Por qué no percatarnos que la sombra vaga del torturador, que viene de aquellos tiempos independentista, todavía puede ser presencia que penetra? Porque a la noche se regresa como individuo y como pueblo, y en ese retorno nos encontramos con sus criaturas. El retroceso siempre es una posibilidad. Vivir en lo límite, es vivir en la tortura, de ahí el perenne retorno a los infiernos. Boves, Rosete, y los demás de esta calaña, son el gran silencio, lo que no nunca se leerá ni se escuchará en el recuento oficial de un pasado que siempre se cubre con lo más glorioso y lo más inmaculado. Hay que decirlo: entre nuestras sombras que nos sirven de nutrientes está la del torturador, entonces la fortaleza es la del sobreviviente. Si se habla de torturas, es que puede existir el sobreviviente, el que la ha soportado, el que no ha fallecido en sus manos. Es por eso que del año 1814, infectado de tantos verdugos y torturadores, surgió una nación venezolana que sobrevivió. Es tal la fuerza de esa condición que en el espíritu nacional no predomina el duelo sino la celebración. Venezuela sobrevivió al año 1814; jeso es demasiado!

La llanerada cambia de ejército

La violencia genocida, aliñada por los odios sociales, creó una base identitaria innegable. Entre excesos de los ejércitos, excesos ideológicos, excesos del pueblo, esa ex capitanía general de Venezuela se transformaba en algo que estaba naciendo desgarrado.

La violencia masiva fue el contexto que acompañó el proceso político de las tratativas entre realistas y patriotas en el año de 1820; y esa realidad había que, sino suprimirla del todo, al menos atemperarla, y sobre eso hubo logros importantes. Pero esa violencia, además del liderazgo monárquico y patriota que la promovió, también contó con una determinante fuerza social que la expandió; me refiero a una llanerada predominantemente parda, mulata, negra e india que se manchó cotidianamente de sangre durante la guerra independentista, no solo en los combates y batallas, sino también en los pueblos tomados y saqueados.

No está demás recalcar que esa llanerada popular no sólo no comulgó al principio con el proyecto de rebelión mantuana, sino que lo enfrentó decididamente desde aquellos alzamientos de esclavos en el año de 1812, que causaron estupor en el mantuanaje, y que le dieron un golpe certero a la 1era república, ya que fueron revueltas alentadas contra la hegemonía caraqueña; fueron alentadas por los monárquicos y por la curia, y lo hicieron con una facilidad pasmosa.

En estos desmanes generados por el genocidio instrumentado tanto por realistas como por patriotas, podemos perfilar una realidad de psicología de masas que intensificó la brutalidad; me refiero a la olocracia que imperó en esta guerra caótica, sin régimen, sin Estado, sin institucionalidad que impusiera cierto concierto en el conflicto, y donde la muchedumbre reinó con el estatus de sus elementales instintos, de sus resentimientos y venganzas, y el de sus necesidades básicas. La democracia degenerada fue el caldo de cultivo de los hitos de violencia que atormentó a Venezuela, sobre todo en el año de 1814. Se trató de la desnaturalización de la voluntad popular, ya que se animalizó en la corrupción del tumulto. Esa olocracia tuvo una melodía inspiradora en el resentimiento que en la soldadesca hervía. El resentimiento compagina con la olocracia homicida. Es la olocracia lo que atizó la violencia ante la ausencia contundente de ideas, sentimientos o afectos políticos que no pudieron entrar en la psicología de esas masas saqueadoras y homicidas, estimuladas a la acción por sus apetencias más básicas.

El pueblo explotado, que conformaba las huestes llaneras realistas, odiaba sin límites a esa casta mantuana, ya que ella significaba la discriminación, el látigo, la pobreza, la exclusión, la explotación. Para muchos, la violencia llanera contra los patriotas, desde el año 1812 hasta el año 1817, significó una contradicción monstruosa de un pueblo que atentó con frenesí

contra el proyecto liberal que aspiraba erradicar al imperio español de la tierra venezolana y americana, y desmontar el sistema colonial que era en verdad fuente de opresión de esos sectores populares que no vieron eso; más bien, ellos se enfrentaron directamente al enemigo de toda su vida, a su enemigo existencial; y más que enfrentarlo, vengarse de él hasta la saciedad, pues las banderas de la monarquía, enarbolada por los líderes psicópatas antes mencionados, les permitió eso, y les brindó además los beneficios del saqueo y hasta del sexo violento.

Esta revuelta de la llanerada en contra de los revolucionarios tuvo su espontaneidad al principio, pero después esa masa popular se levantó conscientemente contra el régimen republicano que no le ofrecía nada tangible sino las mismas caras de la eterna opresión. Se levantó contra los atropellos de ese mantuanaje y sus reclutamientos forzosos; se levantó contra el centralismo abusador de Caracas que aplicaba a veces mano dura ante la escasa colaboración de las poblaciones del interior para con la causa republicana, conducta que fue interpretada como contrarrevolucionaria y tratada con severidad. El llanero entonces es un sobreviviente fiero; lo ha sido desde la más tierna infancia al lado de la severidad y rudeza que obliga su realidad; y en ese camino, se hace justicia por sus propias manos; en ese camino, se pone bajo las órdenes del sector político y militar que le permite venganza y que le brinda beneficios materiales.

Pero la guerra tuvo con el transcurso de los años un cambio en el componente social predominante en los ejércitos, pues con la muerte de Boves, la llanerada pierde el espíritu del liderazgo vengativo que la protegía y motivaba, que la inspiraba, y es sustituido por un liderazgo menos carismático, sin tantas ínfulas de democracia popular y de repartición de bienes. Más bien con la llegada del ejército de Pablo Morillo en el año de 1815, con un contingente enorme de decenas de miles de soldados españoles, veteranos de la guerra contra Napoleón, se encontró esa llanerada con un campamento cambiado, con una disciplina militar insoportable, con el racismo hispano, con el irrespeto, el desconcierto, el golpe y el castigo, con la represión de la acción saqueadora para canalizarla en beneficio de los nuevos jefes hispanos, y todo ese concierto impulsó al llanero a cambiar de bandera y de jefe. El ejército realista tuvo una transformación con la llegada de la disciplinada tropa de Morillo en 1815, quien además trajo una oficialidad con una concepción social y una mentalidad bien distinta de la que predominó con Boves y sus lugartenientes, aunque el “pacificador” también vino a aplicar la mano dura, hasta que desde España le ordenaron abrir el diálogo con el enemigo patriota.

Este nuevo liderazgo realista, que sustituyó al caudillo popular, entronizó una imagen que no armonizaba con el sentir del populacho. En cambio, la imagen, el discurso y el hacer del liderazgo patriota fue despren-

diéndose de los aspectos mantuanos, y he ahí como adquirieron brillo líderes como Zaraza, como Monagas, y hasta Mariño cambió sus tácticas de combate, y vino un Piar que desplegó su eficacia, su carisma y audacia en la conquista de Guayana, siendo un líder con una connotación popular en la pardocracia; y apareció un Páez, el alte ego de Boves de la causa independentista, con sus mismas cualidades, con bravura, populismo y conducta de igual a igual con su tropa; con su osadía, siendo un jinete habilísimo, además de manejar también un discurso ideológico con el concepto de patria en el centro y planteando la repartición de tierras a su tropa, toda una afirmación de lucha por reivindicaciones agrarias, por justicia distributiva con la tierra. Hasta también el mantuano Bolívar transformó su imagen; se hizo fuerte como líder, consolidó su mando; y de su regreso de Haití apareció con un planteamiento social: le planteó a las masas esclavas su libertad, ofreció el trato igualitario, entendió que la revolución anticolonial debía acompañarse del componente centrado en el cambio social. Sí, el liderazgo cambió, y cambió la mentalidad del pueblo oprimido, y con esa transformación en el subconsciente colectivo, la guerra se hizo más humanizada. La masa llanera adquirió otra manera de pensar, de sentir, de conducirse en la guerra. Cuando esa transformación se fue consolidando, en el conflicto bélico se desdibuja buena parte de su carnicería caótica para asumir el grado de una guerra con principios, con respeto y humanidad.

Desde esta perspectiva, se aprecia el debilitamiento global de la causa del Rey, que se intensificó cuando la llanerada se sumó con denuedo a la lucha anticolonial.

Dijo Morillo, describiendo a ese factor:

“... el equipaje no les estorba, porque todos están en cueros, y las subsistencias no les dan cuidados porque viven sanos y robustos con la carne; hacen movimientos rápidos y felices que no pueden evitarse por más esfuerzos que en las marchas hagan nuestros soldados. Los llaneros se arrojan a caballo desde la barranca del río, con la silla en la cabeza y la lanza en la boca, y pasan dos o tres mil caballos en un cuarto de hora como si pasasen por un ancho puente, sin temor de ahogarse ni perder el armamento ni la ropa. De esta manera fatigan las columnas que les persiguen en marchas las más penosas que pueden darse, se pierden en pocos días un gran número de soldados que enferman en aquel pantanoso terreno y cuando consideran estas bajas, y el cansancio e inutilidad de nuestros caballos que no tienen dónde repararse, vienen a atacarnos o esperan el combate, como sucedió el 27 de enero de este año (1817) en la sabana de Mucuritas, donde el Brigadier La Torre, que los perseguía desde Casanare (sobre 150 leguas) apenas pudo hacer más que resistir el ímpetu de su numerosa caballería (Vallenilla, 1991, p.25).

Este tipo de ser humano que enfrentó a Morillo, y con el que se enfrentará La Torre en Carabobo, es el mismo ser humano que derrotó a Bolívar en el año 1814; este es el mismo ser humano que tomará Puerto Cabello bajo el liderazgo de Páez en el año de 1823; este es el mismo ser humano que desde 1830, hasta principios del siglo 20, estará sacudiendo una nación en sus cimientos emocionales, sociales y de idiosincrasia, con su naturaleza roja y ardiente. Es decir, si de esta existencia nació Venezuela, entonces eso que llaman venezolanidad es terrible porque viene de la fascinación por la guerra, y por eso está a su servicio, como diría Bernard Knox. Se trata de un ser humano que al sentir atracción por la muerte se hace ella. Claro que el andino hizo la patria venezolana en el fuego de la guerra independentista y de las demás guerras sociales y políticas que infectaron el traumático siglo XIX venezolano; como también la hizo el playero, el caraqueño y el guayanés. No obstante, es el hombre del llano, el vaquero prehistórico de la venezolanidad, el que alimentará como masa, como idiosincrasia y como fuerza, buena parte de un parto nacionalista que es guerrero, que es anárquico, que es saqueador y de montoneras. Venezuela será otra Venezuela como país cuando mate al llanero que todavía lleva por dentro.

El cambio en Bolívar

En Simón Bolívar se gestó un cambio de mentalidad, favorable a la humanización del conflicto. Un 16 de julio de 1816, viniendo de su periplo antillano y de su estadía en Haití, lanzó una proclama en Ocumare donde, quizás para asombro de muchos que conocían su severidad, dijo lo siguiente:

(...) La guerra a muerte que nos han hecho nuestros enemigos cesará por nuestra parte: perdonaremos a los que se rindan, aunque sean españoles. Los que sirven a la causa de Venezuela serán considerados como amigos, y empleados según sus méritos y capacidad.

(...) Ningún español sufrirá de la muerte fuera del campo de batalla, Ningún americano sufrirá el menor perjuicio por haber seguido el partido del Rey, o cometido actos de hostilidad contra sus conciudadanos (Ibarra,2018, p.189).

¿A qué se debió este cambio de actitud en Bolívar? Para el año de 1816, Morillo estaba aplicando la mano dura y continuaba con el “ojo por ojo y el diente por diente” que había sido el sentido de la guerra durante tantos años. A pesar de eso, no cabe dudas que esta proclama del Libertador anuló su decreto de guerra a muerte en lo que concierne al exterminio de una raza considerada enemiga, y trató de imponer el denominado “Derecho de gentes” para convertirlo en “política oficial” del ejército libertador, todo un cambio de paradigma en ese estamento militar. La guerra

a muerte pretende ser suprimida documentalmente por uno de sus creadores; él intentó cambiarla por la guerra humana, la magnánima, la perdona vidas. En ese documento se plantea el reconocimiento del “otro” enemigo en su integridad como ser humano. Es entonces que para Simón Bolívar la nacionalidad ya no es importante; no es un muro insalvable, no es herida que se abre, no es vida o muerte; ahora lo importante son las ideas. La polarización, el bien y el mal, el amigo y enemigo, están dejando de ser las ideas fuerzas en el lenguaje de un Libertador, repito, irreconocible.

Después del triunfo de Boyacá en el año de 1819, después de la consolidación de Angostura como cede del poder, después del Congreso de Angostura como conformación del Estado, el Bolívar previo al encuentro de Santa Ana es un personaje rozagante de optimismo y plenamente convencido de la victoria definitiva de la causa patriota; por supuesto, el giro de los acontecimientos hacia el éxito, hacia el fortalecimiento de logros republicanos, generaron cambios progresivos en la manera de Bolívar para hacer la guerra: su radicalismo y dureza con el tratamiento del enemigo son suprimidos; se fue haciendo a un lado para que apareciera en él un talante de humanidad, de cumplimiento del “derecho de gentes”.

A continuación, sus palabras en una carta desde el Cuartel General de Santa Fe, dirigida al vicepresidente de la República de Colombia Francisco Antonio

Zea, el 13 de agosto de 1819: “Amigo: la victoria nos ha vuelto la cara: estaba cansada de frustrar nuestros costosos esfuerzos. Ya la hemos forzado a que nos conceda sus favores: podríamos decir que la hemos violado puesto que no se ha rendido sino a bayonetazos”(Ibid,p.191).

¡Qué manera tan metafórica la de Bolívar para expresar sus satisfacciones! El Libertador sintió que ese ciclo dolorosamente ininterrumpido de derrotas ha cesado; consideró, al respecto, que ha sido gracias a la perseverancia. La firmeza obligó a esa “deidad de la victoria” a que cambie su postura y se ponga del lado de los republicanos; pero ese viraje ha sido a la brava, a la fuerza, ha sido impuesto. Según el Padre de la Patria, la victoria ha sido tomada, no se entregó a la buena; estas palabras ilustran el encono que ha acompañado el logro del éxito. Las cosas han cambiado para bien del proyecto independentista, y el Libertado no tiene inconvenientes de transmitirle su felicidad a este poderoso subalterno

Más adelante expresó un comentario que bien evidencia su nuevo talante de hacer la guerra, a pesar de que todavía el realista no ha cambiado su crueldad y mantiene el terrorismo reiterado desde hace años; dijo Bolívar: “Hemos tratado muy bien a los prisioneros a pesar de que nos habían degollado quince que nos habían tomado en una descubier[ta] nuestra. Pienso canjearlos por patriotas presos en Cartagena. Barreiro es un oficial de mucho mérito y

de un carácter muy noble: a todos nos tiene desarmados” (Ibíd, p.192)

Se trata de un Simón Bolívar que no es el némesis sediento de sangre. Ha llegado hasta la alabanza para con su enemigo, el General Barreiro, presentándolo con agradables cualidades (Barreiro es el jefe realista derrotado por Bolívar en Boyacá, capturado en Santa fe de Bogotá, y que durante su prisión obtuvo las simpatías del Libertador, pero que cuando Bolívar regresó a Venezuela, fue fusilado por órdenes de Santander). No es el Bolívar que deshumaniza al enemigo para alimentar el odio y la polarización. No es el Bolívar que ordenó degollar a cientos de prisioneros españoles en el año de 1814. Él es otro líder que ha sufrido aleccionadoramente, ha aprendido, ha acumulado una experiencia y una visión que está alimentando de manera distinta sus creencias sobre el plan de guerra y su plan político. Él es un líder distinto al del año 1813 y 1814, que ha entendido lo fundamental de aminorar la masacre que, para los fines de la patria, ha sido una desgracia. Ya es un Bolívar que entiende que el radicalismo y el exterminio han sido infecundos para acumular fuerzas, y que no le retribuyen nada positivo a la imagen internacional de la nueva república. Está consciente que los ojos del mundo civilizado están puestos sobre él y sobre esta lucha que se encuentra inscrita en la causa liberal de occidente; para tal circunstancia, un ejér-

cito patriota fusilando prisioneros es sumamente negativo para el esfuerzo que él debe procurar para el reconocimiento internacional.

La antesala de Santa Ana está en España.

Lo peor para Pablo Morillo fue la certeza de que no recibiría los tan anhelados refuerzos que desde hace muchísimo tiempo suplicaba, generándole un desaliento fulminante; entonces, no valió la pena ningún sacrificio. Se dio cuenta de que a España ya no le importaba recuperar sus colonias. Esta certeza asumiría un patético rigoral recibir la orden de que debía jurar la Constitución liberal y abrir conversaciones con los rebeldes.

En España se estaban generando cambios que serían determinantes a favor del proyecto independentista en Hispanoamérica. Resulta que el ejército español, imbuido de una nueva mentalidad que se gestó durante la lucha contra la ocupación francesa, se alzó en un motín el 1 de enero de 1820, y que, para más efecto, dicho alzamiento lo realizó la tropa preparada en un puerto andaluz para zarpar hacia Sudamérica con el propósito de sofocar la rebelión independentista. Se trató del levantamiento militar de Rafael Riego, quien enarboló el retorno de la Constitución liberal de 1812, y que después de alzar el sur de España, logró el apoyo suficiente para obligar que el déspota de Fernando VII reuniera a las Cortes y se sometiera a regañadientes a ese texto.

Es de destacar que el planteamiento doctrinario de la causa liberal española, que es la que se impone en ese tan trascendental año de 1820, recoge buena parte de las tesis que defienden los patriotas latinoamericanos; es como decir que los patriotas vencieron primero en España que en América, que en Venezuela. Los liberales españoles y el ejército de Bolívar ondeaban prácticamente las mismas banderas doctrinarias. En el ejército realista que guerreaba en Suramérica, los jefes comenzaron a hacer conjeturas dramáticas: el sistema que defendían los “bandidos” era el que gobernaba en España. Es de reconocer que el ideario independentista hispanoamericano no era propio de América, sino eurocéntrico; el ideario de Bolívar y de toda la pléyade de patriotas suramericanos era alimentado a plenitud por Europa, pero una Europa antimonárquica, esclarecida por las ideas de la Ilustración, que aupaba la libertad de prensa, que clamaba por la libertad de comercio y por la libertad de ideas. Es así entonces que en la mente de los jefes militares realistas explotaban las paradojas, haciendo de sus subjetividades un campo de batalla que los postraba, que los paralizaba, que minaba su ímpetu de combate, que llenaba de confusiones todo el escenario ante ellos. Vientos huracanados de contradicciones derrumbaron las bases morales que sostenían endeblemente la actitud combatiente de un ejército que, no sólo se quedaba sin refuerzos, sin renovación, sin ayuda, sin sostén; también se quedaba sin imaginario, sin visión y sin misión.

Dentro de este contexto, Bolívar, al entender el reacomodo político en el bloque de poder que gobernaba España, asumió un ímpetu renovado; conocedor de los intersticios de la política española, se fortalecieron en él nuevas certezas que le plantearon un panorama optimista de manera suficientemente claro. Y esa visión, con efusividad la transmitió a sus lugartenientes y a toda la tropa, y sobre todo aquilató más su talento como político y como estratega militar al expandir la convicción de que el triunfo de la causa patriótica ya es indetenible en lo moral, indetenible en lo político, y rápidamente todo eso culminará en la victoria militar.

Pero podemos decir que ni Fernando VII, ni su universo de mentes absolutistas y reaccionarias que lo acompañaban, ni los liberales españoles en su plataforma de reformistas, tenían una comprensión cabal sobre el proceso de agitación en Hispanoamérica que desde 1808 se había levantado como una ola de la mar dispuesta a llevarse siglos de tradiciones políticas, ideológicas e institucionales. Es increíble la miopía de una élite que apreció la revolución en las colonias de una forma banalizada y errada en el sentir y en el articular sus subjetividades con realidades por supuesto tan distantes. Quizás fue eso; me refiero a la distancia, o fue la tergiversación, las falsedades y malas interpretaciones que abonaron en España los que venían de América: los viajeros, las delegaciones, el limitado comercio, las autoridades. ¿En verdad nadie

supo decirles a los españoles en Madrid o en Sevilla qué era lo que estaba pasando en América? Y con esa miopía se mantuvieron hasta ese final de la batalla de Ayacucho en 1823.

Los liberales creyeron, bien cándidos, que si el absolutismo era desplazado en España, pues entonces los americanos enfriarían sus diferencias, guardarían sus sueños autonómicos o de independencia; pues teniendo ante sí a autoridades por lo menos más receptivas, más dialogantes, ellos volverían al vasallaje con tranquilidad, con agrado, porque a fin de cuentas, mantuanos, peninsulares y canarios eran lo mismo: eran españoles por idioma, herencia, sangre, color de piel, temperamento, religión, hábitos, aliento, pasiones, sueños, cosmovisión, fantasía, mitos, apetencias y todo lo demás imaginado.

En el caso del cerrado Fernando VII, prácticamente lo mismo en términos de apreciar que colocando de lado a los jefes de la traición, la mayoría de los que participaban con los “monstruos” eran españoles también, pero que estaban confundidos, desinformados, habían sido engañados o se habían dejado llevar por el influjo precisamente de esas tortuosas ideas liberales que provienen del infierno. Por todo eso, a veces había que plantear una actitud paternal, magnánima en ciertos casos; se podía ablandar la represión, y como gallina, volver a cubrir a los pollitos descarriados bajo la monárquica ala. Una vez ese Rey, represivo hasta lo primitivo, llegó a de-

cir: “Vuestros hermanos de la península esperan ansiosos con los brazos abiertos a los que vengan enviados por vosotros para conferenciar con ellos, como iguales suyos sobre el remedio que necesitan los males de la patria y los vuestros particularmente”(Odriozola,1872, p.105).

Esta confusión, esta miopía, tiene otros agregados que quizás nos esclarezcan ciertas creencias sobre el tipo de necesidad que se fortaleció tanto para que el imperio español se volviera sangrientamente y brutalmente torpe en lo político e impedidos de abordar con habilidad la revuelta de los “primos” de América.

El anhelo liberal tampoco funcionó en el año de 1812 para Miranda quien se dejó llevar por el canto de sirena que venía de España: al implantarse la constitución liberal, estando el obscurantista Fernando VII bajo custodia napoleónica, es en ese contexto histórico y político que Miranda admite la posibilidad de capitular porque cree que ese sistema político evitaría lo que más tarde infamemente sucedió. Veamos unos párrafos de ese Miranda “confiado” o más bien burlado por un poder español que violó sus propios principios institucionales y legales para ese momento, vinculados al liberalismo. A continuación, la correspondencia escrita por el Precursor desde su calabozo, que citamos anteriormente, donde se evidencia su confianza en los propósitos de hermandad que emanaban de la ideología liberal del poder político en España:

¡Con cuánto placer me lisonjeaba yo de haber llenado mis deberes con decoro e integridad, de haberme identificado con las benéficas intenciones de las Cortes generales de la nación española, de ver al jefe de la expedición fundar su allanamiento en la augusta mente de aquel gobierno legítimo y de observar a lo lejos un horizonte luminoso, cuyas luces vendrían al cabo a restablecer la paz y a unir recíprocamente los intereses de ambos hemisferios!(Austria, 1855, p.182).

Las Cortes de Cádiz no objetaron ni censuraron la razia represiva de un Domingo Monteverde que estaba desvinculado radicalmente de los sofismas de la política institucional española de aquel momento. Él tomó el poder, hizo rendir a Miranda, asumió el control y obtuvo el retorno de la Capitanía General de Venezuela de manera violenta, fuera de los cánones liberales y mediante la proscripción, la persecución y el patíbulo para los patriotas; y su primera víctima fue el que firmó con él la capitulación, el infeliz Francisco de Miranda, otrora dictador de Venezuela, el primer funcionario de este país con todos los poderes del Estado. De esta manera, esa España de cánones liberales dejó a Venezuela en manos de unos caudillos españoles que más bien enarbolaron su propia “legalidad” y sus propias miras que bien lejos estaban de aquel poder político ultramarino; aunque siempre fue así en una Colonia donde durante años llegaban órdenes, dictámenes y decretos del Rey, pero que no

se cumplían porque eran inaplicables o porque tenía primacía los intereses locales.

Quien escribe ha interpretado la postura de España, hasta el año de 1820, en lo que concierne a la rebelión de sus colonias, como un suicidio político contumaz, paulatino, indetenible. El imperio español se negó a ver o a escuchar lo que se podía ver y escuchar sobre la naturaleza del proceso independentista; más bien quiso verse y escucharse a sí mismo. Esta falta de sabiduría se articula con la falta de juicio y de sentido común por un largo tiempo; hasta que la racionalidad política apareció muy tarde, pero por la conmoción política interna, y apareció a medias y sin ningún efecto a favor de los intereses de España. Desde 1808, cuando se suscitan las primeras acciones de agitación y de “revoltura” en Bolivia y en Río de la Plata, los españoles no tomaron en serio la convulsión de sus súbditos coloniales, hasta que la derrota militar se volvió indetenible. Incluso, cuando las autoridades españolas le formulan a Pablo Morillo que iniciara conversaciones con Bolívar, disposición que fue cuestionada y hasta protestada por el “Pacificador”, se podía entender esto como una pausa que hizo el Imperio para reconsiderar su relación con su rebelde colonia, y para abrir un curso alternativo en aras de alcanzar una lealtad que sus súbditos americanos sintieran beneficiosa, y para consolidar su soberanía imperial sobre esa tierra. En fin, España actuó con sus colonias y con Venezuela, desde 1811, con el

lastre del error; y con el inicio de las conversaciones en Santa Ana, también. España estaba equivocada, y Morillo lo sabía.

El Imperio español fue incapaz de manejar, aunque sea mínimamente con sentido común, lo concerniente a sus colonias, y en específico a la muy agitada y radical colonia de Venezuela; más bien alimentó las posturas radicales de ese jacobinismo revolucionario vanguardista cuyo núcleo era la cofradía de la Sociedad Patriótica de donde se desarrolló el enfoque político sustancial que llevó a sustituir los preceptos de la Junta que defendía los derechos de Fernando VII por la política de ruptura con España y la instauración de la independencia y creación de una república soberana. España provocó a los agitadores con las amenazas y la subversión, en vez de llevar a cabo una política de diálogo, de negociación, de quizás concebir mayores grados de autonomía, esos que llevaron a Inglaterra a su famoso “Commonwealth of Nations”, por poner un referente. Al contrario, España llevó el insulto y la tea ardiente a Venezuela y a la América toda; llevó el hostigamiento, el bloqueo de los puertos y la cárcel para los españoles-americanos (hasta para los moderados). La imprudencia de España alimentó el radicalismo en Venezuela, que coronó sus aspiraciones con la declaración de independencia el 5 de julio de 1811.

Lo que pasaba en España, y en eso los radicales venezolanos tenían plena conciencia, es que allá no toleraban la idea de igualdad con los “españoles america-

nos”. Los súbditos americanos no tenían los mismos derechos que los súbditos españoles, y éste era un enfoque compartido por los absolutistas y por los liberales, tanto en el gobierno como en las cortes. El derecho de que los colonos regularan su comercio, eso era un imposible; un grado de autonomía que apuntara a una Federación, también un imposible. Era más fácil, más simple, más “lógico” para las autoridades españolas imponer una línea dura contra sus colonias. A eso se le llama ceguera de un imperio, la que por cierto tuvo Inglaterra para con la rebelión de su colonia estadounidense.

¿Qué hizo el imperio español ante los sucesos del 19 de abril de 1810, y especialmente ante la acción radical del 5 de julio de 1811 en Venezuela? España descartó la negociación y la aproximación política, y ella misma se impuso dos alternativas: formular la reconquista con el envío de un gran ejército o alentar la guerra civil en el propio territorio rebelde. Con respecto a la primera acción, era un imposible debido a la ocupación francesa del territorio español en el año de 1812, hasta que Fernando VII vuelve a tomar el control del poder e impone su política reaccionaria y absolutista que establece entre otras cosas la reconquista y pacificación definitiva de las colonias, de donde deriva el envío de tropas en el año de 1815 para someterla a través de un enorme esfuerzo militar que capitanearía Morillo. En relación a la guerra civil, es la estrategia inicial que desarrolló la

corona, y de ahí se explica la agitación sobre los esclavos, pardos y demás sectores sociales explotados, acompañando así la revuelta de las provincias que no se acogieron a los dictámenes de Caracas en 1810 y en 1811, como Coro, como Valencia y Maracaibo. Es allí que Monteverde recuperó Venezuela al galope de la guerra civil, cuestión que intensificó Boves y su lugarteniente Morales, realidad que quiso frenar infructuosamente Bolívar. Pero esa guerra se tornó insufrible hasta para España, y Fernando VII regresó al trono y mandó tropa extranjera para acabar el caos propio de ese tipo de conflicto.

Sin embargo, entrando en el año de 1820, el envío de refuerzos se hizo un imposible también porque España estaba exhausta en lo material, en lo económico. España no podía enviar más tropas, y sin embargo sacó energía para tal propósito y preparó un contingente numeroso que sería enviado a Sudamérica, precisamente a Venezuela. Pero entró en el escenario la revolución liberal de Quiroga, movimiento que nació dentro de ese ejército donde por cierto existía un sentimiento de rechazo en eso de venir a Venezuela o a Nueva Granada a enfrentar una violencia expandida, a lidiar con un clima salvaje y a someterse a enfermedades tropicales. La guerra en América no la quería el soldado español, el que dio todo para sacar al francés de su tierra, pero que lo quieren llevar a un lugar que no era su patria a hacer el mismo papel funesto de los franceses en España.

Cuando el Rey Fernando VII envió a Venezuela en el año de 1815 a un ejército de casi 20 mil hombres al mando del disciplinado, fiel y eficaz prócer de la guerra de liberación española contra el invasor francés, el Capitán General de Venezuela Pablo Morillo, este monarca estaba convencido de que esa supremacía militar impondría fácilmente la victoria sobre los rebeldes. Con esta acción de colosal fuerza, la gaviilla de bandidos y traidores sucumbiría prontamente. Lo prioritario en los primeros días, en la óptica del Rey, era recuperar el castillo de Cartagena de Indias, un punto de suma importancia estratégica; lo demás eran guerrillas que serían aplastadas como mosca, según la apreciación de la corona. Pues precisamente este sentido de superioridad cegó a la España imperial, como cegó a no pocos imperios que han perdido territorios, pueblos y sociedades debido a una inconmensurable miopía. Esa necesidad, que ha hecho historia para la conformación de naciones y de poderes globales, fue tan destacable que desde el 5 de julio de 1811, hasta los días de Santa Ana en 1820, el Imperio español no tuvo la disposición de enviar directos representantes de la corona para conocer, analizar de manera directa, dialogar de tú a tú y descubrir lo que estaba pasando en sus lejanos dominios al otro lado del Atlántico. ¡Qué capricho de superioridad imperial tan impenetrable! Una muralla de vanidad, levantada tanto por monárquicos como por liberales españoles, impidió conocer las verdades y la profundidad de un levantamiento político y social en una tierra implaca-

ble, llena de fisuras sociales, atomizada, fragmentada y policromática. Además, la ceguera también contó con todos los efectos, huellas y heridas que habían dejado en territorio español la crisis de legitimidad de la corona, la invasión napoleónica y la sublevación popular con su prolongada guerra para expulsar al invasor; dichos efectos abrieron las compuertas para que saliera a la libre las fuerzas políticas y sociales que radicalizarían la gran verdad: Sudamérica no podía ser colonia de un imperio decadente y herido por dentro; no había manera de mantener esa situación.

Si en Madrid no entendieron la verdadera naturaleza de la guerra en América, no fue porque Morillo no se hubiese esforzado en explicárselo a la élite gobernante de allá. Bien claro le había dicho lo siguiente al nuevo estamento de poder que se instauró a raíz de la rebelión de Riego:

“Ellos no quieren ser españoles, así lo han dicho altamente desde que proclamaron la independencia, así lo han sostenido sin desmentir jamás su opinión en ninguna circunstancia ni vicisitud de la península, esto repiten ahora sin dejar las armas de la mano, lo repetirán siempre sea cual fuere nuestra conducta y nuestro gobierno, la absoluta independencia o la guerra es solo el arbitrio que nos dejan a escoger” (Quintero, 2017,p.201).

Las palabras de Morillo, en respuesta a las nuevas directrices que le impusieron desde España, es el reconocimiento de la incomprensión que desde hace

años viene demostrando la “madre patria” en lo relativo a la naturaleza de la rebelión de sus colonias. Morillo, viendo los fines políticos que le argumentaban para abrir una difícil conversación con los rebeldes (digo difícil y sorprendente al considerar que la última fue hace 8 años y dejó como resultado la sangría y la radicalización de la guerra), intentó aclararles a sus superiores que existía un rompimiento de cualquier lazo político que uniera a los dos pueblos, indistintamente de ciertos vínculos de sangre y cultura; es decir, intentó aclararles que era demasiado tarde en ofrecerles privilegios y prebendas a los revolucionarios para mantener la autoridad española, la colonia y su condición de súbditos. ¡Era demasiado tarde!; Morillo estaba muy claro en eso.

En definitiva, el pensamiento liberal, impuesto en el poder parlamentario durante el año de 1820, puso de rodillas a esa bestia negra llamada Fernando VII y la obligó a emitir órdenes de negociación con los rebeldes de América para humanizar la guerra y ofrecer incentivos para que por las buenas se acabe la discordia prendida en el otro lado del Atlántico. Además, quien escribe está convencido de que si ese alzamiento liberal no hubiese triunfado quizás la lucha independentista hubiese seguido un prolongado y cruento endero, acompañado a Cuba y a Puerto Rico en esa prolongada pelea liberadora contra la madre patria, que se extendió hasta el siglo XX y que se prolonga hasta el siglo XXI con un Puerto Rico en su anacró-

nico vínculo con los EEUU .El liberalismo, como pensamiento político que rebrota en España, y que genera una convulsión política, social y geopolítica en el año de 1820, mueve la realidad de la guerra independentista en Hispanoamérica, que parecía estancada en su meollo de batallas y muertes con el solo vigor de pelear por pelear en posturas irreconciliables. El Liberalismo en España fue una bocanada de aire fortalecedor de las aspiraciones de los revolucionarios en América por sus profundas diferencias con el tradicionalismo que en España se concentraba agriamente en el Rey Fernando VII y en su ideario recalciante alrededor de la santidad de un poder heredado.

Con el Liberalismo que irrumpió en 1820 en España, superando el fracaso de su versión moderada en 1812, afloró el “otro” que había sido escarnecido, asesinado, erradicado, bestializado y anulado por el decreto de guerra a muerte y por el bando de Guaya-bal que emitió el luciferino José Tomás Boves. Por fin apareció el rostro humano del enemigo, y a partir de ese momento se abrieron las puertas de la intersubjetividad que permitió darle “calidad” a la confrontación entre ambos ejércitos. Se trata de que una guerra para ser legítima también tiene que ser responsable, y eso implicaba acatar leyes, protocolos, someterse al derecho de gentes, como se decía. Significó esto extinguir la guerra de los criminales de guerra para que así cada bando tenga tranquilidad de enterrar no solo sus muertos, sino también a los muertos del enemigo.

La irrupción del liberalismo significó que la derrota no era un suicidio.

Que bien hizo el liberalismo en aparecer para que Morillo y Bolívar se transformaran en aquellos personajes de la Ilíada donde un Homero nos contó aquella guerra humanizada donde Aquiles por fin le entregó al rey Príamo el cadáver de su hijo Héctor. Desde esta perspectiva lírica, apreciamos que el realista y el patriota dejaron de simplificar a sus enemigos y aceptarlos en su complejidad humana, sin degradarlos, sin irrespetarlos. ¿Quién se impuso en la Venezuela atormentada de aquel 1820? Respondo que se impuso el pensamiento liberal de allá y de acá, y con eso el camino de la independencia dejó de ser una deshonra.

Morillo en su laberinto

Personajes bifrontes y eminentemente contradictorios abundan en los relatos de las agudas coyunturas históricas. En esos instantes de dilemas existenciales de pueblos, proyectos y sueños, es que estos personajes sueltan sus antagónicas facetas para que choquen entre si o también para que realicen extraños bailes circulares dentro de un astillado juego de espejos. Uno de esos seres fue el “pacificador” Pablo Morillo, el hombre que protagonizó el más importante de los esfuerzos bélico de la corona española para no perder sus colonias hispanoamericanas.

Pablo Morillo, un guerrero victorioso, de franca actividad audaz en la lucha guerrillera contra el invasor francés, contra las tropas del épico Napoleón, venía de la pobreza, del hambre, de la sencillez precaria de una aldea. De esa tierra salió al campo de batalla y a los cuarteles, y allí forjó su personalidad militar severa, compacta y aplomada como perfil que entraría en desarmonía con la adquisición de algunas ideas liberales, y con, según la información de algunos historiadores, su incorporación al mundo de la masonería. No obstante, en él pesó por un tiempo su conducta disciplinada, vertical y de suma fidelidad al Rey Fernando VII, ese monarca reaccionario que persiguió a los sectores políticos y militares que pregonaban el liberalismo y que por cierto su inquietud siempre se concentró en los cuarteles porque allí la semilla liberal se había abonado, se había nutrido en una fuerza

militar con una profunda autoestima adquirida por el valor con que combatió a los franceses en la guerra por la patria hispana. Repito, Morillo, a pesar de algunos resquicios de pensamiento moderno, no obstante era de férrea fidelidad al monarca porque para él, como para muchos españoles, la corona era la esencia de la españolidad, el ícono máximo de la tribu hispana, y, por lo tanto, todo lo que atentaba contra ella, lo que se desviara de ella, significaba traición; significaba la existencia de un letal enemigo que había que exterminar para bien de la madre patria. Morillo ve al rebelde americano como una aberración inmadura, propia de una clase social débil y rezongona que de manera innoble le da la espalda a siglos de verdades que se resumen en la corona.

¿Es un error lo de Morillo? ¿Es un error el odio que tenía arraigado Morillo en relación a estos hombres y mujeres que no querían ser vasallos? ¿Es un error el concepto que tiene de la lucha americana al considerarla un proceso innoble? Este Morillo que llega a Venezuela es un jefe militar audaz, capaz en todo, aguerrido y cruel, experimentado, pero con un profundo desconocimiento sobre la gente que iba a enfrentar. En sí, toda la corona estaba plagada de desinformación y de desconocimiento de las profundidades y esencias del levantamiento anticolonial. No obstante, Morillo aprenderá a conocer a su enemigo, y lo sufrirá; aprenderá sobre la crueldad de la tierra venezolana y sus tormentos naturales; aprenderá también, sobre

todo en Venezuela, sobre el mismo tipo de demonios que tuvieron que enfrentar los franceses cuando invadieron España para imponerles un rey; por cierto, él era uno de esos demonios. Morillo llegó sin comprender que el mundo hispano se desmembró a ambos lados del atlántico. El creyó que iba a otra España, rebelde, pero a otra España; pero se encontró con otra cosa. Morillo guerreó en Venezuela y en Nueva Granada bajo el estado del error; pero, ya en el año de 1820, él había adquirido la plena conciencia de que la otra España no existe y que lo que enfrenta no es un español. A costa de la lucha encarnizada que sufrirá, y que acabará con buena parte de su ejército, terminará de entender que él también formó parte de la génesis dolorosa de un pueblo sin ataduras. Morillo llegó con su error, el mismo error de toda España desde 1810, pero sucumbirá al menos quitándose ese dislate de que estaba en otra España devaluada y con habitantes que era segundones y falaces, lo peorcito de España, una covacha de españoles.

Morillo llegó con sus embarcaciones y su poderoso ejército de 20 mil hombres, y el primer punto de Venezuela que tocó fue el Morro de Puerto Santo. Se movió a Carúpano y después se dirigió hasta Margarita para iniciar su reconquista formalmente en Tierra Firme. En la isla la comenzó por medios conciliatorios, y lo hizo con el más despiadado jefe patriota, Juan Bautista Arismendi, no considerando de antemano las advertencias de Morales al respecto, quien

le alertó que no se fiara de este rebelde. Cuando Morillo desembarcó en Pampatar, Bermúdez, su gobernador, huyó a Cartagena ante el inmenso poderío bélico. En cambio, Arismendi se rindió sin luchar, y dio tales muestras de arrepentimiento que, ante sorpresa de Morales y de muchos jefes realistas, el que ejecutó a rajatablas las ordenes de Bolívar en el ajusticiamiento masivo de prisioneros en la Guaira en el año de 1814, fue bien tratado por el Pacificador que asumió seguir la faceta blandengue de las disposiciones del Rey; craso error, pues Morillo zarpó hacia Cartagena de Indias, su verdadera prioridad, y Arismendi desarrolló una conspiración que culminaría en un levantamiento popular de los habitantes de la isla, que tomaron la guarnición y allí masacraron a machetazos a los doscientos defensores que dejó el jefe realista. De ahí en adelante, el pueblo margariteño, con machetes, piedras, palos, hombres, mujeres, ancianos y niños, en un concierto de resistencia heroica, le hicieron frente al invasor.

Es importante este recuento de lo que pasó en Margarita porque Morillo, al tener noticias de lo que para él sería un acto infame de Arismendi, cambió por completo la orientación del tratamiento que le daría a sus acciones en Venezuela y Nueva Granada. Se entiende entonces que este suceso de Arismendi le afectó tanto que de allí en adelante aplicó el terror a mansalva sobre los patriotas durante los años en que impuso su poderío militar hasta 1820. Es decir, así como los

patriotas tienen el antecedente de la Capitulación de San Mateo como la prueba más contundente de que la raza española es la representación más cruda de la infamia y de la vileza, también los españoles tienen en Arismendi la muestra más clara de que la casta patriota representa la ignominia. Los dos capítulos, tanto San Mateo como Margarita, dieron fundamentos para la desconfianza y el odio mutuo.

Después de tan terribles antecedentes, ¿quién de los bandos en pugna se iba a fiar del otro? A pesar de que los jefes de ambos ejércitos en esencia tenían más en común como piel, creencias, hábitos y cultura, la pugna política entre ellos y el fanatismo que los cegó desbarataron el puente de la comunicación, porque a fin de cuentas para el diálogo es necesario entender que el otro está ahí para escuchar y si es posible para respetar lo escuchado; pero no fue así con las experiencias destacadas, que fueron hechos cuyos efectos fueron desbastadores y sangrientos para ambos bandos al instalar un sufrimiento mayor para una tierra que cayó en un parto traumático en su nacimiento como nación, como Estado-nación republicano. Reitero, lo primero que cayó en esta guerra fue la palabra, pues los contendientes dejaron de oírse y de hablarse, y se impuso el lamento y el grito. Pues bien, al morir la palabra falleció también el más mínimo intento de civilización o de humanismo. El silencio trajo el genocidio; la mudez trajo el espanto. Eso quedó en Venezuela tan registrado que todos los capítulos

de mayores guerras en este país han estado acompañados con el antecedente del silencio y la ausencia del diálogo como antesala de los cementerios donde no se escucha nada por siempre sobre las tumbas.

Después vendrán las palabras para salvar lo que queda, pero su labor será pesada y difícil porque ellas se sentirán póstumias. Muchas veces las palabras que tardan en aparecer, en medio de tanto sufrimiento, se asemejan a parodias del pasado; pero no importa, así estén desvencijadas, están de vuelta y reaparece la esperanza.

El esfuerzo de Morillo para restituir el orden colonial significó una reconquista cruel y sin miramientos, bien contraproducente en sus efectos e inapropiada políticamente porque su saña represiva más bien produjo todo lo contrario de lo que se esperaba. Es decir, las acciones radicales del “pacificador” alentaron más bien la resistencia, estimularon la guerra de guerrillas; y, a pesar de los éxitos iniciales del jefe español, su proceder dio base para un increíble proceso de recuperación de las fuerzas patriotas con un Bolívar que resucitó de sus cenizas como “ave fénix”. En ese contexto, Pablo Morillo adquirió un aprendizaje que le perfiló con claridad las variables que imperaban sobre la realidad de la guerra. Dicho aprendizaje se expresaron en estas palabras contenidas en una de sus cartas para sus superiores en Madrid donde dijo: “Es preciso que la Corte se desengañe, pues no cortando la cabeza de todos los que ha sido revolucionarios,

siempre darán qué hacer; así que no debe haber clemencia con estos pícaros” (Earle, 2014,p.109).

Estas palabras, del que ha sido enviado por la corona española para acabar con una rebelión de vasallos, se corresponden con una mentalidad recalcitrante donde el lenguaje del buen gobierno no existe, ya que ha sido sustituido por el lenguaje de una razón de Estado que no admite ninguna disidencia. Se trata entonces de que el lenguaje de Morillo carecedel arte de gobernar con los principios de justicia y razón; se trata deun poder sin prudencia y sin templanza que se expresa con un lenguaje arcaico y letal. ¿Cómo es que la clemencia no era conveniente para la conservación del control monárquico en sus colonias? En las palabras de Morillo no hay resquicio para la paz, sino espacio para el miedo y el castigo. Morillo llegó a Venezuela como aquella bestia pintada por un Erasmo al describirde esta forma la tiranía:“Dentada por doquier, temible por sus encorvadas uñas y vientre insaciable, ahíta de vísceras humanas, ebria de sangre humana y hostil a todos, especialmente a los buenos”(Carneiro, 2013,p.200).

Morillo llegó con la expectativa de reconquistar con prontitud los dominios perdidos por los levantamientos del mantuanaje criollo durante 1810 y 1811. En el primer año de su estadía en Venezuela, avanzó con fuerza hacia ese fin; reinstaló la colonia a sangre y fuego, y en verdad la causa defendida por el linaje mantuano de Bolívar parecía extinguida, con algunos

escasos reductos de resistencia que esperaban su definitivo aplastamiento. Pero desde el año de 1816, la propia testarudez bravía de esos reductos, la maduración dolorosa del liderazgo del Libertador, la aparición de un líder carismático como Páez, la hazaña de Piar con la victoria de San Félix, y la instalación del cuartel general patriota en Angostura, dentro de un contexto de desertiones de la llanerada, que abandonaba las banderas del Rey para pasarse al ejército independentista, le cambió la cara al combate. Mientras eso pasaba, la cotidianidad bélica era el de un soldado español enfrentado a una naturaleza severa, a un trópico desgastante, a unas enfermedades que minaban el organismo y la moral todos los días en un sufrir que se multiplicó cuando también les tocó batallar contra un guerrero que parecía de épocas prehistóricas, que no se cansaba, que era diestro con la lanza y el machete, y cuya forma de jinetejar lo proyectaba como un centauro, haciendo la unión de bestia y de hombre que soportaba el hambre y la sed, que era astuto, que manejaba los elementos del terreno, que era temerario hasta límites demenciales; me refiero al jinete llanero.

Finalmente, el “Pacificador” se radicalizó en sus angustias cuando le exigía refuerzos a un Imperio insensible a sus requerimientos. Sus angustiadas peticiones de auxilios desde el año de 1817 evidenciaron su reconocimiento de la reciedumbre combatiente de un enemigo reconstituido, más peligroso, audaz, que

contaba con un liderazgo fortalecido en Bolívar, y que contaba con el ingrediente de un jinete llanero que podía ser calificado como la mejor caballería del mundo. Todo un panorama dantesco es pintado por Morillo en distintas correspondencias dirigidas a sus superiores en España, como ésta que es para el Ministro de la Guerra a quien le describe los diversos tormentos que afectan a la tropa:

Varias veces he informado a V. E de la inclemencia de este clima y de estos llanos para las tropas europeas, cuyo rigor se hace sentir tan duramente en la salud del soldado... Los continuos pasos de ríos y de caños, atravesando días enteros pantanos y lodazales, con el agua a la cintura, unido al escaso y miserable alimento del soldado en los arenales ardientes del Llano, ha ocasionado muchos enfermos de gravedad, y son muchos también los heridos por las «rayas» y mordeduras de los pescados llamados «caribes» y «tembladores», y muchos los devorados por los caimanes. En medio de tantos trabajos y sufrimientos, de la desnudez y miseria de algunos cuerpos y de la pobreza general de todos, puedo asegurar a V. E. que jamás se ha visto un ejército con mayores privaciones, ni con mayor ardor por sostener los sagrados derechos de su amado soberano(Rodríguez,1920,p.62).

Así se lamentó Morillo de las inclemencias que asolaban al ejército realista después de 4 años sin descanso en la profundidad del llano, ahogado en un océano de verdura abrasadora. Así pintó Morillo lo que

quedaba de aquel ejército pacificador: sólo harapos y penurias, hambre y un sinnúmero de maldiciones bajo el acoso de la emboscada o bajo el tormento de los zancudos clavando su enfermedad, o bajo la inclemente lluvia interminable que convierte al llano en fango bajo el trueno de la guerra retumbando en las cabezas de aquellos hijos de la “madre patria” afligidos por el abandono, viendo su ruina corporal, la ruina de sus existencias que lentamente terminaban en la nada. Ese soldado español, muerto de hambre, es lo que quedó de 300 años de imperio colonial.

Hasta que vino el cambio político en España generado por la revolución liberal a principios de 1820, y que provocó un cambio de paradigma en la conducción que ella tenía sobre la guerra con sus rebeldes colonias, de donde se generaron unas nuevas instrucciones para el “pacificador” con el objetivo de que abriera un diálogo con los rebeldes en procura de obtener la paz y la finalización de la guerra. Ante tal requerimiento, Morillo respondió con cólera que es propia del que es obligado a actuar en contra de su naturaleza y de sus acciones; la corona española pretendía que él quemara sus ideales y que se colocara ante sus enemigos con otra naturaleza. Le pidieron casi un imposible; le exigieron nacer de nuevo como poder y como carácter. Ante las nuevas órdenes, Morillo exclamó:

Están locos “en Madrid, gritaba á voz en cuello, no saben lo que mandan : “ no conocen el país, ni los

hechos, ni las circunstancias. Quieren que yo me abata a tratar con los que he combatido; que pase por la humillación de llamar amigos a los sediciosos y “hermanosa los que he herido en lo más vivo como enemigos y como rebeldes... Así se perderá todo. Yo obedeceré ; pero no hay que contar más con sujetar estas provincias(Larrazábal, 1878, p.96)

De todos modos, Morillo obedeció y se abocó en explorar la posibilidad de la negociación, pero lo hizo con cierto cálculo político, ya que dirigió comunicaciones para varios jefes rebeldes a la vez, como que si para los realistas el escenario del liderato patriota continuara fragmentado, como sí lo estuvo un tiempo, pero que se fue acabando desde el fusilamiento de Piar en 1817, y desde ese año había una sola autoridad militar suprema, que se llamaba Simón Bolívar. Repito, Morillo y demás miembros de una Junta negociadora que él constituyó, enviaron cartas a un Páez y a un Bermúdez, entregaron correspondencias hasta para jefes guerrilleros de menor valía, como Monagas y Zaraza, se comunicaron con Cedeño y con Montilla. Finalmente, dicha Junta se dejó de rodeos y tuvo que mandar emisarios a buscar al gobierno republicano en Angostura; se llegaron hasta los linderos del jefe supremo.

¿Qué intentó Morillo en primera instancia? ¿Anduvo en eso de crear diferencias entre los jefes? ¿Intentó dividir las posturas del liderazgo patriota? Pues si eso fue su propósito, rotundamente no lo logró. Hasta el

mismo Páez, con todo su liderazgo e inmenso mando popular, los remitió a su superior. Intentó Morillo negociar con el Congreso de Angostura, y tampoco tuvo éxito porque esa instancia no tenía autoridad para esas tratativas. Se dio cuenta, tristemente para él, que todo en el ejército patriota, el victorioso ejército patriota, se movía bajo una sola voz, la de Bolívar. Si España quería entenderse con los rebeldes, eso dependía de un solo hombre; dependía de Simón Bolívar. Podemos pues imaginarnos las impresiones, las ideas y sentimientos que se agitaron en el interior de Morillo al constatar el inmenso poder que había adquirido su más fiero enemigo, pues ni él había logrado tanto control, disciplina y obediencia en su propio ejército como ahora lo tenía su archirrival, el que hace apenas algunos años era expulsado de por aquí y de por allá por sus propios compañeros de armas; el que no era querido por nadie ya que encarnaba tantos fracasos desde 1812, pero que en ese año de 1820 todos los caudillos rebeldes reconocían a su autoridad.

A pesar de todo lo que hemos dicho en torno Pablo Morillo y su férrea postura de acabar a bayonetas a los sublevados, él se convertiría en un protagonista de la más importante iniciativa de negociación que registra la Historia cuando en 1820 la monarquía dejó de tratar a los patriotas como partida de bandidos y aceptó verlos como una fuerza insurgente respetable, como un actor político en condiciones de realizar una negociación de igual a igual con el estado monárquico español.

En la antesala del breve instante de paz

El 21 de septiembre de 1820, el Libertador le envió a Morillo una correspondencia donde demostraba confianza en sus propias fuerzas y asumía tener claro que las condiciones militares y políticas estaban a favor de la causa independentista; no obstante, de parte de él había voluntad para la paz y para el acuerdo negociado con el propósito de ahorrar sufrimientos. En esos términos, Bolívar manifestó:

V.E. nos ha convidado con un armisticio cuyo objeto parecía ser la paz de América. Pero un armisticio semejante, sin ofrecer siquiera el reconocimiento de nuestro gobierno, es demasiado perjudicial a los intereses de la república, cuando ella se lisonjea de un triunfo final y completo, según todas las probabilidades. La continuación de las hostilidades debe producirnos la ocupación del resto de Venezuela y Quito, libertándonos, al mismo tiempo, de las enormes erogaciones que nos causa un ejército demasiado numeroso para Colombia; y la suspensión de ellas en la estación más propia para la guerra, y en momentos críticos para nuestros enemigos, trae consigo la pérdida de todas las ventajas que podrían resultarnos de nuestros constantes, prolongados y dolorosos sacrificios. Sin embargo, el gobierno de Colombia quiere manifestar a V.E. y a toda la nación española que prefiere la paz a la guerra, aun a su propia costa, y propo-

ne, en consecuencia, entrar en comunicaciones con V.E. para transigir las dificultades que ocurran sobre el armisticio con que se le ha convidado, siempre que en calidad de indemnización, se le den a Colombia las seguridades y garantías que ella exija como gaje de este empeño (Lombardi,2019, p.417).

Este es el panorama bien entrado el año de 1820, con un Morillo planteando la paz y el armisticio, pero sin reconocer la independencia de la república implantada por Bolívar desde su victoria de Boyacá y sin reconocer lo establecido como Estado, como gobierno y como constitución desde el 15 de febrero de 1819 en Angostura. No obstante, a pesar de eso, y a pesar de que el Libertador manifiesta que la victoria para su causa está cerca, y que más bien si sigue la guerra tendrá como resultado “...la ocupación del resto de Venezuela y Quito, libertándonos, al mismo tiempo, de las enormes erogaciones que nos causa un ejército demasiado numeroso para Colombia”; sin embargo, Bolívar manifiesta su deseo por la paz, así sea ella costosa para sus propios intereses, y formula abrir el diálogo con el fin de revisar las características de un posible armisticio.

Considerando esta carta, pudieran surgir las siguientes interrogantes, aunque las mismas parecieran ociosas a la luz de los resultados de aquel proceso que en todo benefició a la causa republicana; sin embargo, el concebirlas nos ubican en un esfuerzo de entender la psicología política del Libertador, quien en todo mo-

mento estructuró la estrategia política sobre la que se desarrollaría esta circunstancia. Entonces, ¿por qué el Libertador se inclina por darle una oportunidad a la tarea pacífica, a un esfuerzo de negociación, cuando si persiste en el camino de la guerra, el triunfo estaría en sus manos, como él afirma? ¿Es Bolívar un ingenuo que, al aceptar entrar en tratativas con los españoles y en plantearse un armisticio con ellos, lo que hizo fue arriesgar el triunfo republicano al permitir que los monárquicos recuperaran fuerzas con la tregua en vez de aplastarlos de una vez, tal como él lo concibe en la correspondencia a la que hacemos referencia?

La respuesta a estas interrogante, de manera contundente, la aporta Bolívar, por cierto en una correspondencia al general Francisco de Paula Santander, fechada el 18 de julio de 1820, donde le da una apreciación de las conversaciones que él ha tenido con José María Herrera, un enviado de Pablo Morillo en todo esos meses de posiciones irreconciliables y aparentemente innegociables, donde el español colocaba como base de la paz el que los rebeldes regresaran al plano de colonia, pero bajo borrón y cuenta nueva de todo lo que había pasado desde 1810 y bajo condiciones de más derecho a voz en España.

En la carta, Bolívar expresó:

Con motivo del armisticio se están pasando paisanos y tropas en bastante número, y reina gran demoralización entre las tropas y paisanaje. Siempre he

pensado que el armisticio destruirá una gran parte del ejército español, y si he mostrado no quererlo es, primero, porque pienso sacar más ventajas de la paz que de la deserción, y segundo, porque nunca faltarán motivos para prolongar el armisticio si conveniere así... (Reixach,1987,p.396)

Veán que el Libertador declaró que el armisticio, verdaderamente una iniciativa de Morillo, ha sido un elemento negativo para la moral hispana; es negativo porque significa que en el bando realista nadie cree en la victoria. Para el ánimo de Morillo, el hecho de que desde España no manden más refuerzos y que le hayan dado instrucciones para realizar negociaciones con los rebeldes, significa que en la península no se cree en la victoria, lo que viene a confirmar muchas de sus reflexiones en torno a la realidad de una lucha interminable, desgastante, y que ahora se aprecia sin futuro. Por eso, al convencerse de que ganar la guerra no es posible, ratifica su disposición de retirarse, de volver a España. En sí, el armisticio hiere la moral y aumenta la deserción, incrementa las aflicciones y la tristeza en el ejército monárquico, a pesar de que les da tiempo para descansar, para acuartelarse, recuperar fuerzas, pero no les recupera la moral.

En esta perspectiva, Bolívar formuló en esa carta para Santander su conocimiento sobre la crisis de desmoralización en el bando realista; expresa esa certidumbre en este documento sumamente confidencial, dirigido a otro habilidoso en estratagemas, como

es Santander, su vicepresidente, un personaje que, quizás por conocer a Bolívar mediante este tipo de correspondencias, armó todas las posteriores intrigas inteligentes que atormentarían al Libertador en los últimos años de su vida política.

Desde esas apreciaciones, Simón Bolívar planteó aprovechar las circunstancias del armisticio para sacar ventajas estratégicas; en fin, su aspiración es utilizar políticamente la paz para ganar la guerra militarmente. El Libertador no aceptó entrar en conversaciones con una actitud mendicante o entreguista, ya que al principio se oponía a las mismas esgrimiendo el reconocimiento soberano de Colombia como nación independiente como previa condición para sentarse a hablar de paz, lo que fue rechazado por Morillo quien por unos instantes congeló su iniciativa hasta que Bolívar accedió al diálogo. Esta flexibilidad en el Libertador puede interpretarse en el sentido de que tuvo un plan en mente que implicó frenar el desorden de la guerra, superarlo y transformarlo en un conflicto regulado para fortalecer el reconocimiento internacional de su lucha, de sus logros militares y políticos, como lo es que ya existe su Colombia, la grande. El Bolívar, que se preparaba a entrar en esas negociaciones, es un hombre con una actitud psicológica minuciosa en la elaboración de su quehacer como líder; por eso es que durante las negociaciones, y ya firmado el armisticio, silenciado los fusiles y cañones, este sagaz no dejó de reunir sus fuerzas, no interrumpió su abastecimiento,

no dejó de mejorar la organización de su ejército, ya que él tenía conciencia de cuánto tiempo debería durar el armisticio. Durante la tregua, él no se preparó para una paz duradera, sino para continuar la guerra y ganarla; por supuesto que fue positivo hacerla humana, regularla, civilizarla, y para eso Antonio José de Sucre, uno de sus comisionados para la negociación, desarrollaría su mejor talento con la elaboración del tratado de regulación del conflicto.

El Bolívar que meditó toda la conducta que debían tener los negociadores, que dirigió las conversaciones desde lejos, que exigió mayores conveniencias en la ubicación de su tropa en el territorio de guerra, que alentará a su delegación y le dará suficientes insumos para marcar `posturas y corregir y neutralizar a los negociadores enemigos, es el hombre embargado por un optimismo franco, siendo un convencimiento que radicó en conocer la realidad de su enemigo, tanto en España como en Venezuela. Efectivamente, lo que pasó en España terminó siendo el factor determinante para sustentar su confianza de una final de la guerra con el indetenible triunfo de la causa independentista, especialmente cuando el 1 de enero de 1820 varios batallones acantonado en Cabeza de San Juan, liderizados por los jefes militares liberales Riego y Quiroga, se rebelaron con la proclama “Constitución y Libertad”. Es de recordar que Bolívar se enteró de los sucesos de la “madre patria” varios meses después, y exclamó lo siguiente:

“De “ los negocios de España estoy muy contento, porque nuestra “ causa se ha decidido en el tribunal de Quiroga. Nos mandaban 10 mil enemigos’ ; y ellos, por una filantropía muy natural, “ no quisieron hacer la guerra á muerte, sino la guerra á vida ; “ pues bien sabian que por allá podian salvarse, y por acá, no. “ ¡Qué dicha, no venir y quedarse 10,000 hombres que eran “ enemigos y son ya los mejores amigos!!!! ¡Golpe de fortuna local! Aunque triunfe Fernando, ya no puede mandar otra expedición, sabiendo los expedicionarios cómo se han de quedar(Larrazábal, op. cit.,p.17).

Los integrantes de las comisiones negociadoras

Morillo designó una comisión para que explore un proceso complejo de conversaciones con un Simón Bolívar que cada día se sentía más fuerte. La misión realista fue constituida por Juan Rodríguez del Toro, alcalde de Caracas, y por Francisco González de Linares. Son recibidos por Bolívar quien al principio fijó posiciones irreductibles cuando los españoles le exhortaron someterse a la Constitución de Cádiz y considerar la magnanimidad de Fernando VII, quien ya no se rige de manera absolutista porque su autoridad está sometida a las obligaciones de la legislación liberal, lo cual significaría una opción de mejor trato para las colonias, más prebendas, mejor representación en el parlamento y facilidades comerciales. Por su parte, el Libertador les respondió con que cualquier acuerdo pasaba por el reconocimiento ineludible de la independencia de Colombia para la culminación de la guerra. Esta “formalidad”, que exigió Bolívar, ya era un camino que andaba por sí solo. La dinámica de la guerra había impuesto la realidad de un ejército republicano exitoso, que se decía ejército de una república llamada Colombia, y eso se estaba transmitiendo en las correspondencias emanadas del bando realista donde ya no catalogaban con mucha frecuencia a los republicanos como bandidos.

Morillo designa una comisión definitiva para realizar las negociaciones, un 20 de octubre de 1820; la misma estuvo constituida por los ya citados Juan Rodríguez del Toro y González de Linares, y se completó con el brigadier Ramón Correa. En relación a Juan Rodríguez del Toro, se trató de un mantuano de casta pura, e igual que muchos de sus parientes, fue protagonista de los intentos de agitación de esa clase social que culminaron en el 19 de abril de 1810 y en el 5 de julio de 1811. En sí fue un personaje veleidoso en política, a pesar del compromiso histórico que significó su firma en el acta de independencia debido a su condición de diputado; sin embargo, su “moderación” fue tal que se quedó en Caracas en 1812, a pesar de la persecución de Monteverde. Recuperada la capital por Simón Bolívar en el año de 1814, éste lo envía a una misión en EEUU para procurar armas, una tarea que no cumplió a cabalidad. Aparecería después en el año de 1820 en la comisión negociadora que designó Pablo Morillo para defender los intereses de la corona. Mayor fue el agrado cuando Bolívar lo vio formando parte de esa comisión enemiga, circunstancia que lo motivó a enviarle una carta cuyo contenido es expresión de realidades profundas en la psicología de los contendientes, especialmente en esa casta mantuana que formaba parte de ambos ejércitos, y que a pesar de la guerra mantenían lazos como clase social, como parientes, como comunión cultural y sanguínea que no se disolvía a pesar de las diferencias políticas.

A continuación, un extracto de esa correspondencia de Bolívar para Rodríguez del Toro, redactada un 21 de noviembre de 1820:

Mi querido Juan: Hoy he tenido una emoción tiernamente agradable al recibir tus letras. Ellas reunieron en un punto muchos recuerdos y sentimientos de mil especies. Al saberte al alcance de mi vista he olvidado que vienes empleado por el enemigo; y sólo he sentido que eres el antiguo, bueno y compasivo Juan Toro. Si el pobre Marqués [1] y Fernando [2] estuvieran aquí con nosotros ¡qué agradable momento habrían experimentado!(Sagrav,s/f,párr.4).

En vez de leer a un Simón Bolívar radical y que ha fusilado y llevado a la horca a traidores, desertores o simples venezolanos colaboradores de los realistas, veo en estas líneas a un hombre afectuoso que no le recrimina nada a este traidor que hasta forma parte de una alta comisión negociadora designada por Pablo Morillo. Son más fuertes en Bolívar los recuerdos familiares y de amistad, más fuertes los lazos sociales de un pasado entre amenos aristócratas. El hombre del decreto de guerra a muerte, el del fusilamiento de cientos de venezolanos realistas presos en la Guaira, sólo tiene palabras de cariño para un viejo amigo y un viejo pariente, a pesar de su filiación realista. El veleidoso Juan, acomodaticio y siempre influyente en los dos bandos donde militó, encontró a ese Bolívar amigo de hace años, ex compañero de armas y de primeras aventuras republicanas, y que lo recibe con sen-

timientos y recuerdos. En sí, el Libertador no vio en él a un enemigo, sino a un referente de lo que el propio Bolívar es como miembro de una élite pequeña, pero fuerte en su identidad y autoestima, más todavía en un Bolívar que está relacionado con este integrante de una familia de marqueses por el lado de su difunta esposa María Teresa Rodríguez del Toro y Alayza.

Con respecto a Francisco González de Linares, él y su hermano José son realistas de larga lucha contra los mantuanos, contra la república. Estos González Linares, hermanos biológicos y de ideología, activaron una conspiración realista que se rebeló contra la Junta Criolla que se instaló el 19 de abril de 1810. Desde esos tiempos no dejaron de luchar contra el proyecto independentista. No obstante, este comisionado también gozaba del aprecio del Libertador, hasta el punto que en el año de 1821 Bolívar le escribió para solicitarle un favor a través de un texto que confirma que la crudeza de la guerra en Venezuela no borró del todo el trato humano, la relación social, la condición de gente afable hasta dentro del cuero de personajes que integraban ejércitos que entre sí habían realizado una lucha encarnizada. El favor que le pidió Bolívar fue el siguiente, y vean mis lectores la magnitud del mismo:

Señor don Francisco González Linares. Muy señor mío y amigo: Me tomo la libertad de recomendar a la atención de usted a los señores José Rafael Revenga y Tiburcio Echeverría que pasan a España en comi-

sión de este gobierno cerca de Su Majestad Católica. Como pueda suceder que por cualquier accidente les falten los fondos durante su residencia en España, suplico a usted que les avance los necesarios y acredite en algunas casas sus corresponsales para que les den todo el dinero que necesiten y pidan. Las letras que usted gire contra este gobierno por esta causa o los amigos de usted por las recomendaciones que usted haga, serán satisfechas cumplidamente en los términos que ellas expresen(Larrazábal, op.cit.,p.23).

El otro integrante de la comisión realista, el brigadier Ramón Correa, un miembro de la aristocracia española, de estirpe social y militar de alto nivel, llegó a Venezuela de la mano de su tío el Capitán General Manuel Guevara Vasconcelos, y traía una experiencia en batallas que le ganó una hoja de servicios que indicaba su protagonismo en varios encuentros bélicos en su España natal, y hasta aderezada esa hoja con su nombramiento como caballero de la Orden de Santiago. Este Correa, que fue hasta instructor de cadetes, tuvo funciones como gobernador de Maracaibo, gobernador de Barinas; y en el orden militar, sufrió derrota en Cúcuta, en el año de 1813, en esa campaña admirable de Simón Bolívar; pero tuvo éxito en la defensa de San Fernando de Apure en el año de 1817, y hasta asumió el mando del ejército expedicionario de Costa Firme cuando Morillo cayó herido en la victoria de la batalla de La puerta, en ese lugar siempre, siempre, siempre victorioso para las fuerzas del Rey.

Por cierto, con Correa también tenemos un capítulo de humanismo entre él y Simón Bolívar, pues resulta que el brigadier era yerno de una dama realista de pura cepa que significaba mucho para el Libertador; se trataba de su nodriza Doña Inés Mancebo, viuda de Fernando Millares, designado por el Rey Carlos IV como Gobernador político-militar e intendente de la provincia de Maracaibo. Pues Bolívar se vuelve a encontrar con esta dama, que también lo amamantó, lo cuidó y le dio afecto en la niñez, y eso pasó cuando él entró triunfante a Caracas después del magno éxito de la batalla de Carabobo, y una de sus primeras conductas al estar en su ciudad natal fue buscar esos afectos y orígenes familiares, entre ellos la dama mencionada. La mujer, después de pasar los primeros instantes de lágrimas y besos, ya sosegados ambos, aprovechó para interceder por sus parientes realistas, y especialmente le pidió al Libertador por los bienes de su yerno en Caracas, que habían sido confiscados. De inmediato, Bolívar accedió al petitorio y juró la devolución de esos bienes; además, calificó a Correa como “un militar pundonoroso”.

Ante esta comisión de altísimo nivel, como expresión de la seriedad que le otorgó Morillo a este proceso de negociación, el Libertador presentó también su comisión definitiva, integrada por hombres eficaces y con experiencia en esas lides diplomáticas. La representación de los revolucionarios estuvo integrada por el coronel Gabriel Pérez, Pedro Briceño Méndez,

y por un personaje que haría historia ciclópea; me refiero a Antonio José de Sucre.

En relación al coronel Pérez, se trataba del secretario de Simón Bolívar desde el año de 1814; es éste quizás el que pudiéramos considerar los “ojos y los oídos” del Libertador en tantas circunstancias de orden militar y sobre todo de orden político. Valoren entonces mis lectores que esta designación obedece a la delicada tarea que esta comisión iba cumplir, donde el destino de la guerra se encontraría concebido. Es Gabriel Pérez el fiel acompañante de Bolívar hasta en su exilio en las Antillas, y regresó con él a Venezuela en la expedición de los Cayos. Es Gabriel Pérez su ayudante en la batalla de Carabobo y en la batalla de Bombona. Es Gabriel Pérez el operador de las correspondencias de Bolívar, y por lo tanto testigo de primera mano de ese Bolívar reflexivo, planificador, el del genio visionario, el del maestro de la idea política y de la planificación militar. Con Gabriel Pérez se puede decir que la sombra de Bolívar estuvo todo el tiempo presente en las reuniones de las dos comisiones que darían como fruto el armisticio, la demarcación de los ejércitos, el tratado de regulación de la guerra y el encuentro de Santa Ana.

En relación a Pedro Briceño Méndez, en esos momentos de 1820 ostentaba los títulos de Secretario de Estado y Relaciones Exteriores de Colombia. Es de señalar que por el año 1825 se casaría con una sobrina de Simón Bolívar, un indicador de la íntima relación

que este oficial mantuvo con el Padre de la Patria, al que también le cumpliría funciones de secretario. Más adelante veremos a Briceño Méndez firmando el Tratado de Relaciones Comerciales e Internacionales entre Colombia y el Reino de Inglaterra, en el año de 1825, hecho cimero del reconocimiento internacional del proyecto independentista suramericano, y asistiría también en representación de Venezuela al Congreso Anfictiónico de Panamá en el año de 1826.

Y el otro integrante es Antonio José de Sucre. Este oficial, que venía de estar a las órdenes de Francisco de Miranda, también perteneció al Estado Mayor de ese brillante caudillo militar llamado Santiago Mariño hasta el año de 1817 cuando sucedió el evento conocido como Congresillo de Cariaco; en esa jornada, a espaldas del Libertador, un grupo de civiles, encabezados por el radical canónigo José Cortez de Madariaga, y de militares liderados por Mariño, mientras el Libertador se encontraba en Guayana, que como territorio apenas había comenzado su liberación, instalaron un gobierno y un parlamento, pero quitando al padre de la patria del mando del ejército para colocar a Mariño e implantar una especie de república federal. Este acto, de seria insubordinación a Bolívar, por supuesto que fue rechazado por éste y por un grupo de oficiales como Rafael Urdaneta y por, sorpresivamente hablando, un oficial muy cercano a Mariño, como lo era el futuro Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, quien a partir de ese momen-

to abandonó para siempre al rebelde caudillo oriental y determinó dirigirse a Angostura y colocarse a las órdenes directas de Bolívar, siendo esta una decisión que marcaría su destino porque lo llevaría a la gloria militar, a la cumbre política, y no cabe dudas que abriría la tragedia de las futuras condiciones de su muerte.

Encontrándose los libertadores a punto de una guerra civil en el Perú, debido a las intrigas de los propios peruanos y debido a las traiciones, Bolívar le escribió a Sucre estas palabras con un ruego que denota la más profunda confianza entre esos dos hombres y el más cabal reconocimiento al talento natural del Mariscal de Ayacucho: “Yo ruego a usted, mi querido general, que me ayude con toda su alma. Si no es usted, no tengo a nadie que me pueda ayudar con sus auxilios intelectuales” (González,2006, p.126).

Las Negociaciones

Antes de la constitución de esas comisiones negociadoras, Morillo envió a uno de los miembros de su Estado Mayor, el teniente coronel Pita, a explorar al Libertador, y éste lo recibió con cortesía, pero estando compartiendo mesa el realista le insinuó de que estaba autorizado por el propio Morillo para instarle a Bolívar que, si volvía a sus posiciones de Cúcuta, si frenaba su avance, la negociación sería más fácil. Pues entonces el Libertador entró en cólera:

Diga usted al general Morillo de mi parte que él se retirará á sus posiciones de Cádiz antes que yo á Cúcuta; dígame usted también que cuando fugitivo de mi patria, mientras él la estaba oprimiendo á la cabeza de un ejército numeroso envanecido con sus triunfos, yo acompañado por unos pocos proscritos, no temí buscarle; y que cuando apenas tenía a mis órdenes unas pocas guerrillas, jamás me retiré sino disputando el terreno palmo a palmo, y por último, que hacerme semejante proposición, ahora que cuento con un ejército más disciplinado y numeroso que el suyo, es un insulto que yo devuelvo con desprecio (Aguirre, s/f, p.215).

Estas palabras describen al Libertador en todo su ser, porque son un resumen de su vida. Gracias a la cólera, él fue más lejos como cosa mágica. Gracias a su cólera, la sangre y la pasión también hacen las alianzas entre enemigos, las que son hechas de verda-

des, y con estas palabras Morillo tenía una verdad que era Bolívar, y tenía las verdades de los años de lucha contra esos rebeldes comandados por este furioso, y con esas verdades se alimentaban las certezas que tanto lo atormentaban, y por ellas quería regresar a su España.

Claro que tuvo efecto estas expresiones altisonantes del Libertador porque Morillo intentó aplacar el temporal con prudencia; sí, el irascible Morillo, el hombre cuyo mal genio era famoso, ante estas insolencias bolivarianas actuó con mesura y mandó correspondencias casi que disculpándose por la “imprudencia” de su subalterno, y le confirmó a Bolívar su disposición de conversar y explorar un acuerdo en aras de la paz.

¿Qué esta cólera de Bolívar fue una magistral actuación de un hombre que con rabietas ocultaba sus debilidades? Pues también es así, ya que el ejército republicano no las llevaba todas consigo. Lo importante es que en tiempos míticos las máquinas de matar añoran un descanso para disfrutar otras cotidianidades. Entonces, la cólera le sirvió a Bolívar para ocultar que también su ejército necesitaba angustiosamente una tregua para recomponerse y para preparar mejor la ofensiva, porque así era este ejército que hasta en los peores momentos nunca supo pelear a la defensiva; esa era la forma de pelea de la llanera patriota; esa era la fama de los líderes patriotas, que preferían la ofensiva que la defensiva, siempre. Pero, aun así, también necesitaban la tregua porque sus

fuerzas en verdad eran débiles; pero no era una debilidad fría, sino caliente, que venía de tantas victorias desde Nueva Granada y porque los triunfos también arruinan, desgastan, hieren y por lo menos cansan. Se puede decir que la cólera bolivariana también fue un ardid; con ella quiso transmitir lo que no tenía, que era la capacidad verdadera para vencer a los realistas, esto según los historiadores. Y si así fue, maravillosa esta habilidad para mentir, y maravillosa esa forma de Bolívar de inspirar respeto y hasta miedo.

Pero reivindico puramente su cólera, porque ese Bolívar a gritos y arrecho es descubrirlo y entenderlo desde su depresión, pasando por su ira, y al final de su vida lo veremos en su frustración; así se resume por etapas emocionales la existencia de Bolívar. De tal manera que en esas aproximaciones de los últimos meses de 1820, este Bolívar, al salir de aquel supuesto mal entendido, estará más dispuesto a comenzar el diálogo porque ahora sí está más confiado de que Morillo quiere negociar, así sea a juro; y está más confiado porque concibe los beneficios de tal armisticio, porque conoce las realidades subjetivas y objetivas que gravitan en los cuarteles de la monarquía y en las mentes de los jefes realistas, y en los diálogos entre ellos, y en las acciones y pasiones de ellos, y en sus cambios de pareceres y en sus determinaciones transformadas.

Queremos referenciar que el Libertador recibió la visita, un 4 de junio, de un negociador español enviado

por el General La Torre; se trató del Teniente Coronel José María Herrera, quien le entregó directamente a Bolívar el mensaje de Pablo Morillo con la oferta de iniciar conversaciones. De esa visita hubo entre el español y el venezolano una significativa conversación que fue beneficiosa como aporte para el análisis de Bolívar sobre la realidad interna y psicológica de su enemigo; por cierto, el registro de la interpretación de lo dicho por Herrera está contenido en una carta que muy confidencialmente le envió el Libertador a Santander, y de ella citamos estos párrafos:

(...) En el curso de las largas conversaciones ha convenido todo conmigo y me ha parecido sincero en cuanto ha explicado(...) quiero decir que él se ha amoldado a todo con una franqueza exterior que se asemeja a la buena fe, y mostrando siempre el efecto de las circunstancias. Ha convenido conmigo, por partes, en largas y diferentes conversaciones, en que la América no se puede subyugar, y en la impotencia de España. En una de tantas veces me ha dicho, como opinión propia, que Morillo tiene la orden de terminar la guerra de cualquier modo, bien entendido, por la paz(...)

(...)Con el motivo del armisticio, se están pasando paisanos y tropas en bastante número, y reina gran desmoralización entre la tropa y paisanaje. Siempre he pensado que el armisticio destruiría una gran parte del ejército español, y si ha mostrado no quererlo es, primero, porque pienso sacar más ventajas de la

paz que de la deserción, y segundo, porque nunca faltarán motivos para prolongar el armisticio si conviniere así... (Cortázar, 1964,p.172).

Con esta carta no sólo se refleja un diagnóstico crudo del interior de los cuarteles realistas, sino que también se vislumbra como funciona la mente de Bolívar, como ordena sus ideas y sus fines, y como configura sus valores y premisas; en sí, vemos un hombre que estudia la psicología de su contrario y que trata de encontrar verdades; para tal fin, revisa a su enemigo, lo ausculta, y de esa manera el cálculo político predomina en el Bolívar de esos días que atiende afablemente al negociador realista; aunque también se puede pensar que el negociador fue hacia el Libertador con el propósito de derrotar su intransigencia, ya que en principio se negaba a un armisticio que no aceptara de primera el reconocimiento de la independencia de Colombia.

Lo cierto es que el enviado de La Torre logró sembrar en Simón Bolívar una condición primordial para cualquier acercamiento entre contrarios, que es la “confianza”, ya que el venezolano asumió que a él se le habló con transparencia y sinceridad. Vio Bolívar en Herrera una buena fe, una buena voluntad para un entendimiento porque el triunfo estaba cerca, por lo que no valía la pena mancharlo con más sangre, con más sufrimiento no sólo para los ejércitos, sino para toda Venezuela, ya que esta guerra fue más allá de los

campos de batalla en su afán destructivo. ¿En verdad, Herrera se acercó a Bolívar, ¿casi que en condición de traidor de la causa realista para presentarle el panorama derrotista y de desmoralización que cunde en el ejército del Rey? Pues por ahora no hay más información que aclare con más nitidez esta “franqueza” de Herrera con el Libertador; lo cierto es que para Bolívar, lo aportado fue suficiente para determinar sus próximos pasos de orden político, de inconmensurable actitud política.

El Libertador, consciente del efecto provechoso del armisticio para su causa, quiere la paz, y así se lo ratificó a Santander; le transmitió al neogranadino que no todo es cálculo y maquiavelismo en su cerebro, sino que él también asume la paz para finalizar el sufrimiento y el dolor en su patria. Él cree en la política; cree en el acercamiento. Se ha convencido de que el tablero de ajedrez de la lucha se ha mudado del campo de batalla hacia un escenario de hacer política; y a eso no le teme Bolívar, no le incomoda; más bien demostrará que también es su fuerte. Cuando hay política, dejamos de ser carne amorfa y fluidos excesivos; cuando hay política, la inexperiencia cede paso al abuso de la inteligencia; cuando hay talento político, como el que tendrá Bolívar y su equipo negociador comandado por Sucre, se prepara un gran mesón y se presentan los platos esquicitos de la guerra, que serán degustados y febrilmente masticados, con deleite, con sabrosura; esta es la metáfora de la política que se

avecina con fuerza y claridad meridiana, una claridad tan aparatosa que no se conmueve por todo lo que ha pasado sobre la tierra acosada por los cañones. Se acerca una gran metáfora, y es valiente, atrevida y desenfadada en el acercamiento entre fuerzas homicidas que hasta ese año de 1820 habían transitado por todas las últimas veces posible.

En esta negociación, uno de los puntos más inestables es la ubicación de los dos ejércitos; es decir, las tropas, en esos meses en que no había combates, debían permanecer en el territorio o localidad que tenían bajo su control, condición que debía ser respetada y supervisada por comisiones mixtas, ya que alguna alteración o movimiento violatorio de esa “fotografía” interrumpía la tregua y reactivaba las hostilidades; pero resulta que en ese escenario se reanudaría el conflicto porque los ejércitos se movieron y porque Maracaibo, punto en manos de la monarquía, cambió de banderas debido a una revuelta de sus habitantes y el Libertador aprovechó. Y es que incluso, ya colocada la posibilidad concreta del armisticio, y sólo faltando activar los protocolos, porque la voluntad política ya era una certeza, Simón Bolívar actuó con audacia y con prisa para ocupar el mayor territorio posible y fortalecer así sus posiciones ante esas perspectivas, y es así que tomó con su tropa Trujillo y Mérida, y siguió avanzando y siguió avanzando, y mientras los realistas querían tregua, él en cambio continuó con la guerra, y éste es el Bolívar astuto,

inescrupuloso y escurridizo. No obstante, picardía se hicieron ambos mientras se saludaban y carteaban, mientras manifestaban que ya deberían sentarse a establecer el armisticio y la regulación de la guerra, y es que Morillo también movilizó y adelantó su tropa para imponerle presión al Libertador, lo que obligó una respuesta amenazante de Bolívar, la cual citamos para que apreciemos la inestabilidad crítica sobre estas negociaciones:

Si, V . E. piensa venir a dictar las condiciones del armisticio, yo aseguro a V. E. que no lo aceptaré jamás, y que V. E. sera responsable ante la humanidad y su nacion de la continuacion de esta sangrienta lucha, cuyo resultado final sera la emancpacion de toda la America, o su completo exterminio, si aun se pretende someterla (Félix, 1876, p.248).

Esta nueva correspondencia retadora del Libertador fue respondida por Morillo con un mensaje tranquilizador y para convencerlo de que su voluntad por la paz es cierta; su finalidad es sembrar en Bolívar la confianza de dar el paso para iniciar negociaciones e instalar la tregua. “El pacificador”, ante el impetuoso y brabucón líder republicano, hace honor a su apodo y lo invita a la paz, pero es una invitación que prosperará sin la tensión de posturas inflexibles o radicales, imposibles de satisfacer. Así le escribió Morillo en el sufrido esfuerzo para que Bolívar se “serenara”:

(...) Somos responsables V.E. y yo al Gobierno y al mundo entero que fija los ojos sobre la fratricida

guerra de la América Española, de los nuevos desastres, horrores y sangre que la ambición y las pasiones exaltadas vuelvan a producir; y evitar tamaños males y conducirnos como españoles y hermanos, será nuestra mayor gloria y el mayor triunfo que podamos alcanzar, después de tantas desgracias, animados del genio de la libertad que protegió al fin el sueño feliz de las Españas.

Suspendamos pues las armas y entremos en negociaciones de reconciliación: nada más justo y conforme el estado de estos pueblos, a la ilustración del siglo y a la filantropía de los principios que me dirigen: pero no se exijan imposibles. Yo no puedo infringir la Constitución política de la Monarquía, y la quebrantaría de hecho accediendo a la más pequeña cesión de terreno... (Documentos para la Historia de la vida pública del Libertador, 1977. 497)

Vemos que Morillo invoca el concepto de “responsabilidad”. Es increíble que aparezca esta figura ética en un personaje que encarna un protagonismo violento. Es increíble que la “responsabilidad” aparezca o sea invocada, sea llamada y exaltada para evitar más desgracia después de 10 años de desquiciamiento colectivo. ¿Pues dónde estuvo ella durante todos esos años de genocidio impulsado por ambos bandos?; ¿dónde estuvo ella? ¿Para qué Morillo invoca la responsabilidad? La invoca como muro de contención que frene impulsos desmedidos, audacias y aventuras, evite el fragor pasional de la antipolítica que propaga el

exterminio. Ese “somos responsables” es la derrota del sectarismo en aras de la objetividad, que obliga a estar en correspondencia con una realidad; no hay excusa para no asumir la realidad.

La otra frase que inserta Morillo tiene que ver con el error de apreciación que ha predominado en España, y que el propio Morillo le ha planteado a la corona que lo supere, ya que impide constatar la magnitud del fenómeno de revuelta en sus colonias porque ha mal interpretado el alzamiento como una disputa intrafamiliar; me refiero cuando dice “conducirnos como españoles y hermanos”. Morillo, en muchas correspondencias, plantea que los rebeldes no se consideran españoles; ratifica más bien que se consideran un pueblo aparte. No obstante, como retórica política usa esta misma apreciación equivocada para empujar al encuentro entre contendores; clama por el acercamiento conveniente y debido como corresponde a integrantes del mismo tronco familiar. Se trata entonces de usar el mismo criterio de todos estos años que ha imperado en las autoridades españolas y que reiteran en 1820 de que es necesario implantar una política que reunifique a los hispanos de ambos continentes que se han separado por discordias que no debieran tener más fuerza que los siglos de raza única, con un mismo idioma, con una misma religión y bajo un mismo rey soberano.

Otra frase emblemática en esa correspondencia, y que recalca el predominio de un ideal político que

se ha instaurado con cierta firmeza a raíz de la revolución de Riego y Quiroga en España, es la de: “Animados del genio de la libertad que protegió al fin el sueño feliz de las Españas” .Aprecio aquí que Morillo invoca lo que está en boga como ideología de Estado, y que corresponde al sistema de pensamiento liberal; invoca a ese pensamiento que ha resucitado a la Constitución liberal de 1812, la que obligatoriamente fue jurada por el reaccionario monarca Fernando VII, obligado por los revolucionarios a asumirla como base del sistema político español, lo que significó reconocer un sistema de libertades y de pluralismo, que por cierto a grosso modo es el mismo que defienden los revolucionarios comandados por Simón Bolívar en la Colombia y por San Martín en el confín de Sudamérica. Tanto es ese llamado del genio de la libertad, que Morillo invoca a la “ilustración del siglo y a la filantropía de los principios que me dirigen”; es decir, el “pacificador” también se califica como liberal, y como tal es un fiel seguidor de los ideales filantrópicos de aquel lejano trueno de los “derechos del hombre y del ciudadano”. Ante tales afirmaciones, es fácil entender que la iniciativa de la negociación, el llamado a armisticio, el anhelo de una tregua y la aspiración de humanizar la guerra, son coherentes con una ideología cuyo componente insta al reconocimiento del contrario y a verse como integrantes de una humanidad que iguala, y que motiva la justicia, que respeta la soberanía de los pueblos y su autodeterminación. Morillo entonces también se

declara revolucionario, y con este enarbolado estandarte, la libertad ha ganado la guerra de los espíritus, la contienda de la intersubjetividad y la lucha de las creencias; es el pensamiento liberal, constante y sonante, el que gana la guerra.

Y finalmente, Morillo clamó por la prudencia; es decir, los acercamientos no pueden condicionarse con máximas exigencias, especialmente si son violatorias de los fundamentos legales. Con esto el “pacificador” respondió a una anterior correspondencia donde Bolívar anexó la Constitución de Colombia, exigiendo el reconocimiento del estatus constitucional de su proyecto independentista, y pues Morillo presentó también su premisa constitucional, y en tal sentido llamó al diálogo posible, al acercamiento posible, desde las coincidencias mínimas pero fundamentales de reconocerse como seres humanos civilizados y que tienen muchas cosas en comunes.

Las negociaciones se iniciaron un 22 de noviembre de ese año de 1820, y culminaron con la aprobación del armisticio el día 25, y del tratado de regulación de la guerra, el 26. Las tensiones, los sube y baja, los retrocesos y puntillosidad entre los que participaron en esas jornadas se pueden reflejar en esta correspondencia enviada por Sucre, y cito:

Señor Simón Bolívar, libertador Presidente de Colombia.

Mi General: llegó Álvarez ayer a las diez y fuimos

luego a casa de los comisionados, en consecuencia de lo que expresaba en oficio a ud. con él estábamos procurando arreglar nuestros negocios conforme a éste, cuando llegó Medina a las doce con su última comunicación aprobando las líneas pedidas por nosotros. Sin hacerlo entender a los comisionados, dejemos la cosa como estaba. ud. creyó sin duda que el Manapire quitaba una parte de nuestro territorio en el oriente; y nosotros cuando lo demarcamos como línea divisoria con el plano a la vista, vimos muy bien nuestras posiciones fuera de ella. No ha venido aún la contestación de Morillo ahora que son las 6 de la mañana; pero la esperamos de uno u otro momento. el señor correa y demás se prometen que quedará exactamente convenido en nuestras últimas proposiciones; si hubiere embarazos se arreglará que nos estemos en nuestras actuales posiciones, conforme ud. dice que estipulemos en último caso. Álvarez me dice de parte de ud. que tratemos de abreviar este asunto, el cual lo habíamos detenido expresamente porque así lo previno ud. a briceño. Se apurará a concluirlo, aunque sea necesario que uno de nosotros vaya casa de Morillo, y aunque ud. al aprobar esto no envía el poder para que este comisionado pueda terminar las cosas con aquel general: yo pensé que lo hubiera dicho ud. siquiera en el oficio. Yo estoy desesperado porque se concluya la cosa ésta, para que resolvamos lo que deba hacerse en cualquier caso ((Recopilación de cartas y documentos, 2009, p.323).

No fue fácil, como lo expresó Sucre, pero finalmente se logró un acuerdo. Pero en esta correspondencia, no sólo se delineó el esfuerzo milimétrico de ganar-ganar, de que cada quien cediera y también obtuviera, sino que también aquí el futuro Mariscal de Ayacucho ubicó la dimensión humana, la afabilidad y el buen dialogar en el ambiente de negociación; valga esto reconocer al tratarse de la representación de dos ejércitos que se enfrentaron sin cuartel y con genocidio; cito:

... ayer me ha hablado el señor correa con mucho aplauso de ud.: el pobre antes no había podido ni hablar con sus enfermedades, es un excelente hombre. Se me ha extendido mucho en sus conversaciones sobre la felicidad que debe prometerse este país independiente, dirigido por un buen Gobierno, y me ha dado sus pareceres para la política y policía que es necesaria a contener el bajo pueblo. Linares me ha hablado tanto, que me ha asegurado piensa ver que en caracas se haga una junta de notables para que nombren un diputado a la corte (a más de los diputados en cortes) que vaya a manifestar la situación de este país y la necesidad de conocer la independencia. agrega que él hará el sacrificio de separarse de su familia y tomar el encargo de uno de estos comisionados.

Adiós, mi querido General. De ud. su más apasionado. a.J. de Sucre (Ibíd, p.326).

Apreciamos hasta qué punto se estableció entre los comisionados una buena relación, evidentemente sazónada por ciertos nexos de pensamiento liberal en la representación realista, que hasta sugería la realización de esfuerzos diplomáticos que supieran exponer en Europa el carácter del proceso político y militar que se debatía en América, por lo que el objetivo político era ganar tiempo para una salida con réditos y con algunas ganancias para los intereses del Rey, y mientras tanto el conflicto tenía que bajar su fragor y ser gestionado con civilidad.

En otros mensajes de Sucre, se describió la definitiva evolución de los acuerdos, remarcando lo ganancioso para la causa patriota. Citamos a continuación el extenso contenido de una carta que es toda una pieza de habilidad diplomática, de sagacidad política; son imperdibles estas palabras como lección a considerar por los estudiosos de las negociaciones en futuros conflictos:

Trujillo, a 25 de noviembre de 1820 a S.e. el general bolívar.

Mi General: Son las nueve y venimos de casa de los comisionados. contestó Morillo insistiendo en sus líneas demarcatorias por la primera nota y concediendo nuestro paso franco por Barinas, en cuya capital quedaría un comandante militar de ellos con un asistente para facilitar nuestras comunicaciones: **que pasarán nuestras tropas por el territorio español de Maracaibo acompañadas de un oficial español:**

que la línea del Guanape a unare y seguido la corriente de éste, es la natural de aquel país: que el artículo 5o se entienda sólo a la devolución de desertores con la condición de no ser castigados, **y que el tratado de regularización de la guerra sea conforme a los principios de las naciones más civilizadas.** Parece que por fin Morillo ha dado a ellos autoridad para terminar la negociación. Después de las discusiones se ha convenido que el apure a Santo Domingo por Barinas, Boconó, y línea divisoria de Trujillo a Caracas sea nuestra demarcación, con la condición de que en la ciudad de Barinas no haya cuerpos de tropa sino nuestro comandante y caballería (peones) necesarios para el transporte de nuestras comunicaciones y recursos. (yo quise negar esta condición, pero Briceño y Pérez me han dicho que a nosotros no nos importa nada que haya tropas en la ciudad cuando podemos ponerlas en los pueblos inmediatos; además han considerado la condición sobre carache que nosotros reclamamos): que las guerrillas que haya en nuestro territorio, al lado acá de Santo Domingo, y las nuestras en el de ellos, se reúnan a sus ejércitos respectivos si quiere hacerse, y si no, queden en sus casas si son como vecinos, como simples ciudadanos desarmados De mi propia mano, con toda libertad y respeto. en el alto llano será la línea que ellos han propuesto, debiendo en caso que haya tropas nuestras entre Unare y Guapo, indemnizarnos con pueblos al otro lado de Unare sobre la costa de Barcelona. el artículo 5o tuvo muchas discusiones y

se ha convenido dejarlo en silencio porque los comisionados dicen que no quieren contradecir a Morillo que insta sobre esto. **Sobre Maracaibo es cosa justa su condición; pero nosotros tendremos el comercio de la laguna franco aun para el exterior del país.** Todo lo demás está corriente. Briceño ha quedado con ellos para redactar la negociación, que será firmada hoy, y **nosotros demoraremos algo hasta la noche por si ud. nos observare alguna falta contra los intereses del país.** En toda la noche irá a ud. el tratado de armisticio para su ratificación, a ver si linares sale con él al amanecer en busca de la ratificación de Morillo. en el tratado se habla con mucha claridad y exactitud, y ud. lo verá luego. El señor linares interesa en salir al amanecer. El general Morillo hablando a estos señores les dice que, concluido el armisticio, vean si ud. quiere permitir ir a Santa Ana para darle un abrazo: que vendrá el día que ud. señale y del modo que indique, pues su deseo es conocerle y presentarle personalmente su amistad particular. estos señores me dicen que pida a ud. contestación para que el señor linares la lleve a Morillo, expresando, en caso de acceder, el día en que ud. irá a Santa ana, . No me atrevo ni a indicar mi opinión sobre esto: ud. verá qué hace. yo creo a esos señores de buena fe, mas ud. es el jefe de nuestro gobierno. Parecía mejor que Morillo viniera a trujillo donde hay alojamiento y comodidades. **El tratado de Regularización de la**

Guerra lo propondremos hoy, tan generoso, liberal y humano como ud. desea. Álvarez queda aquí para llevar a ud. el tratado para su ratificación. El señor correa y toro lo desean ver: acaso irán allá si ud. no viene, y ud. me dirá si pueden ir. adiós, mi querido General. lo ama a ud. de corazón su amigo afmo. a.J. de Sucre(Ibíd,p.328).

Remarco en negrillas algunos aspectos meridianos de la información que el negociador Sucre le reporta a su superior, el Presidente de Colombia, Simón Bolívar, donde destaco que Maracaibo forma parte del dominio realista, y eso, para integridad del acuerdo, no debía ser violado; pues bien, esa localidad quedó en una situación de maromas y acrobacias entre los contendientes, ya que era como la joya de la corona, como la fruta más deseada y tentadora porque los patriotas estaban al tanto del clima interno allí; ellos sabían de las condiciones de ebullición en su interior donde una fuerte corriente pro independentista estaba a punto de salir de su cauce, y Bolívar y Urdaneta estaban al tanto. No obstante, por lo que informa Sucre, en ese instante del acuerdo es zona realista, y debe respetarse tal condición.

Remarcamos igualmente el interés mutuo de sacar a la guerra de aquel pozo sin fondo de iniquidad e inhumanidad de todos esos años de enfrentamiento bárbaro. Hay entonces la determinación conjunta de ponerle final al genocidio; y si hay que seguir combatiendo, que se haga civilizadamente.

En negrilla también resalto de que ambos jefes monitorean la negociación, y que los documentos y conclusiones son rutinariamente revisados por ellos, y que nada se aprueba sin que un Bolívar no dé su orden; en eso, Sucre se presentaba muy cuidadoso de que el Libertador diera su punto de vista, evaluara y dispusiera.

En negrilla, presento la disposición de Morillo en conocer personalmente al Libertador, y sobre eso, el futuro Mariscal de Ayacucho prefiere que su superior decida sobre la conveniencia de ese encuentro; pero ya le manifiesta a Bolívar que confía en ellos, que no sospecha malignidad como la de alguna celada. Sucre entiende que muchas cosas de ánimo y de psicología han cambiado en sus enemigos; como que se implantó algo de nueva espiritualidad, de nueva moral, que permite que ese encuentro histórico se dé.

En negrilla, también coloco como Sucre recalcó el hecho de que el tratado de regulación de la guerra, en todo su componente humanizado, está en consonancia con el firme deseo del Libertador; es decir, ese tratado magnánimo es puesto sobre la mesa y es redactado en los términos de mayor civilidad posible porque así satisface las directrices de Bolívar; y Sucre, el que ha sido considerado su diseñador, el cerebro que ingenió su contenido, es más bien un eficaz instrumento de los anhelos del Padre de la Patria.

Finalmente, Sucre culmina informándole a Bolívar el sumo interés que tienen los negociadores de conver-

sar con él, de encontrarse con el Libertador, siendo esto una información como fuera de contexto, como no propia de la realidad sangrienta que ha antecedido estas tratativas; más pareciera el interés de admiradores por llegar a donde estaba el líder de la revolución.

Pero también es llamativo en ese final la despedida con mucho calor de amistad por parte de Sucre, que ya para el año de 1820 evidencia que él y Bolívar son amigos de manera franca y transparente. Sí, esta correspondencia pareciera decirnos que gravita la amistad como posibilidad por el lado monárquico, y como realidad fuerte y contundente por el lado de Sucre; es la amistad una brillante nube que se proyecta en el horizonte humanizador de la guerra. Vemos a unos negociadores españoles con deseos de cruzar un puente de amistad, y vemos a un Sucre hablándole a su superior, no sólo como jefe, mentor y orientador, sino también como amigo sincero.

De este proceso de negociación va configurándose una realidad con determinante peso político, y se hace en varias escalas que se inician con el articulado que corresponde al documento de acuerdo del armisticio entre las partes, cuyo preámbulo dice así:

Deseando los gobiernos de España y de Colombia transigir las discordias que existen entre ambos pueblos; y considerando que el primero y más importante paso para llegar a tan feliz término es suspender recíprocamente las armas, para poderse entender y explicar, han convenido en nombrar comisiones que es-

tipulen y fijen un Armisticio... (Recopilación de documentos selectos. Antonio José de Sucre, 1993, p. 44.).

Este primer texto emanado de las negociaciones contiene en negrita lo que sería el mayor éxito político de los republicanos desde el año de 1810, ya que se trata de un acuerdo entre dos “gobiernos”, entre dos formas de Estado, y hasta más adelante se puntualiza en el reconocimiento del estatus político de la autoridad de Bolívar como Presidente de una república, y donde en la carta de ratificación del Tratado de Armisticio, Morillo expresó lo siguiente:

En consideración a que los señores Brigadier D. Ramón Correa, Jefe Superior Político de Venezuela, Don Juan Rodríguez Toro, Alcalde primero constitucional de Caracas, y Don Francisco González de Linares, mis Comisionados para ajustar y concluir un Tratado **queregularice la guerra entre España y Colombia con los Comisionados del Excmo. señor Don Simón Bolívar, Presidente de la República de este nombre**, han acordado y convenido el precedente Tratado de regularización de la guerra entre España y Colombia,... (Caldera, 2011, p. 311).

Estamos ante otro momento fundacional de la nacionalidad venezolana, colombiana y ecuatoriana. Las palabras referenciadas significan, nada más y nada menos, que lo instalado por Simón Bolívar en Angostura, un 15 de febrero de 1819, ya tiene rango de gobierno nacional. Ha merecido la pena tanta devastación, tanto derramamiento de sangre; este re-

conocimiento ha sido labrado por un recorrido militar tormentoso, por un sacrificio masivo y por el tesón, la resistencia y la heroicidad de miles de patriotas. Desde estas premisas, la satisfacción de Bolívar debió haber sido plena con los documentos de reconocimiento del estatus político del gobierno de Colombia por parte del Imperio español, ya que eso abonaría en el también reconocimiento de los demás pesos pesados del concierto internacional de naciones. La lógica política arroja que la corona española tenía que erradicar su discurso y su acción violenta de hace años, ya que aquello se correspondían al hecho de enfrentar a un bandidaje con el que no tenía sentido la política ni la negociación; es decir, si España accedió a abrir conversaciones con sus rebeldes colonias, eso implicó abrirle las puertas al reconocimiento del estatus de jefatura de Simón Bolívar, de manera que la corona decidió retroceder en su historia y en su cosmovisión. Este logro fue el resultado del brillo diplomático de los republicanos con el propósito de facilitar el agrado de los demás países y potencias en función de que no se distancien ante este experimento nacional; en ese sentido, nos referimos al distanciamiento que sí sufrió la Francia revolucionaria con los demás gobiernos e imperios debido, entre tantos otros factores, a su dantesca etapa de guillotinas, persecuciones y violencia; cuestión que también pesó sobre la Haití del genocidio sobre la población blanca a manos de la revuelta de esclavos.

La alteridad y la identidad vuelven a constituir un meollo, pero ahora no en el terreno del conflicto, sino en el ámbito de la solución de un dilema histórico y de época. Todo se reduce a ser considerado por el “otro” en un sentido positivo; más nada. El menosprecio finalmente es erradicado. Hay algunas cosas que son tan simples; su origen es la simplicidad plena, así se trate de miles de asesinados y de un inmenso territorio desolado. Sí, hubo un menosprecio a mansalva que llegaba a su final en esos días del mes de noviembre en 1820 para derivar en un reconocimiento moral y político; pero, como hemos dicho, fue un reconocimiento amamantado por un legado de atrocidades. Ese logro, obtenido por los revolucionarios en aquellas negociaciones, nos debe llevar a lo que hemos referenciado en los párrafos y páginas anteriores para no divagar sino para comprimirnos en la vida intersubjetiva de aquellos tiempos; por eso intentamos hablar con crudeza, y no soslayar, no edulcorar.

La lucha por el reconocimiento tiene en Colombia y en Bolívar un capítulo épico en el concierto de eventos sangrientos. Precisemos entender entonces que los elementos que emergen de esa lucha no sé si llamarlos espirituales, aunque sí son existenciales y son nuestro absurdo, y son nuestras convivencias con el desarrollo de nuestro progreso moral. Sí, también se trata de ese batallar moral. Se trata de nuestra ascendencia entre el bien y el mal para hacernos una nación

moderna cuyo interés básico es que la reconozcan como tal, por lo que nuestra formación como país soberano se vio como cuando muchos testigos perfilan una danza y observan su agilidad y su rítmica. Desde esta perspectiva, volvemos a ese rincón que se denomina pretensiones de los actores políticos y sociales con sus voluntades y frustraciones, ideas, sueños y suposiciones, y con todo ese enredo denominado sociabilidad humana y su bagaje de daños y de nutrientes, su cúmulo de desatinos y genialidades. De tal manera que en ese reconocimiento hubo una gramática moral que puede servir para descifrar nuestra perenne naturaleza en el conflicto de esa venezolanidad que seguimos sin descubrir adecuadamente doscientos años después.

No obstante, el que hayan obtenido los independentistas el reconocimiento del gobierno de Colombia que ellos constituyeron, y de Bolívar como su presidente, no significó firmemente el reconocimiento por parte de los españoles de la nación independiente y soberana. Inclusive, la guerra terminaría en 1823 y eso no sería reconocido por la Madre Patria, al punto de que eso que se denominó como la Gran Colombia desaparecería con la extinción física de su creador, el Libertador Simón Bolívar, y tendríamos que esperar hasta el 30 de marzo de 1845 cuando España reconoce la independencia de Venezuela mediante la firma de un Tratado de Paz y amistad, y el 30 de enero de 1881 se firmaría ese mismo tratado con Colombia.

En estas circunstancias, se aprecia que la nacionalidad venezolana y demás nacionalidades sudamericanas se cocinaron en ese proceso de formación del Estado-nación donde una vanguardia que posee las riendas del poder va gestando y unificando elementos, aminorando la disgregación y la fragmentariedad, creando identidad de patria y gentilicio cultural.

El 22 de noviembre de 1820, después de tensas negociaciones, tal como describió Sucre en su referenciada correspondencia, se firmó el armisticio entre las partes, hecho que se realizó en Trujillo y bien tarde en la noche. Así citamos:

Deseando los **gobiernos de España y Colombia** transigir las discordias que existen entre ambos pueblos y considerando que el primer y más importante paso para llegar a tan feliz término es suspender recíprocamente las armas, para poder entender y explicar, han convenido nombrar comisionados que estipulen y fijen un armisticio (Antonio José de Sucre, op.cit.p.330).

Y a continuación, algunos artículos que presentan el fundamento del acuerdo de armisticio, adornados estos con la formalidad y el léxico reglado por experiencias bélicas de otras naciones, y que dejaron doctrina y hasta el manual reglamentario y discursivo para la ocasión.

(...) Artículo 1: Tanto el ejército español como el de Colombia suspenden sus hostilidades de todas clases,

desde el momento en que se comunique la ratificación del presente Tratado, sin que pueda continuarse la guerra, ni ejecutar ningún acto hostil entre las dos partes en toda la extensión del territorio que posean durante el Armisticio.

Artículo 2: La duración de este Armisticio será de seis meses, contados desde el día en que sea ratificado; pero siendo el principio y base fundamental de él la buena fe y los deseos sinceros que animan a ambas partes de terminar la guerra; podrá prorrogarse aquél término por todo el tiempo que sea necesario, siempre que expirado el que se señala no se hayan concluido las negociaciones que deben entablarse y hay esperanzas de que se concluyan.

Artículo 3: Las tropas de ambos ejércitos permanecerán en las posiciones que ocupen al acto de intimárseles la suspensión de hostilidades (Biblioteca virtual Universal, 2006,p.19).

Cuando leemos en este articulado que “la buena fe y los deseos sinceros” son los soportes de este acuerdo, y precisamente cuando se invocan desde la voluntad de dos fuerzas militares que no tuvieron durante años ningún razonamiento vinculado con estos sentimientos, sino que se guiaron ciegamente con el afán del exterminio, valga reflexionar entonces en el sentido de todo lo que ha pasado y en el sentido de lo que esto plantea; y es aquí donde se afirma que todo ha sido absurdo hasta ese tiempo: fue absurdo la mor-

tandad que ahora este tratado quiere interrumpir; fue absurdo tanto odio y tanta discordia; fue absurda la presencia del Morillo reconquistador desde el año de 1815, y como fue absurdo el decreto de guerra a muerte de nuestro Libertador; y sobre este mar de absurdos, el sentido de la muerte dirige la vida, y el sentido del sacrificio reconduce los procesos históricos. Este armisticio es la aceptación del absurdo de todos esos años en que los líderes de los dos bandos, incluyendo a la miopía madrileña, se afincaron en la matanza. Aun después de este reconocimiento, la aceptación del absurdo dejó más aportes de lo intrínseco en los protagonistas históricos; y a esa absurdez aceptada, se le dio uso y se le dio propósito en aras de manipular realidades y avalar cierta hipocresía y cierta falta de palabra; y lo absurdo significa reiteración, pero ya descubierta se puede mejorar y encubrir, y pues es así que más adelante la buena fe y los deseos sinceros quedarán arrinconados y serán incinerados en las otras pequeñas verdades que tienen que ver con ganar una guerra, y ese ganar pasa por la política, se prepara en los esfuerzos políticos, pero finalmente es una montaña de cadáveres lo que indica el final de la misma.

Abordemos el tratado que dejó efectos más duraderos y más transformaciones, el que revolucionó en verdad el perfil de esa guerra altornarla “civilizada”. Nos referido al Tratado de Regulación de la Guerra, firmado el 26 de noviembre, y cuyo diseño fue pro-

puesto por Antonio José de Sucre y por los demás comisionados de Colombia, en consonancia con los anhelos de Bolívar. Queremos presentar varios de los componentes de dicho documento que sacan a los contendientes de la jungla en que el conflicto se entrampó al erradicar el bestialismo de la contienda cuando reconoce que el enemigo merece su integridad como ser humano.

Por ejemplo:

Artículo 2: Todo militar o dependiente de un ejército tomado en el campo de batalla aún antes de decidirse ésta, se conservará y guardará como prisionero de guerra, y será tratado y respetado conforme a su grado hasta lograr su canje ((Groot,1870,p.226).

Qué impensable es este artículo para aquellos días de 1813 y 1814 cuando caer prisionero significaba la antesala del cadalso y el saludo de antemano del verdugo. Ya ese tiempo de dos pueblos que necesitan exterminarse para reafirmarse como tal ha sido sustituido por el momento en que pueden ser enemigos como conjunto de hombres, pero los individuos no pueden concentrar el odio que le corresponde al colectivo; de tal manera que la mecánica de destrucción no puede ser ciega y debe saber distinguir y salvar al ser humano como persona. Por tal premisa, Sucre nos dice en este artículo que la guerra no puede ser un letal automatismo, ya que eso no le hace bien al prestigio de ningún gobierno y le rebaja el rango, no sólo ético, sino como expresión de lo civilizado; no

conviene políticamente la matanza indiscriminada.

También tenemos en el tratado este artículo casi que revolucionario para aquellos tiempos históricos y que perfila con más contundencia la personalidad ética y moral de Antonio José de Sucre, quien redactó esta pieza de orfebrería humanitaria:

Artículo 4: Los militares o dependientes de un ejército que se aprehendan heridos o enfermos en los hospitales, o fuera de ellos, no serán prisioneros de guerra, y tendrán libertad para restituir a las banderas que pertenecen, luego que se hayan restablecido, interesándose tan vivamente la humanidad en favor de esos desgraciados, que se han sacrificado a su patria y a su gobierno, deberán ser tratados, deberán ser tratados con doble consideración y respeto que los prisioneros de guerra,, y se les prestará por lo menos la suma asistencia, cuidado y alivio que a los heridos y enfermos del ejército que los tengan en su poder (Ibidem).

Que bien puede ser tomado este párrafo como antecedente de esas modernidades de la Convención de Ginebra y de la Cruz Roja. Se hace otra revolución dentro de la revolución para negar los días pasados y enaltecer este tipo de perdón que sin lugar a dudas habrá generado confusión y mucha consternación en las dos tropas, pues éste es un lenguaje nuevo, inexplicable, y que para algunos será doloroso porque es un desaprender más parecido a un hiriente parto de una nueva humanidad.

El Tratado de Regulación de la guerra abarca a sujetos que parecieran no ser protagonistas de las acciones bélicas, pero que aportan condiciones para que la guerra coja un rumbo u otro; nos referimos a los siguientes:

Artículo 6: Se comprenderán también en el canje y serán tratados como prisioneros de guerra, aquellos militares o paisanos que individualmente o en partidas hagan el servicio de reconocer, observar o tomar noticias de un ejército para darla al jefe de otro (Ibidem).

Este canje preserva la vida de los incursos en espionaje. El futuro Mariscal de Ayacucho reconoce la importancia de estos personajes para lo que ha sido el devenir del conflicto, por lo que los toma en cuenta. Son los espías seres fundamentales para la guerra y la política; no son figuras aborrecibles en el entender de Sucre, como imaginamos que sí lo son y lo serán debido a ese oficio de detectar debilidades, construir el complot y generar la confusión que repercutirá en el conflicto abierto. Pero es así que Sucre va por ellos para preservar sus vidas e incorporarlos en el canje. Son ellos lo huidizo e inestable; son los que revisan los significados de los entornos. El espía encontró un puesto en la paz y en el perdón del tratado de regulación, y con él se perdona la actividad que se llevaba a miles al matadero o se sembraba la conspiración y la discordia para crear víctimas más débiles. Se le salva la vida a estos que nunca aparecen en ningún registro de héroes; se le preserva la existencia a seres

oscuros que no son nada y no serán alguien; se le salva a esos que no tienen pedestales ni memoria, por lo que no tienen ni tendrán tumbas reconocidas. A estos fantasmas, Sucre los perdona, y es como perdonar la oscuridad; es como salvar la noche, perdonar lo inverosímil; y hasta a esos extremos llega el futuro Mariscal de Ayacucho en pro de inscribir la patria en el concierto de los modernos estados nacionales.

A continuación, se estableció en el tratado de regulación de la guerra este artículo que presenta una versión del supuesto “origen auténtico” del conflicto; es decir, perfila una versión sobre la semilla de la guerra, y en torno a ella formula un mecanismo que garantiza la vida de todo un universo de personas que durante esos años sufrieron suplicios, carcelazos y ejecuciones tanto por ser patriota como por ser realista, y hasta por ser neutral.

Dice el artículo:

Artículo 7: Originándose esta guerra de la diferencia de opiniones, hallándose ligados con vínculos y relaciones muy estrechas los individuos que han combatido encarnizadamente por las dos causas; y deseando economizar la sangre cuando sea posible, se establece que los militares o empleados que habiendo antes servidos a cualesquiera de los dos gobiernos hayan desertado de sus banderas y se aprehendan bajo la del otro no pueden ser castigados con pena capital. Lo mismo se entenderá con respecto a los conspiradores y desafectos de una u otra parte (Ibidem).

Es decir, ambas comisiones coinciden en concebir que la raíz del conflicto se debe a “diferencia de opiniones” referidas a dos modelos políticos diametralmente opuestos para la tierra americana. Pues bien, estas simples “diferencias de opiniones” han costado la vida de miles de persona, la destrucción económica, el saqueo masivo, el martirio de poblaciones enteras, una diáspora de venezolanos y neogranadinos por todo el caribe, y la expansión de un odio y un resentimiento que ha dejado hondas heridas incurables y muy profundas sobre varias generaciones. En verdad, esta apreciación sobre el origen del conflicto más se aproxima a la miopía reiterada en el bando realista al no querer reconocer la profundidad de la fractura de las colonias. En ese sentido, es llamativo que el lado republicano haya dejado esta apreciación plasmada en un documento medular para el devenir del conflicto; ¿qué pasó ahí? Es así como en una frase se perfila el meollo de tanta devastación. ¿Hubo justicia en estas palabras? No; continúan las aguas turbulentas de la confusión para negar tanto crimen. En ese esfuerzo, los dos bandos tienen la misma culpabilidad y pretenden minimizarla en este tratado con eufemismos.

Y sobre lo concerniente a los “vínculos y relaciones muy estrechas”, la guerra tuvo una naturaleza ficticia porque así es la lectura de los lazos que unen a los contendientes y que apuntan a todo ese imaginario lejos de las realidades del terreno, tratándose de una

reflexología moderada que no encontró eco por tanto grito, tanto degüello y violación, pero que ahora sí campea entre los papeles de los negociadores realistas y patriotas. Se trató así de la “diferencia de opiniones” entre hermanos o primos, y esta ficción trae a la incredulidad y a la suspicacia sobre lo que trató ese acuerdo que no tiene el tinte del realismo visceral. Pues de eso se trata, de que con expresiones como ésta se erradique de aquella mesa ese realismo visceral que ha predominado en la cabeza de los líderes sangrientos, como Bolívar, como Boves y como Morillo. Este documento sería una lección para renunciar a ese realismo mediante una nueva narrativa oficial sobre la guerra. Se trata de hacer otro relato que borre la realidad vivida, ésta que pesa demasiado en la conciencia de los contendientes. De paso que esta es una nueva exploración que hacen nuestros antepasados dentro de cuevas oscuras de la negación de lo vivido y lo sufrido. Y si no es ese andar en las nuevas cavernas, por lo menos es caminar junto al “otro” para saltar la tapia de las verdades. En sí, lo que me inspira el artículo es imaginar a los firmantes en una experiencia nueva para ellos: la de falsear la realidad, que es también creación y desaprendizaje al inyectarse ellos una buena dosis de humildad que tanto hace falta para dar el paso de las grandes mentiras, y así avanzar y salvar. Este tipo de falsedad es una razonable humildad que en sí es bueno saludarla y compartirla. Es tan necesaria este tipo de mentiras, que han sido no muy estudiadas y escasamente reflexionadas

como escalones para subir en la sobrevivencia.

Y más adelante, en ese artículo 7, después de exponer esta suavización del conflicto, el texto presenta una contundente contradicción: “han combatido encarnizadamente por las dos causas; y deseando economizar la sangre cuanto sea posible”. El articulado considera que la lucha fue la consecuencia de meras contradicciones de opinión y que existían muchos vínculos entre los combatientes; no obstante, no hay manera de suavizar la realidad por más esfuerzo discursivo en este documento donde se realiza la necesidad de detener la mortandad. Ya la guerra de esa manera no podía continuar; tanta muerte no la soportaba ninguno de los dos bandos. Lo que está en el terreno no lo pueden borrar los hacedores del sufrimiento. Por tal circunstancia, este esfuerzo también es sombrío a pesar de la salvación, a pesar del propósito de sanación. La confirmación del drama de la guerra se aprecia como un deseo de despojarse de los metales del conflicto, y por eso suena incómodo la caída del hierro sobre el escenario de la confirmación documental e histórica, a tal punto que este artículo es fantasmagórico. Al plantear que quieren “economizar la sangre”, esto suena a multitudes. Esta frase proyecta lo que se ha pagado con la hechura de una nación. Son estas palabras las raíces endemoniadas de un proyecto político nacional y continental.

Finalmente, en ese artículo se protege a los desertores de los dos bandos; es aquí un salvavidas para los

traidores cuya muerte era inmediata en los ejércitos en pugna. Y más adelante, también se aplica la salvación para los oponentes políticos o disidentes que no están precisamente en el campo de batalla. En sí es un artículo que protege a un inmenso colectivo que comúnmente es pasado a cuchillo cuando es capturado. La clemencia se presenta para impedir tan mala cosecha de odios y de salvajadas que sigue sin entenderse por parte de superficialidades reflexivas, ya que se comprenden mejor las retorcidas mentalidades de los actores individuales y colectivos en conflicto, y que nos han dejado este tratado de regulación con el propósito de frenar el rápido drama, la acelerada destrucción. Es el tratado un maravilloso proceder para detener lo que debía detenerse. En estos tiempos en que no hay tiempo ni para las pequeñas salvaciones, nos viene este legado que nos aporta un esfuerzo por interrumpir lo que nunca debió activarse: el genocidio.

Ya en los artículos 8 y 9 se establece un proceder prácticamente inexistente en esos años de guerra fratricida; me refiero a esa civilidad y humanismo en conflictos bélicos que se denomina “intercambio de prisioneros”, y hasta se considera su cuidado:

Artículo 8: El canje de prisioneros será obligatorio, y se hará a la más posible brevedad. Deberán, pues, conservarse siempre los prisioneros dentro del territorio de Colombia, cualquiera que sea su grado y dignidad; y por ningún motivo ni pretexto se alejarán del país llevándolos a sufrir males mayores que la misma muerte.

Artículo 9: Los jefes de los ejércitos exigirán que los prisioneros sean asistidos conforme quiera el gobierno a que estos corresponden, haciéndose abonar mutuamente los costos que causaren(Ibidem).

A continuación, se aprueba el siguiente artículo de gigantesca importancia para en verdad frenar la desbocada matanza que traspasó los campos de batalla, y que sometió a la inmensa población no combatiente al más horroroso suplicio de la guerra sin cuartel:

Artículo 11: Los habitantes de los pueblos que alternativamente se ocuparen por las armas de ambos gobiernos, serán altamente respetados, gozarán de extensa libertad y seguridad, sean cuales fueran o hayan sido su opiniones, destinos, servicios y conductas con respecto a las partes beligerantes (Ibidem).

Se presenta por fin la disposición de detener el martirio de miles. En la guerra sin fronteras que vivió la recién nacida Venezuela, una multitud de hogares, cientos de caseríos y extensas zonas agrícola sufrieron el arrase de una crueldad patológica. Nunca la población no combatiente ha encontrado protección en las devastaciones bélicas, pero en esta guerra de independencia de Venezuela la matanza de hombres, mujeres, niños, ancianos y enfermos indefensos tuvo especialmente un propósito, que fue el de herir hasta lo más hondo al enemigo haciéndole añicos sus raíces y destruyéndolos pueblos donde vivía, donde había nacido y tenía a las familias; herían al enemigo con el asesinato de parientes, vecinos y amistades. El

propósito de las huestes de un Boves realista o de un diablo Briceño patriota fue el de herir al enemigo en su interioridad, en los vínculos y en su pasado. En estos términos, el campo de batalla era todo el territorio, y el enemigo era hasta el bebé de meses.

Lamentablemente, el eco de este tratado será un sonido desconocido en los años posteriores. Con los siglos XX y XXI en boga, se verá un predominio de guerras contra el enemigo verdadero y supuesto, no sólo en las montañas y selvas, sino también en las calles y jardines, dentro de las iglesias y escuelas, debajo de las camas o en las salas de los hogares que se abrirán a las horas del espanto. Es en Latinoamérica, para recordar a nuestro Antonio José de Sucre, donde los enemigos somos todos, hasta los que no han nacido. Es este Tratado de Regulación de la guerra un monumento a la sed de humanidad y a la posibilidad de alcanzarla; es una obra ética excelsa, que por cierto servirá para procrear un héroe que obtiene su acta de nacimiento precisamente con estos acuerdos; me refiero a Antonio José de Sucre.

El encuentro de Santa Ana

27 de noviembre de 1820, fecha del encuentro de los dos líderes. Este tipo de momento tiene la connotación de una génesis bíblica; es el día de una creación, y como todo instante de este tipo, realmente es una ebullición de incógnitas. Las interrogantes que surgieron de ese día están marcadas por códigos que ameritan ser descifrados. No obstante, pasaron los años y no ha existido urgencia para realizar esta tarea.

Morillo siguió el guión diseñado en España para conducir la guerra de independencia de Venezuela por el derrotero diplomático. Dicho proceso contemplaba una conversación directa entre el jefe del ejército realista y el jefe, ya evidenciado, de la rebelión. Contemplaba el guion este hecho cumbre y sin parangón, ya que el último antecedente triste fue el de la capitulación de Miranda ante los representantes de Domingo Monteverde, y ese evento no contempló el encuentro entre el Precursor y el jefe de la reconquista realista.

El encuentro de Santa Ana fue solicitado por Morillo, y la importancia radicó en que era la última oportunidad que se impuso el imperio español para convencer políticamente al radical jefe revolucionario, nuestro Simón Bolívar, de que aceptara el ofrecimiento mo-

nárquico, valorara positivamente el planteamiento y se sometiera a la constitución liberal del momento, una constitución del agrado de los rebeldes. Se presentó esa iniciativa como una jugada maestra que quedaba realizarla mediante las habilidades de un Morillo muy confiado de su capacidad política y de sus argumentos para tener a Bolívar en las manos de su avezada diplomacia.

Además, el camino de la paz, para que sea tomado por los dos ejércitos que se habían combatido de una manera tan encarnizada, debía ser impulsado por el ejemplo que transmitieran sus líderes; ambos jefes, si en verdad querían la paz, debían generar un efecto simbólico contundente. Por lo menos Morillo estuvo convencido de que la paz se lograría mediante el abrazo, la conversación y el acuerdo pactado por ellos de manera directa, sin intermediarios, y así hacer historia con un gesto magistral. Quizás creía Morillo que si aparecían los dos líderes con la bandera blanca de la paz, las masas guerreras que se odiaban a muerte quedarían en primera instancia impresionadas, quizás se suscitarían instantes de confusión y hasta de reacción adversa, pero finalmente asumirían la guía de sus caudillos. Había la convicción de que por muy radicales o desordenados que pudieran ser los ejércitos, la inspiración de sus generales y líderes era fundamental para adecuar la moral colectiva, para inspirar, para trazar el horizonte, la visión y la misión. Nunca antes un abrazo entre militares tendría tanta

influencia y significación entre ejércitos que se odiaban; más aún cuando detrás de esa acción se deja un pasado de negación, de revanchismo, de venganza, de deshumanización y hasta de sadismo para propiciar la matanza mutua. El abrazo apuntaba hacia un optimismo social que sobre todo aspiraba un Morillo convencido de que el fin absoluto de la guerra quizás no se ultimaría en Santa Ana, pero al menos el comienzo de ese ciclo se implantaría. Por ende, el encuentro tenía que transmitir fundamentalmente esperanza; cada gesto, cada ademán, cada frase, cada acento, cada brindis, y hasta cada mirada entre enemigos que cordializan transmitiría esperanza.

¿En verdad Morillo estaba muy deseoso de encontrarse con Simón Bolívar? ¿Quería Bolívar conversar con su más feroz enemigo, el “pacificador” Pablo Morillo? Más bien quizás tuvieron el miedo mutuo de encontrarse porque sabían que eso iba a desagregar el contrato social que se había instalado dentro de cada bando, con el cual cada uno ganó sentido para su existencia en eso de enfrentar al enemigo, al enemigo rebelde y al enemigo realista. Sí, no es descabelladlo imaginar que había algo de azoro y de inquietud nerviosa, porque ese encuentro era como hallar a su propia imagen. ¿A usted, lector, no le daría miedo encontrarse de repente con otro individuo perfectamente igual a usted? Nos referimos entonces a esa inquietud; aunque sin lugar a dudas ambos se sentían preparados, tenían su guion, poseían un con-

cebido plan que iban a desarrollar, y todo quedaría en manos de la preponderancia de uno de los dos talentos. Pues es que en ese encuentro las diversidades de sus yoes se expresarán al descargar todo lo que había que descargar en la ruta que parte desde la violencia y la destrucción hasta el escenario del diálogo que casi que fraterno, casi que entre familiares. Después de tanta lucha entre ambos, ahora parecen bañarse en sus cenizas. Los gladiadores se encuentran, pero para mutuamente desvestirse. A lo lejos, hasta parece un triste resultado, pero ellos se citaron aparentemente para dejar de desconocerse, porque eso fue toda la guerra: un desconocimiento mutuo. No nos da incomodidad decir quea Santa Ana un Bolívar y un Morillo fueron a encontrarse para realizar un juego de amor; sí, de amor, y me refiero al duro amor que emerge de todo lo que se ha ignorado y se ha desconocido; y se desea entonces la palabra distinta, la combatida, la destruida. Se encontrarían Bolívar y Morillo, y eso es un génesis con todo el recorrido que implica ese relato: desde la creación, la perfección y el destierro. Bien definimos ese encuentro como el más importante camino desandado de la historia patria.

A continuación, recalcamos ciertos incidentes de ese día para reflexionarlos desde las jugadas mentales que hemos podido apreciar en las horas más dramáticas de nuestra nación, y que tienen que ver con sus instantes fundacionales.

Testigos de ese evento relataron que el Libertador fue sin escolta y sólo con la presencia de algunos oficiales de confianza, más las comisiones negociadoras de Colombia y España. Morillo, enterado de que Bolívar venía a su encuentro, lo esperó con la guardia de honor y con toda una presencia de oropel que bien expresara las ínfulas de poder imperial que él representaba; no obstante, recibió una información que lo agitó, y de eso citamos sus palabras de inquietud: “Bolívar vino sólo con sus oficiales entregado a la buena fe y a la amistad, y yo hice retirar inmediatamente una pequeña escolta que me acompañaba”(Miramón,1972,p.107) También dijo al respecto: “Pensé que mi cuerpo de guardia era pequeño para aventurarme tan lejos, pero mi viejo enemigo me sobrepasó en magnanimidad”(Ibidem).

Esta maniobra del Libertador, ciertamente osada, de aparecerse sin protección ante su máximo enemigo, verdaderamente debió alterar el ánimo de los realistas presentes, ya que tenían ante sí al jefe indiscutible y demostrado de un ejército en crecimiento, desarrollado, victorioso; ya ellos sabían que tendrían ante sí y casi que indefenso al genio de todos los sufrimientos del imperio español, no sólo en Venezuela, sino también en Nueva Granada, y prontamente en otros territorios de Suramérica. ¿No habrá pasado en alguna cabeza hispana la idea de hacerlo preso, de canjearlo por otros prisioneros, de capturarlo y llevarlo a España como trofeo o de simplemente pasarlo por las

armas y salir por fin del calvario de la guerra al desca-
bezar a la revuelta continental?

Pues Bolívar los ha impresionado, los ha desmoronado. Debieron haber temblado varios corazones. Ya con ese hecho, Morillo recibió el primer entendimiento duro de que se iba a enfrentar, esa es la palabra, con una personalidad colosal, y pues el monstruo viene solo; el hombre más odiado del pueblo realista viene solo; y es que así intenta ayudarlos para que desde ese hecho imponentemente simbólico el miedo desaparezca, se disipe con esta conducta de rotunda confianza de parte de él para con la palabra empeñada por Morillo, pues les dijo así que los amigos no se temen.

Pero ese espectáculo llamado Simón Bolívar siguió su función teatral, ya que dejó esta impresión de entrada, descrita por Antonio Rumazo González en la biografía del héroe: “¿Cómo, aquel hombre pequeño de levita azul y gorra de campaña y que viene en una mula?” (González, 2006, p.328). Dice la crónica que así de estupefacto se manifestó Pablo Morillo al ver acercarse la comitiva y no atisbaba al hombre tantas veces descrito e imaginado como un altivo oficial con toda la medallería y galardones, quizás montado en un corcel blanco. Pues no, el Libertador, en un trabajo de manipulación psicológica, más bien se presentó todo humildito y sin condecoraciones para también así derribar cualquier muralla que frenara lo fraterno, que para él debiera imponerse sobre la fría diploma-

cia. El Libertador se presentó campechano, directo, asequible y sorprendiendo a extraños y a propios también, pero esto fue hábilmente preparado por un Bolívar que poseía el estudio psicológico de un Morillo con origen humilde, sencillo, que había ascendido gracias al más férreo merecimiento de las batallas. Bolívar fue a dar lecciones de pensamiento liberal; no podía presentarse entonces como un general del mantuanaje aristocrático, de superior linaje que el de Morillo y que el de muchos que acompañaban al jefe realista por muy españoles que fueran. Tenía que presentarse como el líder de un pueblo, y lo iba a hacer sin oropeles; lo iba a hacer como un simple soldado. Esto es toda una batalla moral y de símbolos la que realizó Bolívar con éxito en Santa Ana. Morillo, en el primer capítulo de esa jornada, ha sido capturado por una telaraña virtuosamente tejida.

Los dos hombres bajaron de sus cabalgaduras y se abrazaron para entrelazar la patria que contiene el alma de cada uno de ellos. Era el momento de sanar el espíritu, y después de ahí curar las otras heridas físicas. La guerra fue espiritual, y había que atenderla y curar en esa dimensión; gracias a esta comprensión de un Bolívar que inició el encuentro por ahí, por el alma, se verá más adelante como se desarrollará una jornada idílica donde el enemigo se extinguió y sólo se apreció la cercanía, la igualdad, la amistad y el cariño. Fue un día extraño y único. Fue un día asombroso después de años de genocidio.

El encuentro, con toda la galantería y las muestras de respeto y agrado, fue un último esfuerzo diplomático, pero ya de manera directa entre los jefes; y según testigos y estudiosos, fue de interés en ellos el procedimiento concreto de instrumentar el armisticio, supervisarlo, comunicarlo, revisar las posiciones de los ejércitos, ajustar las demarcaciones; y para tales efectos, un testigo destacado, el General O Leary, dijo: “Conforme a lo estipulado en Santa Ana, debían darse instrucciones a las autoridades civiles y militares, patriotas y realistas, sobre el modo de observar el armisticio y para evitar toda equivocación, un oficial de cada ejército llevaría los pliegos”(Oleary, 1919,p.187).

Según las correspondencias del Libertador sobre el evento, vemos como la conversación entre Morillo y Bolívar intentó completar o resolver algunos temas que quedaron con cierta inestabilidad, como el de la situación de Maracaibo. Al respecto, dijo el Padre de la Patria:

“Mas sin ninguna de estas consideraciones es suficiente para convencer a V.E. de la legitimidad de mi derecho a proteger Maracaibo, yo adoptaré un medio que había sido en otros casos muy aplaudido. Nombremos árbitros por ambas partes y defiramos a su decisión. Por mi parte cumplo mi oferta en Santa Ana: será el Sr. Brigadier Correa”(Blanco,1876, p.161)

Otro testigo directo del encuentro, el general La Torre, también habla de ese arbitraje al ratificar lo dicho por Bolívar y agregar lo planteado por Morillo:

“Yo estaba presente cuando hablándose de las dificultades que podrían suscitarse en la demarcación de límites señalada por el armisticio, S.E. el Presidente dijo a mi ante ante señor, que para decidir las nombraba el árbitro por su parte al brigadier Don Ramón Correa, contestando aquel que por la suya quedaba elegido el teniente coronel Joset Gabriel Pérez”(Ibidem)

Como se ve en estas palabras, la demarcación de límites en la parte del armisticio resultó en lo más delicado e incómodo de resolver porque ninguno de los dos bandos cedería posiciones y hasta avanzarían en influencia y control del territorio. De manera que Bolívar propone la figura del arbitraje, y designó como árbitro a uno de los oficiales realistas de más agrado para el propio Libertador, al brigadier Correa, y Morillo propone a Pérez, los ojos y oídos de Bolívar. No obstante, la confusión predomina en esta situación de fondo, casi de principios inamovibles, y que presentó dificultades posteriormente, en contraste con el consenso pleno logrado por la propuesta patriota del Tratado de regulación de la guerra; dicha realidad se vislumbra en las siguientes palabras de La Torre en relación al planteamiento de Simón Bolívar:

¿Cuál sería mi admiración al ver que S.E. el Presidente hacía uso de esta conversación en una nota oficial, para fines diversos de aquellos con que había sido vertida; y cuando estaba o debía estar cierto de que ni la delicadeza, ni el honor, ni las notorias circunstancias del brigadier Correa, ni la circunspección, y

el orden establecido en los gobiernos, ni las leyes y usos del nuestro hacían posible semejante transacción? ¿Cuál sería el considerar que esta franqueza podría tener por objeto presentarse en lo sucesivo como una prueba de sublime buena fe capaz alucinar a los distantes, o a los que no estuviesen en el lleno de las negociaciones? (Ibidem).

Estas consideraciones del español dan una revisión de lo alegado por Bolívar en torno al arbitraje, y aquí se da a entender que el Libertador manipula el sentido y propósito de lo acordado; para el realista, el arbitraje no significaba negociar lo que el Imperio español consideraba posesión o propiedad, y agrega la sorpresa ante un Bolívar que confunde o disfraza la situación para inducir en el error a aquellos que no presenciaron la conversa. Se trata de una correspondencia donde la parte española ya censura al Libertador en su mala fe con estos tratados. En sí el diálogo entre los jefes no logró que las posturas se flexibilizaran pues se mantuvieron los principios inamovibles y el alegato de ambos fueron los impedimentos constitucionales, unos argumentos de índole política para dejar a los dos sectores bien parados como firmes defensores de sus respectivos intereses.

Plasmo una correspondencia del Libertador para el vicepresidente Santander, el 29 de noviembre de 1820, donde con esa prodigiosa pluma hace una brillante crónica de lo sucedido, expone sus reflexiones, presenta a la posteridad un estudio psicológico del

momento y transmite su visión política. También en esa correspondencia el Libertador se hace un autorretrato al proyectar su interioridad como hombre y protagonista de Santa Ana. Es un documento “no oficial” e íntimo entre dos seres poderosos e inteligentes, y he ahí su valor para presentar elementos desconocidos de los planes verdaderos de Bolívar en relación a este encuentro y a estos tratados.

He aquí la correspondencia:

Vd. Verá en las comunicaciones oficiales cuánto ha ocurrido en los últimos días. El armisticio nos es ventajoso porque, establecida nuestra comunicación franca y ocupando buenas posiciones en una línea sin intermisión alguna, estamos en la mejor actitud para continuar las operaciones llegado el tiempo, de lo cual creo no habrá necesidad, porque la mayor ventaja del armisticio es el término de la guerra, según se nos asegura. El tratado que regulariza la guerra nos hace un grande, porque ha sido propuesto todo por nosotros.

He visto a Morillo anteayer y creo ingenuamente que es un hombre regular y de intenciones buenas: que sus errores, como él dice, son obra de Enrile que justamente nos ha irritado contra él, porque aparece como el autor. Verdaderamente me ha gustado.

Se trabaja una relación de las ocurrencias de nuestra entrevista que ciertamente va a ser admirable e increíble entre nosotros mismos. Desde Morillo abajo se

han disputado todos los españoles en los obsequios a que nos han distinguido y en las protestas de amistad hacia nosotros. Un aplauso a nuestra constancia y al valor que ha singularizado a los colombianos, los vieres que han repetido al ejército libertador; en fin, manifestaciones de sus deseos por la amistad de Colombia a España, un pensar por los desastres pasados en que estaban envueltos su pasión y la nuestra, últimamente la pureza de este lenguaje que es ciertamente de sus corazones me arrancaron algunas lágrimas y un sentimiento de ternura hacia algunos de ellos.

Hubo brindis de mucha atención y de la invención más bella, pero me han complacido sobre manera los del coronel Tello y general La Torre. El primero, “por los triunfos de Boyacá que han dado la libertad a Colombia. El segundo por los Colombianos y españoles que unidos marchan a los infiernos si es necesario contra los déspotas y los tiranos. Morillo brindó, entre muchos otros particulares muy entusiasta y liberales, por los héroes que han muerto combatiendo por la causa de su patria y de su libertad. En fin, sería necesario un volumen para decir los brindes que tuvieron lugar porque, como he indicado, cada español disputaba a los demás el honor de elogiarlos. Nosotros retribuimos a sus brindis con justicia y moderación y complaciéndolos bastantes.

El General Morillo propuso que se levantase una pirámide en el lugar donde él me recibió y nos abrazamos, que fuese un monumento para recordar el pri-

mer día de la amistad de españoles y colombianos la cual se respetase eternamente; ha destinado un oficial de ingenieros y yo debo mandar otro para que sigan la obra. Nosotros mismos la comenzaremos poniendo la primera piedra que servirá en su base.

El General La Torre me ha agradado mucho; está resistido a ser sólo español; asegura que no se embarcará jamás, sea cual fuere la suerte de la guerra; que él permanece en Colombia y que los colombianos lo han de recibir como hermano. Esta expresión, hecha con mucha nobleza y dignidad, me ha excitado por él un grande aprecio. Me ha protestado que agotará todo su influjo para que la guerra sea terminada porque está resuelto a no desenvainar la espada contra nosotros; que su influjo valdrá mucho, porque cree quedar con el mando del ejército, según anuncian que viene el permiso de retirarse al general Morillo.

No he visto un solo oficial que manifestase, ni en su semblante, deseos de continuar la guerra; pero ninguno ha tampoco indicado siquiera que la paz pueda obtenerse sino con la independencia. Todos ellos se prometen que no se disparará un tiro después del armisticio, porque a esta sucederá la paz.

Linares me ha asegurado que en Caracas se trata de hacer una junta de notables para mandar diputados que expongan en las Cortes la situación de este país y la necesidad de arreglarse con el gobierno independiente. Morillo ofrece proteger estas solicitudes si él va, como cree, y me ha dicho que mande mis dipu-

tados o plenipotenciarios y aun me indicó que fuese uno de ellos Briceño.

Olvidaba decir a Vd. Que Morillo trajo dos dibujantes para que marcaran los pasajes más notables, a fin de mandar sacar diferentes láminas a Europa para que corriesen en todas partes. En la Pirámide deben figurarse también varios pasajes y las ideas para las inscripciones que debe tener son muy bellas.

Vd. Ve mi querido Santander, que es preciso juzgar que la paz está cerca de nosotros, o que las cosas no debemos llamarlas como son. Si yo me equivoco en mis cálculos he sido engañado bajo los datos más ciertos.

Después de esta entrevista no parece regular que hablemos más en nuestros papeles públicos contra estos señores. Yo se los he ofrecido así, y es menester cumplirlo porque además conviene a nuestra política manifestar que no hemos sido nosotros los encarnizados enemigos de los españoles, sino cuando ellos lo han sido nuestros y que, cuando se entrevé la paz los recibimos como amigos.

No haga Vd. uso de esta carta sino entre amigos porque contienen pasajes que pueden comprometer a estos señores con su gobierno (Ibid. p. 190).

El armisticio para Bolívar terminó siendo un juego de posiciones en el terreno de la guerra. Confirma él que los patriotas salieron de ahí fortalecidos para la continuación de las operaciones militares, aunque

no deja de introducir cierta posibilidad esperanzadora de que la ruta del armisticio pudiera conducir a una paz duradera. El Libertador se preparó para la guerra a través de este paréntesis de paz, en correspondencia con el axioma contenido en esta famosa frase en latín: *si vis pacem, par bellum*, que en español significa “si quieres la paz, prepárate para la guerra”. El Libertador ubicó con habilidad negociadora, y de acuerdo a la filosofía política y militar que encierra la frase latina, sus aspiraciones para fortalecer posiciones y ambicionar otras para lograr así avances militares en pleno armisticio, como fue el caso de la toma de Maracaibo, un hecho que rompería la tregua definitivamente, seguido de la queja española, tanto en Venezuela como allá en la península hispana. Es aquí al Bolívar feliz porque utilizó la paz para construir la guerra de acuerdo a su visión estratégica; por lo que podemos decir que el Tratado de armisticio significó el primer escalón para subir hacia la victoria en la batalla de Carabobo el 24 de junio de 1821. En fin, Bolívar nos dice que el arte de la paz puede servir para la guerra, y en tiempos de paz también se forjan los cañones.

¿Los realistas no abrigaron los mismos fines de Bolívar con este armisticio? Considero que, de acuerdo a las circunstancias militares y de realidad política en España que agobiaba al ejército realista, ese sector se aferraba más a que se lograra por vías diplomáticas la paz definitiva. Morillo lo que quería era irse de Vene-

zuela, y así muchos oficiales y tropas. No obstante, la guerra duraría más tiempo; duraría hasta el año 1823 porque el éxito republicano en Carabobo, a un año después de los tratados, tampoco la finalizó.

El Libertador también muestra satisfacción por el Tratado de Regulación de la guerra debido a que la autoría fue del equipo negociador. En verdad que después de ese tratado el conflicto bélico tuvo otro cariz, incluso el propio Bolívar realizaría esfuerzos directos para que los cánones humanitarios de ese acuerdo se cumplieran con contundencia en el ejército independentista, y sobre eso hay documentación demostrativa. Reconoce el Libertador el alcance glorioso e histórico de esa regulación que borraría los efectos de sus propias y tempranas decisiones.

Pero lo más destacable de esa correspondencia tiene que ver con el aparente cambio en Bolívar de cómo vio en aquel día al enemigo. Simón Bolívar describió a su contrincante con mucho detallismo psicológico y reconociendo el lado humano de aquel “otro” tantas veces deshumanizado y representado como fiera sedienta de sangre y destrucción. Bolívar destaca que Morillo es bien intencionado, pero además tomó nota de que el español dice que ha sido víctima de las distorsiones y errores provocados por un tal “Enrile”, el que era el segundo jefe de la expedición pacificadora.

Don Pascual Enrile fue un descollante marino y militar que en Nueva Granada se caracterizó por ser más despiadado que Morillo en la etapa de terror que

siguió a la toma de Cartagena por los realistas. Este jefe español tiene la autoría de varias ejecuciones de patriotas ilustres en Bogotá, y se discute si fue él o Morillo quien mandó a fusilar al sabio Francisco José de Caldas. No obstante, sobre la etapa de terror realista en Nueva Granada, cabe resaltar que en Bogotá Morillo dejó el mando al Virrey Francisco Montalvo quien fue más comedido con los patriotas y además emitió un indulto general el 9 de abril de 1816, vaciando las cárceles y suspendiendo las ejecuciones. Esta medida piadosa fue protestada por Enrile, quien generó sospecha e intriga sobre aquel funcionario al mando del poder civil, y le escribió al Pacificador una carta donde le dijo:

“...Gracias a dicho indulto Cartagena se había inundado de malvados que se habían refugiado en las islas extranjeras, y traen consigo además del perverso modo de pensar que llevaron las ideas que han adquirido en aquellas posesiones todas dispuestas para subvertir el orden en estos países”(Melo, s/f,p.122).

¿A esta mala influencia se refirió Morillo? ¿Este fue el hombre que lo indujo al error represivo que tan mala imagen había dejado en el pensar y sentimiento de los patriotas? Lo cierto es que como señalamos antes, Morillo llegó a América con unas instrucciones que no excluían la mano blanda para extinguir la represión, enfoque que él aplicó un tiempo pero que la conducta de Arismendi en Margarita, que lo engañó y que se burló de su comedimiento, que atacó por la

espalda a su tropa, fue una afrenta que lo hirió en verdad y lo impulsó por el camino de la represión brutal y a no darle cuartel al adversario rebelde; hasta que llegaron las nuevas instrucciones de España en 1820.

Habló Bolívar de instantes con muestras de aprecio, de momentos con bellos sentimientos entre los participantes. Tanto fueron las palabras de cariño, que el Libertador soltó lágrimas de ternura, así lo afirma. Pareciera que ese día hubo un caleidoscopio emocional vivamente descrito por Simón Bolívar. Años de guerra cruel hizo impensable este momento donde todas las ideas y premisas sobre el enemigo se derrumbaron. Bolívar y Morillo de repente se encontraron con un enemigo que no era la misma persona que habían configurado en años de guerra, y que las acciones y la propaganda habían deformado. De repente ambos jefes se encontraron con seres como ellos, incluso eran personas que compartían buena parte de los mismos ideales y de las cosmovisiones de la vida y de los acontecimientos, porque fue exclusivamente una partecita de la visión política de ellos la que había edificado las murallas y los rencores que los separaron.

Ese paso del odio a la ternura entre jefes de una guerra sin cuartel no significa que se vinieron abajo todas las diferencias, sino que los que estuvieron en Santa Ana comprendieron que las condiciones y realidades del conflicto bélico habían cambiado, por lo que se vieron obligados a establecer una relación

que para algunos significará claudicar o retroceder, pero que en verdad significó más bien adecuarse a las nuevas circunstancias; y esa aproximación parece que dejó efectos sentimentales, un impacto en las emociones. ¿Es que gravitó la fuerza del perdón en las lágrimas que salieron de Bolívar, y que salieron de Morillo y de todos los participantes? ¿Fueron verídicas las lágrimas de perdón o fueron fingidas? Dejo estas interrogantes para intentar encontrar unas respuestas en el único que podía generarlas; me refiero a Simón Bolívar.

Hay un comentario muy llamativo que el Libertador hizo sobre el General La Torre, a quien le dedicó una atención especial, estudiándolo sin lugar a dudas porque tendría conocimiento de que éste sustituiría a Morillo en el mando supremo del ejército realista. Bolívar habló de aquel español con mucha consideración; lo describió como portador de un afecto especial para Colombia, ya que aprecia en él un deseo de continuar en este territorio al final de la contienda, además de que el realista manifestó un peculiar compromiso de poner de su parte para que la guerra culmine sin más derramamiento de sangre. Esta valoración de Bolívar, sobre quien será en pocos meses su principal contendor, me lleva a reflexionar sobre este personaje por varias consideraciones que quiero presentar para profundizar en el análisis de la etapa final de la guerra de independencia en Venezuela.

El General Miguel de la Torre y Pando, Marqués de la Torre y Pando, luchó por la misma causa de Morillo y de Morales, pero a diferencia de ellos, estuvo impregnado de otro espíritu en la confrontación bélica. La Torre fue uno de los oficiales más correctos profesionalmente de los existentes en el conflicto, y su inteligencia era innegable. Fue un “militar de carrera”, y no un guerrillero, como lo fue el propio Morillo, como lo fue Morales. Además, fuentes históricas hablan de su talante pacifista, en comparación con la reciedumbre vengativa de un Morillo. La Torre fue más dado a la diplomacia y a establecer acuerdos con los jefes patriotas, cuestión que le generó contraórdenes, reprimendas y férreos encontronazos con el “Pacificador”. En sí, La Torre fue un militar, no un conquistador vengativo, como Morillo; no fue un asesino genocida, como Morales; no fue un caudillo simiesco, como los que pululaban dentro del campamento donde se defendía la causa del Rey. La Torre fue otra metodología de la guerra de Independencia venezolana; él fue otra guerra. Quizás él no fue otra moral de la guerra, pero sí otra forma de vivirla. La Torre no fue el odio, ni el golpe por golpe en una guerra civil asimétrica, audaz, despiadada, en la cual se vio envuelto de un liderazgo bien asimilado al baño de sangre y a lo inhumano. La Torre no fue una audacia liberada para la atrocidad, sino que su talento guerrero estaba firme en lo convencional, en lo racional, en lo no perder la humanidad y terminar en bestia. Él quería participar en una guerra, y no en una carnice-

ría. Pues bien, este tipo de soldado era irreconocible en la Venezuela del aquelarre. Para quien escribe, La Torre no puede seguir siendo un desconocido. Él es el enemigo al que hay que enaltecer. A él hay que convertirlo en un sobreviviente del olvido de estos tiempos; a él hay que recordarlo como un realista que aportó para construir humanidad en la guerra con su honor militar.

Sobre la entrevista, La Torre, con emoción, expresó lo siguiente:

“Si vosotros hubieseis visto como yo la entrevista encantadora de Santa Ana: huir espantado de aquel sitio el genio de la discordia; transportarse a las leguas lo más íntimo de los corazones: estar en los ojos el espíritu: hablar sólo la naturaleza: excederse todos en generosidad y franqueza y arrojar a la nada tantos años de venganzas y resentimientos. Si vosotros hubieseis visto y gozado del primero de los bellos días que deben seguirse, confesaríais que son justas mis promesas”(Ibidem).

Después de Santa Ana

Después de la entrevista, Pablo Morillo obtuvo el anhelado permiso para regresar a su patria. Quedó para la posteridad estas palabras del último informe para su gobierno:

Apenas quedan 2000 europeos de los que han podido sobrevivir a los combates, a las fatigas, y a la influencia del clima, y el bizarro Mariscal de Campo Don Miguel de la Torre que los manda, habiéndose encargado del ejército al momento de ratificar el armisticio celebrado con Bolívar, se verá en los mayores compromisos, sí por desgracia las hostilidades vuelven a abrirse(...) Sin sueldos, sin recursos, y casi sin esperanza de salvarse, el General La Torre y el ejército de su mando, esperan con mi venida a esta capital el término de sus males, y las resoluciones que ha tanto tiempo exigía el estado de aquel ejército(...) No osará aventurar por mi ninguna idea sobre las medidas que deben tomarse en el Estado a que se ha dejado llegar nuestros desastres en aquel país, por no haber acudido con tiempo a su remedio(Ibidem).

Morillo designó a La Torre para comandar lo quedaba del ejército del Rey. Este oficial tenía sobre sus espaldas el peso de la derrota en la batalla de San Félix donde comandó la tropa que fue vencida por el coloso de Manuel Piar, siendo éste un triunfo estratégico para los patriotas y que traería los vientos del éxito con la implantación del cuartel general en An-

gostura, desde donde Bolívar saldría hacia la epopeya de la batalla de Boyacá. Pues bien, a este hombre que también era de letras, y que había realizado estudios de filosofía, es a quien pondría Morillo como comandante después de haber tenido tantos encontronazos entre ambos. ¿Cómo un monstruo como Morillo le otorgó el bastón de mando a un humanista como La Torre? Como muestra de las diferencias entre ambos, aquí fragmentos de una correspondencia que Morillo le dirigió él, y que evidencia las abismales diferencias entre estos jefes:

Mi estimado la Torre; sin duda que ha salido usted de la Batueca se ha vuelto bobo o no conoce aún a los Americanos; me dice usted en su carta que los pocos malos que hay están arrepentidos; lo mismo se decía de los de Margarita y nos han jeringado muy bien y falta el rabo por desollar, entonces era otro tiempo porque el ejército acababa de llegar a América, pero ahora estamos en otro caso y es preciso proceder como el Rey manda, esto es, castigar las cabezas o motores de la Revolución por más que digan que están ochenta mil veces arrepentidos, y su principal deber de usted, luego que ocupó la capital, era haberlos puesto presos inmediatamente, porque debió conocer que en mi indulto sólo perdono a los oficiales que hagan un servicio interesante a la Patria, no podría verificarlo con los cabecillas ni el Rey lo aprobaría. Si usted dice que son tan buenos y tan amantes del Rey, ¿por qué no han imitado a los de Honda,

prendiendo a Serviez y a toda la canalla para lavar su mancha? Amigo mío, desengáñese y abra el ojo con esa canalla que solo desean que los soldados se vayan minorizando e inutilizando con las llagas y en otras bajas, para echarse encima, en cuyo caso quizás sería usted el primero a quien como tal elemento colgasen. Tanto usted como Calzada[2] se han quedado asombrados con cuatro vivas y otras exterioridades, habiendo dejado de perseguir los enemigos sólo por disfrutar de la capital, pero a bien que ahora tendrá que hacer cuatro meses de marcha, cuando se pudo haber acabado con la canalla en cuatro días. Lo hago a usted responsable de todos los resultados. No es difícil suponer que ahora Serviez y todos se reúnan dispuestos cómo están a que se infeste todo el Reino de Guerrillas (Earle, 2000, p.109).

Quien escribe quiere arrancar de raíz la semilla patriota, por lo que no acepta la mano blanda o política de La Torre, tratándolo como un iluso. La reprimenda es fuerte por haber querido éste, su subalterno, hacer una política que a luz de los tiempos era la que debió haberse aplicado desde el año 1812. Recalcamos que La Torre comprendió que era necesario contar con el apoyo consiente de esa población civil que estaba cayendo en la degollina desatada por homicidas escudados con la bandera del Rey; y ese entendimiento radicaba en la certeza de que sin ese apoyo, la causa realista sería derrotada. La Torre no comprendió la saña de Morillo sobre un pueblo que

mayoritariamente, en la profundidad de sus actitudes, era realista. En tal caso, la inteligencia de La Torre abarcó esta realidad, y se enfiló a tratar de ganarse una opinión pública que aislara a los radicales del conjunto patriota; en cambio, Morillo desestimó esta figuración, se distanció durante algunos años en eso de hacer una política de entendimiento, y descalificó a hombres como La Torre.

Pero al final, Morillo terminó dándole la razón en los hechos al plano del acuerdo, firmando con Bolívar el armisticio de Trujillo y el tratado de regulación de la guerra. Quizás, como reconocimiento a esa labor política, no así la militar, efectuada por La Torre, y reconociendo que el camino de la victoria estaba cerrado, Morillo entiende lo conveniente de nombrarlo sucesor, y no a un Morales, que a pesar de su frenesí combativo y de su inmensa crueldad, no evitaría lo inevitable. El “pacificador” se fue con un profundo cariño por su tropa, con un vínculo fraterno con la causa monárquica en Venezuela; por eso prefirió ahorrar el tormento que significaba prolongar la “guerra a muerte”; y para eso era más lógico designar como su sustituto a La Torre que a un Morales. Morillo, al asumir el hecho de que España abandonó la aspiración de recuperar estas tierras, mejor enaltece a La Torre, al ineficaz jefe militar pero talentoso diplomático, para que en los términos más adecuados a la causa del Rey se finalice la guerra o no se continúe con la intensidad homicida que con seguridad Morales implantaría.

No dejamos de señalar que el habilidoso Simón Bolívar le envió una correspondencia al designado. He aquí extracto de esa carta que data de enero de 1821:

Excmo. Sr.: Me es muy satisfactorio tener la honra de comentar la comunicación de V.E. de 24 de diciembre en Caracas, pero aún es más vivo este sentimiento al saber a V.E. a la cabeza del Ejército Expedicionario de Costa Firme. Ninguno más digno de llevar la doble y delicada misión de hacer la guerra y la paz en circunstancias tan raras como las presentes; yo me congratulo sinceramente de que este en mi frente un jefe cubierto de laureles y adornado de virtudes, y animado de los sentimientos más puros de honor y filantropía. Si el cielo me permite abrazar a V.E. como amigo, yo seré en aquel momento el más dichoso de los hombres: y si el genio del mal me fuerza a combatirlo, sentiré el más agudo dolor al considerarme enemigo de quien no puede ni debe serlo sino de los tiranos. Después de nuestra hermosa reconciliación en Santa Ana he sentido nacer en mi corazón dulces movimientos de amistad hacia el noble y franco General Morillo, cuyo feliz arribo a su adorada patria será para mi un motivo de cordial alegría. El ofreció (estoy cierto que cumplirá) hacer con tanta actividad como hizo la guerra buenos oficios en favor de Colombia. Celebro como V.E. debe suponer la llegada de los Señores Sartorio y Espelius, comisionados por S.M. para poner término a nuestros tristes y belicosos deberes. En consecuencia he

determinado dirigir cerca de la Corte de Madrid a los plenipotenciarios de Colombia, Señores Reven-ga y Echeverría, cuya misión espero verá V.E. como propia. Son encargados del mismo modo estos señores enviados de establecer y concluir con V.E. y los señores comisionados Sartorio y Espelius, un nuevo arreglo sobre el futuro armisticio que parece de absoluta necesidad, no menor que la absoluta ruina para nosotros si no se adoptan las medidas justas y necesarias que propongo por esta misión dirigida a la paz y armisticio. Sírname V.E. ser generoso oyendo con indulgencia la dureza de mis demandas, porque ellas son necesarias, porque son inevitables y porque de ellas emana nuestra propia existencia. Persuádase V.E. que de nuestra vida política depende en gran parte la prosperidad de la nación Española, porque la guerra y el exterminio de ambos pueblos sería el resultado final de nuestro aniquilamiento. Acepte V.E. nuevamente mis plácemes por la colocación de V.E. en el mando de Venezuela, que ella le llama ya su hijo adoptivo, su protector y su amigo. No pierda V.E. títulos tan grandes para un corazón sensible y amante de lo benéfico.

Aumente V.E., si es posible, los motivos que le han adquirido tan bellos epítetos y cuente V.E. con las sinceras afirmaciones de mi admiración y cordial amistad.

Dios guarde a V.E. m.a.; Cuartel General de Bogotá, a 25 de enero de 1821. BOLÍVAR (Casado,s/f,p.,79).

Aquí se tiene otro Simón Bolívar tan poco estudiado por la historia oficial de reliquia, la de fastidiosa epicidad que no nos ha permitido ver a este personaje tan sagaz, manipulador, habilidoso en la persuasión y en el manejo del discurso de acuerdo al receptor y a las circunstancias políticas. Este Bolívar terminó arrebatándole Maracaibo al jefe realista en plena tregua y hasta se movilizó hasta Barinas para desarrollar un plan de campaña magistral que obligará a La Torre a dividir su ejército en el año de 1821 cuando sufrirá la táctica de las “diversiones”, implementada con audacia por Bermúdez, Urdaneta y Cruz Carrillo.

En todos estos años de culto a Bolívar, sólo se le ha querido ver un rostro a lo Aquiles, por lo que aprovecho la oportunidad de estas líneas para enaltecer a un astuto Ulises que maneja el hilo seductor del halago. Este es el gran Bolívar desinhibido y poliédrico que ha sido poco analizado. Este Bolívar fue más bien un hombre paciente y observador de los demás personajes, de las circunstancias y del contexto político, militar, social, psicológico, cultural. Desde la modernidad, que es propia para un héroe como el homérico Ulises, hay que reflexionar sobre los hombres que Bolívar derrotó, como Morillo y como La Torre. Lamentablemente, el pueblo venezolano lo ve anclado en el mito del hijo de Peleo.

Después de esta digresión sobre el papel del general La Torre, sigo reflexionando sobre aquella correspondencia muy personal que le envió el Libertador

a Santander para comentarle sus impresiones sobre aquel histórico momento. Ya en los párrafos finales de aquel escrito, el Libertador asimiló que ninguno de los realistas presentes suelta el reconocimiento de la independencia de Colombia. Los dos bandos también mantuvieron en este encuentro sus posiciones inamovibles, a pesar de los halagos y los buenos deseos. En medio de la más dulce diplomacia, buen trato y cortesía expansiva de ese día, seguían levantadas las posiciones de principios: nada de reconocer la independencia de Colombia y nada de reconocer la constitución española, y punto.

En definitiva, aquella carta pintó a ese Libertador tan genial en el manejo psicológico de las situaciones. Finalizó Bolívar el escrito con la humildad propia de un hombre que no se siente infalible: “Si yo me equivoco en mis cálculos he sido engañado bajo los datos más ciertos”. Insisto, este Bolívar político merece ser desempolvado para recoger la plenitud de su personalidad y lo que abarca sus grandezas y limitaciones, y reconocer el desarrollo del guerrero gracias a la visión integral de la realidad que él conduce, supera, transforma o crea. Veo todo eso cuando dice:

Después de esta entrevista no parece regular que hablemos más en nuestros papeles públicos contra estos señores. Yo se los he ofrecido así, y es menester cumplirlo porque además conviene a nuestra política manifestar que no hemos sido nosotros los encarnizados enemigos de los españoles, sino cuando ellos

lo han sido nuestros y que, cuando se entrevé la paz los recibimos como amigos.

No haga Vd. uso de esta carta sino entre amigos porque contienen pasajes que pueden comprometer a estos señores con su gobierno... (Prada, s/f, p.93).

Aparece el concepto de conveniencia política; en esa materia, Bolívar le manifestó a los posibles aliados que el odio no aturdió el sentir de los venezolanos, realidad que sí sometió al bando español, según él. Es el proceder político lo que apuntala Bolívar al legitimar históricamente toda la lucha independentista en términos de valores y principios. En sí, el Libertador se perfiló precavido en evitar desaciertos en el proceder político del campo patriota a partir de ese encuentro de Santa Ana. Vean que Bolívar se comprometió con los propios jefes españoles hasta en eso de borrar insultos y descalificaciones en documentos oficiales, y empeñó su palabra porque también entendió la conveniencia política de mejorar hasta el lenguaje para facilitar el camino de la paz y para consolidar el gran esfuerzo de humanizar la guerra, tal como se perseguía en el tratado de regulación. El Libertador entendió que las palabras fueron protagonistas en el genocidio al deshumanizar al contrario, al descalificarlo con la irracionalidad verbal que desconocía al otro para promover la matanza. Aquí estamos con este Bolívar mostrándonos para la posteridad su manejo de la psicología política de la conveniencia.

El 30 de noviembre, dos días después del encuentro,

le escribió Simón Bolívar una carta a su nuevo “amigo”, Pablo Morillo, donde le presentó nuevas muestras de afecto, ya a la distancia, y que vale la pena reflexionar sobre ese fluido psicológico que discurrió en esos días sobre la mente y las ideas del Libertador en relación a los cambios actitudinales significativos que se presentaban sobre el acontecer de la lucha independentista.

Trujillo, 30 de noviembre de 1820.

Excmo. Señor General Don Pablo Morillo.

Excmo. Señor:

Con mucha satisfacción he recibido, mi estimado amigo, las primeras letras confidenciales y amistosas que Vd. Se ha servido dirigirme con el amable teniente Arjona. Iguales recuerdos, iguales sentimientos hemos experimentados por acá, todos los que hemos tenido la aventura de conocer a Vd. Y sus dignos compañeros de armas. Parece que una mutación universal se ha hecho con nuestras sensaciones para verlo todo bajo el aspecto más lisonjeros. Por mi parte, confieso que mi corazón se ha mudado con respecto a mis nuevos amigos. No hay momento que no recuerde algunas ideas, alguna sensación agradable originada de nuestra entrevista. Yo me doy la enhorabuena por haber conocido tan acreedores a mi justo aprecio, y que al través de los prestigios de la guerra no podíamos ver si no cubiertos de las sombras del error.

Nuestro teniente Arjona ha tocado las dificultades que existen para elevar el monumento consagrado a nuestra reconciliación, a la tregua y al derecho común de los hombres.

Bien merecía este monumento ser tallado sobre una mole de diamantes y esmaltado de jacintos y rubíes; pero está construido en nuestros corazones. El teniente Arjona dirá a Vd. Sus ideas sobre este particular. Yo me refiero a él.

He recorrido ligeramente el manifiesto que Vd. Ha dado, y lo he visto con placer, hace la apología de un hombre benemérito de su patria. No me he ofendido, porque el lenguaje de la guerra es de etiqueta, y está recibiendo como un lenguaje de convención para dañar al contrario. Nada sino las malas acciones, deben molestar a los hombres sensatos.

Todos nuestros amigos comunes han agradecido sobremanera las expresiones de aprecio con que Vd. Los ha honrado, y las retornan con la más fina voluntad. Haremos sin embargo mención muy particular de nuestro general La Torres, que nos ha agradado infinito: del elegante coronel Tello; y del precioso amigo Caparrós, que tanto nos ha enamorado por su bellísima índole, como por su expresiva fisonomía. Acepte Vd., mi querido general y amigo, los testimonios de mi alta consideración y aprecio(Ibid,p.97).

En la carta, Bolívar reconoció el cambio en su manera de percibir al enemigo y de evaluar sus acciones y

palabras: “Parece que una mutación universal se ha hecho con nuestras sensaciones para verlo todo bajo el aspecto más lisonjeros”. El enemigo a quien Bolívar le escribe había penetrado las subjetividades para que la forma infernal de ese otro se derrita. El Libertador dio a entender que una nueva luz se impuso con fuerza, y en la carta se plasmó la decisión de no cerrar los ojos. Bolívar no sólo le dijo a Morillo que ha aparecido una nueva realidad, sino que también estaba dispuesto a admitirla con entusiasmo.

¿Se puede decir que el Libertador con esas palabras ha reconocido su error, aquel que lo llevó a redactar el decreto de guerra a muerte? Quizás no fue un mea culpa, pero sí se dio cuenta de la urgencia en reparar las grietas que su radicalismo dejó en un país fundado en los campos de batalla. Bolívar reconoció que después de Santa Ana no era conveniente continuar con la manera deshumanizada de ver al contrario; no era conveniente que los dos ejércitos continuaran con el irracional odio; no era conveniente el aborrecimiento mutuo; no era conveniente prolongar las matanzas; no era conveniente la exaltación del patriotismo a costa del enemigo; no era conveniente la autorrealización colectiva destruyendo al “otro”; no era conveniente que los dos bandos se alimentaran de una especie de nacionalismo “racista”.

A partir del encuentro de Santa Ana se disolvió el énfasis en apreciar la perversidad del oponente. Pareciera, leyendo al Libertador, que se ha impuesto en él lo que dijo Thomas Mann en una de sus obras: “Por

respeto a la bondad y al amor, el hombre no debe dejar que la muerte sea soberana de sus pensamientos”(Mann,s/f, p.302). He aquí a un Bolívar con una emoción tan profunda en torno a un particular acontecimiento político. Se trata de un Simón Bolívar que se ha quemado con los intensos soles interiores. Los vientos de la relación humana soplan fuerte sobre su cara; por eso sufrió tanto cuando los pueblos que él libertó comenzaron a odiarlo en los últimos años de su vida política.

¿Y qué dijo la parte española? ¿Qué impresión les dejó a los monárquicos el encuentro de Santa Ana? En la Gaceta de Caracas del 29 de noviembre, donde publicaron los acuerdos, también se plasmó una carta del “Pacificador” a uno de sus subalternos:

Mi estimado Pino: acabo de llegar del pueblo de Santa Ana, adonde pasé ayer uno de los días más alegres de mi vida en compañía del general Bolívar y de varios oficiales de su E.M. a quienes abrazamos con el mayor cariño. Todos estuvieron contentos: comimos juntos y el entusiasmo y la fraternidad no pudieron ser mayores. Bolívar vino solo con sus oficiales entregado a la buena fe y a la amistad, y yo hice retirar inmediatamente una pequeña escolta que me acompañaba. No puede U. ni nadie persuadirse de lo interesante que fue esta entrevista, ni de la cordialidad y amor que reinó en ella. Todos hicimos locuras de contento pareciéndonos un sueño al vernos allí reunidos como españoles, hermanos y amigos. Crea

V. que la franqueza y la sinceridad reinaron en esta unión. Bolívar estaba exaltado de alegría: nos abrazamos un millón de veces, y determinamos erigir un monumento para eterna memoria de principio de nuestra reconciliación el sitio donde nos dimos el primer abrazo (Gaceta del Gobierno, s/f,p.73)

Esta emocionalidad en las palabras de Morillo son las mismas del Libertador en las correspondencias que sobre el asunto hemos referenciado. Ambos caudillos parece que no sólo piensan lo mismo, sino que también aparentan sentir lo mismo. Son cartas gemelas en todo. Yen ambas correspondencias, los dos se honran. Ambos anuncian el nacimiento de una amistad que trasciende lo coyuntural de aquel día, y que pudiera impactar en la futura unión de los dos pueblos en pugna. En su carta podemos resaltar estas palabras: “Todos hicimos locuras de contento pareciéndonos un sueño al vernos allí reunidos como españoles, hermanos y amigos”. Dicho mensaje transmite la revelación de un comportamiento impensable entre enemigos encarnizados. Es un encuentro que es poesía psicodélica de plena satisfacción ante el supremo atrevimiento de estar juntos, de abrazarse, de demostrarse amistad una gente que tanto se odió. Están como locos los de Santa Ana porque son atrevidos rudamente. Es un atrevimiento que dejó el odio: ¡que mayor audacia!El delirio de Santa Ana es el que concibe Platón en Fedro: “el delirio es cualquier cosa menos un mal” (Platón,1871, p.53). Pues

allí se ha desatado una locura bienhechora. Es aquella locura que más bien es un don o una genialidad, y que por cierto en muchas mentes comunes, ese día será tan incomprendido y tan lastimosamente raro. Es un delirio santificado, como el que acompañó a tantos mensajeros proféticos y a enviados de alguna divinidad. Es el tipo de locura que ha obtenido la veneración de los pueblos. Se puede decir que el “manicomio” de Santa Ana le ahorró sufrimiento al nacimiento de una nación.

El encuentro de Santa Ana sirvió para que los enemigos se vean como dos gotas de agua; se vean en el espejo y aprecien semejanzas. Se pone fin, aunque sea por breves instantes, a ese tipo de guerra tan brutal, como lo es la guerra civil, donde explotan esos odios tan escandalosamente dolorosos: los odios mellizales. La otredad ortegasiana se plasma en los sentimientos vivos de aquellos hombres que han logrado en Santa Ana reconocer que los años de guerra significaron la pérdida de la unidad de un mismo ser de aquellas tierras; pero ya esa escisión es superada: se ven los otrora enemigos, se reconocen y se dan cuenta que son lo mismo; al menos así lo apreció Morillo.

También considero esta otra expresión, plasmada con agudeza por Morillo: “Crea V. que la franqueza y la sinceridad reinaron en esta unión”. Es llamativo como el “pacificador” intenta convencer a su interlocutor que lo que pasó en Santa Ana no fue un fingimiento, no fue un teatro, no hubo allí engaño, no

fue un escenario donde haya imperado una manipulación forzada por cálculos políticos. El Libertador también recalcó sobre la sinceridad de los sentimientos y palabras que se enarbolaron en aquel instante. Fue un hecho que intentó mostrar una supuesta verdad translúcida de que ambos ejércitos tenían más afinidades que diferencias, por lo que no había simulación o impostura. Se sabe que en esos acontecimientos de etiqueta en la política, primordialmente en la diplomacia, impera lo fingido y la manipulación, porque eso forma parte de esas circunstancias; pero tanto Morillo como Bolívar dieron a entender que en ese día no hubo fingimiento, ni por diplomacia. La mentira a la que se refiere Morillo es la que concierne al diseño político propiciado por la necesidad, y suficiente necesidad había para fingir. No obstante, dicen ellos que no se quiso mentir, sino que se quiso sentir lo más distinto al odio; y dijeron ellos que lo lograron, que lo disfrutaron, que vivieron al máximo el goce de no odiarse. Esa aparente sinceridad ha merecido de Morillo su celebración. Esa aparente sinceridad es aplaudida a radial. Se vislumbra aquí que después de años en que las mentiras elaboraron un tejido de relaciones sociales tormentosas, ha llegado la hora en que la verdad no sea silenciada, sino que sea gritada para hacer otro tejido de lo social; se realiza una nueva dimensión constitutiva de lo social. Ya separados Bolívar y Morillo, es interesante vislumbrar que tipo de relación quedó entre ellos. Ve-

mos a continuación una carta del Libertador donde se transmite que la amistad fue uno de los resultados más contundentes del encuentro de Santa Ana:

Bogotá. 26 de enero de 1821.

Al señor General Pablo Morillo.

He sabido, con mucha satisfacción, que Vd. Ha logrado al fin volver a su querida patria a gozar del placer vivo y puro de volver a ver el suelo nativo y la familia querida. Reciba Vd. Mi enhorabuena por su feliz llegada a la corte de Madrid, donde sin duda, será recibido como merecen sus servicios y sacrificios por el gobierno de su nación. Yo me lisonjeo de que Vd. Contribuirá mucho a aclarar la materia de la guerra de América, y que sus informes producirán bienes a la desgraciada Venezuela. Tengo el sentimiento de decir a Vd. Que no he recibido ninguna comunicación en que Vd. Me participe su marcha a Europa, y sólo la idea de cualquier retardo inesperado me consuela de este silencio.

El teniente coronel Van-Halen lleva para Vd. Las instrucciones originales del virrey Montalvo al virrey Sámano. He preferido enviar el original porque, en algún caso, puede servir a Vd. Más eficazmente que una copia. Los señores comisionados Sartorio y Espelius, me han instado porque envíe cerca del gobierno de España nuestros agentes diplomáticos. En consecuencia, mando al secretario de Estado, Revenega y a Echeverría, gobernador político de esta pro-

vincia. Sin duda Vd. Tendrá la bondad de proteger esta misión en cuanto esté de su parte, como lo ha ofrecido hacer en un caso semejante. Vd. Fue nuestro enemigo y a Yd. Toca ahora ser nuestro más fiel amigo, pues de otro modo burlaríamos nuestras promesas de Santa Ana, y derribaríamos hasta sus fundamentos el monumento de nuestra amistad. Nuestros enviados van bien autorizados, y si el gobierno de S.M. desea la paz ella se hace satisfactoria para todos, aun antes del mes de junio. Yo he tomado la libertad de dirigirle una carta congratulatoria al Rey por su advenimiento al trono del amor y de la ley, por haber empuñado el centro de la justicia para los españoles, y el iris de la paz para los americanos; considerándolo como la gloria para los monarcas del mundo, le ruego acoja con indulgencia los clamores de Colombia por su existencia política. S.M. Debe ver en la expresión de mis sentimientos el fondo de mi corazón.

Tenga Vd. La bondad, mi querido amigo, de ponerme a los pies de su adorada señora, y de aceptar los cordiales sentimientos con que soy de Vd. Su más afectísimo, atento servidor(Blanco y Azpúrua, op.cit, p.223).

Bolívar.

Esta correspondencia indica que el efecto de aquel encuentro de Santa Ana sobre esos dos hombres no fue momentáneo. Entre esos personajes se estableció una relación que no se debilitó con la distancia. Gonzalo M Quintero, en su biografía de Morillo, titulada

Soldado de tierra y mar: Pablo Morillo el pacificador, nos hace mención al encuentro que tuvo el exedecán de Simón Bolívar, Daniel F. O'Leary, el año de 1835, con el propio Pablo Morillo en España. Los dos se conocieron en el encuentro de Santa Ana, ya que O'Leary acompañó al Libertador en esa actividad. Se trata de que el irlandés le informó al español que escribía una biografía de su otrora rival; y éste, para contribuir en ese trabajo, le entregó una valiosa documentación de aquella época y que formaba parte del archivo del ejército realista. En esos términos de amistad y colaboración quedó Morillo con los patriotas, que hasta aportó para que O'Leary escribiera una de las mejores biografías del Padre de la Patria.

Cabe destacar que el Libertador, con toda confianza, le manifestó a Morillo que iba aprovechar su regreso a España, por lo que le recordó sus promesas en Santa Ana referidas a colaborar en gestiones diplomáticas que lleven a cabo delegaciones de la república; para tal fin, le informó de la pronta presencia por allá de esos representantes, refiriéndose al Secretario de Estado, y Relaciones exteriores y Hacienda, José Rafael Revenga, y el Doctor José Tiburcio Echeverría, quienes a finales de enero de 1821 fueron comisionados a viajar a España y presentarse ante la misma corte de Fernando VII, facultados ellos con plenos poderes para negociar de manera directa la paz entre Colombia y España. Esta misión fracasaría, y esos personajes serían expulsados del territorio es-

pañol en septiembre de 1821. Manifiesta Bolívar en la carta que la designación de esta gestión fue alentada por los propios comisionados españoles, Satorio y Espelius, una muestra más del interés persistente de la parte realista de que se logre una vía diplomática y una negociación que finalizara la guerra. La historia hace referencia del planteamiento que llevaron estos negociadores ante la corona española, lo que significó una continuidad de las negociaciones desarrolladas en Trujillo y complementadas en el encuentro de Santa Ana, lo que le otorga a esta actividad diplomática un rasgo político que se articula con el evento de finales del año de 1820, y que en gran medida da explicación de por qué la guerra continuó, a pesar del desastre militar realista en la batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1821. Cabe resaltar que la guerra de independencia venezolana se extendió por dos años, incluso hasta con momentos en que el ejército realista parecía resurgir victorioso al mando del heredero de Boves, el indómito Morales.

En sí, dicha comisión negociadora en España llevó como propuesta la prórroga del armisticio si se cumplían requerimientos como: “licenciaran las tropas criollas que tuvieran a sus servicios y reservase solamente las españolas”. El ejército colombiano también reduciría su contingente a la misma cantidad del español, pero pedían como compensación las plazas de “Cumaná, Ríoacha y Santa Marta”. Pero lo más importante para estos comisionados era lograr que

España reconociera la independencia de Colombia, que comprendía los departamentos de Venezuela, Cundimarca y Quito, y para eso en las instrucciones que el Libertador giró para el desarrollo negociador se encontraba ceder la provincia de Quito, ceder el territorio equivalente a Panamá y no proyectar su proyecto independentista al Perú. Vemos entonces que la obcecación española se impuso de nuevo, y así ella continuó apuntalando el destino liberador de Sudamérica con su miopía al rechazar la propuesta de la misión colombiana. Para 1824 España perdería todo lo que Bolívar planteaba dejarles por las buenas si accedían al reconocimiento de Colombia.

También Bolívar en esa carta a Morillo anuncia algo bien significativo en ese nuevo escenario que nació refrescado por el suave viento de la comunicación, de la diplomacia y de la alta política que comenzó a sembrarse a finales del año de 1820 con las negociaciones del armisticio y del tratado de regulación de la guerra, y con el emotivo encuentro de Santa Ana. Nos referimos al hecho de que el Libertador le escribió directamente al Rey de España una correspondencia que llevaron los comisionados Revenga y Echeverría, y que también constituye un importante documento histórico que muestra a ese Libertador en su talante discursivo para la diplomacia, plasmando así una cultura de estadista que engalanó este texto con un apasionamiento retórico bien llamativo entre dos enemigos que encarnaban un historial de confrontación

simplemente colosal.

Aquí la carta:

Bogotá, 24 de enero de 1821.

A S.M. Católica el señor Dn. Fernando VII [\[1\]](#), Rey de las Españas.

Señor:

Permítame V.M. dirigir al trono del amor y de la ley el sufragio reverente de mi más sincera congratulación por el advenimiento de V.M. al imperio más libre y grande del primer continente del Universo. Desde que V.M. empuñó el cetro de la justicia para los españoles y el iris de la paz para los americanos, se ha colocado V.M. en el vuelco de todos los corazones. Desde aquel día entró V.M. en el sagrario de la inmortalidad.

Paz, señor, pronunciaron los labios de V.M.; paz repetimos con encanto, y paz será, porque es la voluntad de V.M. y la nuestra.

Ha querido V.M. oír de nosotros la verdad, conocer nuestra razón, y sin duda concedernos la justicia. Si V.M. se muestra tan grande, como es sublime el gobierno que rige, Colombia entrará en el orden natural del mundo político. Ayude V.M. el nuevo curso de las cosas, y se hallará al fin sobre una inmensa cima, dominando todas las prosperidades.

La existencia de Colombia es necesaria, Señor, al reposo de V.M. y a la dicha de los colombianos. Es

nuestra ambición ofrecer a los españoles una segunda patria, pero erguida, pero no abrumada de cadenas. Vendrán los españoles a recoger los dulces tributos de la virtud, del saber, de la industria; no vendrán a arrancar los de la fuerza.

Dígnese V.M. acoger con indulgencia los clamores de la naturaleza, que por el órgano de nuestros enviados, hará Colombia al modelo y gloria de los monarcas.

Acepte V.M. los más humildes y respetuosos homenajes con que soy de V.M. su más atento y obediente servidor(Simón Bolívar, Reflexiones Políticas, 2020,p.22).

Quien escribió esa carta tuvo hace años contacto con el monarca español. Se trata de que en un lejano 1799 el joven Bolívar, de 16 años, se encontraba en Madrid acompañando a su tío materno, Esteban Palacios, en una visita al Palacio de Aranjuez donde estaba instalada la corte imperial. Es evidente que este pariente del Libertador fue un hombre bien relacionado y de alcurnia para que se le permitiera ingresar al olimpo monárquico. Casualmente, la familia real estaba ahí y lo que son las cosas del destino, se inició un juego denominado “volante”, un pasatiempo de la nobleza que consistía en pegarle a una pelota de caucho con una especie de bate y evitar que ella toque el suelo, un juego realizado en pareja como lo que hoy sería el tenis. El jovencito Fernando VII, heredero del trono, no se le ocurrió otra que jugar con el que año más tarde sería el cau-

sante del derrumbe de 400 años de imperio español en América: invitó al chamo Bolívar a jugar. El juego terminaría con un suceso de radical simbolismo, de candente magia por lo que auguraba: El vasallo no se dejó ganar, y además le propinó un pelotazo al mocoso monarca en su cabeza. Dicen las crónicas que el herido jugador le exigió a Bolívar agresivamente que se postrara y pidiera perdón, pero el caraqueño alcanzó decirle: “Si su alteza me hace el honor de jugar conmigo el volante, no tengo nada de qué arrepentirme”. Ordenaron castigar al insolente, pero la reina María Luisa intercedió, comprendió que fue el típico accidente de un juego de niños. Tuvieron que sacar rápidamente al joven Simón de aquel palacio.

Aquel jovencito insolente, de mucha altivez y orgullo, que no aceptó pedir perdón porque no fue su intensión lesionar al futuro Rey, le escribe en enero de 1821, después de casi 22 años, haciéndole halagos primorosos, honores y adulaciones, manifestándole lo conveniente que es para el imperio el que Colombia sea una nación soberana e independiente para mantener la unión entre pueblos y para el beneficio material de España porque ya no necesitaría de la fuerza para las relaciones económicas, y hastasería conveniente para la grandeza personal del propio Rey. ¿Adónde se dirige esa carta de Bolívar dentro del punto de vista psicológico? Se dirige hacia la vanidad del monarca. Hacia allá se dirige Bolívar con esta correspondencia

adulante e incómoda si se quiere para los que pueden apreciar unos gestos discursivos casi que de suplica en un titán terrible y colosal como Bolívar. Pero esa carta es un cúmulo de astucias, no de cobardía.

El Libertador es un manipulador que se dobla con reverencias porque sabe que no hay otra forma de acercarse a un rey tan obtuso, tan imbécilmente de sangre azul, tan reaccionario hasta lo obsceno, como lo es Fernando VII. Quiere Simón también demostrarle que no es un enemigo rencoroso; quiere evidenciar que no es un ogro ahíto de sangre, como fue pintado por la propaganda realista en todos esos años de genocidio. Además, el Libertador utiliza el lenguaje propio de esa diplomacia cortesana; ese rey no hubiese entendido otro lenguaje, sino ése; y Bolívar quería llegarle, persuadirlo así sea de hinojos. Como la obra de aquel Dante Alighieri, el Libertador viajó hasta el infierno de la adulación para obtener la liberación de un pueblo y convertirlo en nación independiente. No lo logró por esa vía; mejor lo logrará mediante la épica, en beneficio de su grandeza. Si Fernando VII hubiera aceptado su petitorio, Simón Bolívar no hubiera adquirido su condición de deidad.

Sin embargo, las negociaciones, los tratados firmados y el encuentro de Santa Ana generaron en los dos cuarteles una inmensa confusión, y también generaron severas críticas, duros cuestionamientos; y en el campo patriota, algunos no entendieron estos acuerdos de paz con una guerra militarmente gana-

da, según los propios independentistas. Los cuestionamientos y opiniones adversas fueron de tal calado que el propio Libertador se encontró afectado, sumamente disgustado, pero entendió el crisol político de los mismos; entendió que la lucha por la legitimación de su liderazgo todavía le quedaba un largo trecho. Ese trabajo no había culminado con el fusilamiento de Piar, ni con el Congreso de Angostura, ni con la batalla de Boyacá. De manera que tuvo que sincerar algunos parámetros de su estrategia en Santa Ana; tuvo que hacer un esfuerzo de explicar su conducta en ese proceso de negociación y sobre ese día cuando conversó con Morillo; en cierta manera, tuvo que enseñar sus cartas de juego, y hasta tuvo que quitarse la careta.

¿Qué pasó en Santa Ana? Bolívar explicó su papel, y lo hizo con crudeza; gracias a esa explicación, conoceremos al Libertador en su reino de manipulaciones. Perú de La croix, un general francés, que tuvo la rara suerte de combatir bajo las órdenes de Napoleón y de Simón Bolívar, dejó para la posteridad su *Diario de Bucaramanga* donde nos cita palabras del Libertador en relación a su disgusto de cómo lo le criticaban su conducta en Santa Ana:

“¡Qué mal han comprendido y juzgando algunas personas aquella célebre entrevista! Unos, no han visto por mi parte ninguna mira política, ningún medio diplomático, y sólo la negligencia y la vanidad de un necio; otros, sólo la han atribuido a mi amor propio,

al orgullo y a la intención de hacer la paz a cualquier precio y condiciones que impusiera España. ¡Qué tontos o qué malvados son todos ellos! Jamás, al contrario, durante todo el curso de mi vida pública, he desplegado más política, más ardid diplomático que en aquella importante ocasión, y en esto ---- puedo decirlo sin vanidad ---- creo que ganaba también al general Morillo, así como lo había ya vencido en casi todas mis operaciones militares. Fui a aquella entrevista con una superioridad en todo sobre el general español; fui, además, armado de cabeza a pies; con mi política y mi diplomacia, bien encubierta con una grande apariencia de franqueza, de buena fe, de confianza y de amistad, pues es bien sabido que nada de todo esto podía yo tener para el Conde de Cartagena, y que tampoco ninguno de aquellos sentimientos pudo inspirarse en una entrevista de algunas horas.

Apariencia de todo esto es lo que hubo, porque es de estilo y de convención tácita entre los diplomáticos, pues ni Morillo ni yo fuimos engañados sobre aquellas demostraciones; sólo los imbéciles lo fueron y lo están todavía (Colección Bicentenario, Una mirada íntima al Libertador en los dos últimos años de su vida pública,s/f,p.200).

En párrafos anteriores reflexionamos sobre el echo de que en el campo realista había mucho interés de lograr un acuerdo político; no así en el sector independentista, ya que en su seno había cierto triunfalismo por los avances militares (sobre todo desde Bo-

yacá), por las deserciones que sufría el sector español y por la propia crisis política española y sus revueltas en la península. Además, es indudable que Morillo estaba consciente de que no había posibilidades de recibir refuerzos desde España para renovar el exhausto, agotado y desangrado contingente español, y tal realidad, gracias al espionaje, gracias a las infidencias, gracias a las deserciones, era del conocimiento del liderazgo patriota, por lo que es claro asumir que muchos allí no entendieran perder el tiempo en la política cuando lo que se tenía que hacer era acelerar la campaña militar y derrotar de una vez a las fatigadas fuerzas de Morillo; por cierto, una valoración injusta porque Bolívar no había dejado de avanzar militarmente con todo y armisticio: envió orientaciones a sus subalternos para que tomaran posiciones ventajosas antes de que llegaran las publicaciones de los acuerdos, retardó información, y para colmo tomó Maracaibo mediante maniobras políticas y después militares en el interior de esa localidad, violando e interrumpiendo la tregua definitivamente. Así que en verdad quien aprovechó militarmente el armisticio fue Bolívar; y por supuesto, con el tratado de regulación de la guerra ganaron los dos ejércitos, ganó la población civil, ganó Venezuela y ganó la imagen internacional del proyecto independentista.

Es evidente que a Simón Bolívar lo atormentaron esos cuestionamientos. El Libertador no era inmune a las críticas. En otros documentos calificó a la

opinión pública de “tribunal”, y al respecto de Santa Ana, Bolívar exigió ser absuelto. Bolívar no vivía tranquilo cuando su honor y capacidad como líder estaba en entredicho. Él consideraba que su gloria se fundamentaba en mantener el honor en lo alto. Pero lo aparentemente incoherente en esas palabras es que el Libertador intentaba limpiar su honor, exhibir su talante político, enarbolar sus cualidades diplomáticas, demostrando que fingió en Santa Ana, que fue hipócrita, que dijo cosas allá que no sentía, que no fue sincero con Morillo y con los demás, que los engañó, que los manipuló; aunque también manifiesta que los otros igualmente se aparecieron con los mismos propósitos teatrales, con los mismos procedimientos de asumir roles y personajes inauténticos, y que de sus enemigos vino también un caudal de hipocresía. Todo eso se debe porque así era la alta diplomacia, eso era lo habitual en la alta política, dijo él. No quiso quedar mal parado ante la opinión de los mismos patriotas; no quiso quedar como un ególatra, como un narcisista, como un ingenuo, como un incapaz, o como un desesperado, o como fácil víctima de las maquinaciones de Morillo. Más bien el Libertador planteó que Santa Ana fue un momento cumbre de su habilidad política al vincular esa sagacidad con la treta, con la argucia, con esas dos condiciones que nos vuelve a llevar al planteamiento de reconocer al Bolívar en su imagen de Ulises mañoso, el del engaño con el caballo de Troya que le puso fin a la larga guerra aquella donde no fue la fuerza y heroicidad

del Aquiles colérico de la *Ilíada* lo determinante en la victoria de las huestes de Agamenón, sino la astucia del que se llamaba Ulises.

Por eso he escrito sobre la importancia de ver al Bolívar Aquiles para percatarnos más bien de ese Libertador Ulises, el de la artimaña política, el de las maquinaciones por el poder, el de la sagacidad sin escrúpulos para eliminar contendores. He ahí el fusilamiento de Piar y el enfriamiento de la rebeldía de Mariño; he ahí al lograr que Páez acatara su jefatura; he ahí al obtener que San Martín le dejara el camino libre para triunfar en el Perú. Este es el Bolívar que debemos de reconocer porque es un hombre verídico, de carne y hueso; y básicamente porque es un hombre de poder a través de sus recursos y técnica política basadas una razón de Estado. El Estado nación bolivariano defiende su propio poder frente a otros poderes, porque en Santa Ana es eso lo que había: el enfrentamiento diplomático y político entre dos poderes. Hablaba Schmitt del *arcanum* político; pues en ese ámbito se comprende las palabras del Libertador, refiriéndome con él a las estratagemas y tácticas a emplearse en la práctica política. Bolívar usa el ardid por su extraordinario conocimiento de las realidades objetivas del poder; de tal manera que el Padre de la patria finge, miente o simula para obtener más poder; para definitivamente, mediante el trujinar sobre el terreno político, lograr ganar la guerra.

Ese Bolívar bien humano por el poder y para el poder se ufana de que en Santa Ana derrotó políticamente a Morillo, así como lo ha derrotado en el campo de batalla. ¿En que lo derrotó? Pues para Bolívar, derrotar a Morillo es haberle arrancado al Estado español el que reconozca su autoridad como Presidente. Para Bolívar, es una derrota de Morillo la demarcación de las zonas de influencia de las tropas, donde los patriotas obtuvieron ventajas y fortalezas; y fue derrota para Morillo, ya que en nada cedió Bolívar a sus argumentos para que aceptara someterse a la constitución liberal española de 1812 y que acatara la autoridad del Rey, entendiendo que la iniciativa del encuentro fue de Morillo con el propósito final de convencer al Libertador. Tiene entonces el Libertador el derecho de vanagloriarse de haber logrado la victoria política; y se ufana tanto que raya en la soberbia al expresarse de esta manera: “Fui a aquella entrevista con una superioridad en todo sobre el general español; fui, además, armado de cabeza a pies; con mi política y mi diplomacia”. Son las palabras de un hombre que sabe ejercer la dominación política. Años de derrotas y de victorias, de exilios, de intrigas, de contiendas militares y políticas en Caracas, en Bogotá, en los llanos y en los Andes, en el Caribe y en Haití, desde la Sociedad Patriótica hasta el Congreso de Angostura, lo han convertido en un ente recio que responde con eficacia a la lógica del poder.

Al final, hace más tajante su puesta en escena con estas palabras que transmiten la imagen de un Simón Bolívar en una dimensión nunca reflexionada, un ilustre desconocido:

...fui, además, armado de cabeza a pies; con mi política y mi diplomacia, bien encubierta con una grande apariencia de franqueza, de buena fe, de confianza y de amistad, pues es bien sabido que nada de todo esto podía yo tener para el Conde de Cartagena, y que tampoco ninguno de aquellos sentimientos pudo inspirarse en una entrevista de algunas horas.

Su “verdad”, expuesta en Santa Ana, y plasmada en documentos posteriores sobre el encuentro, resultó ser una subterránea mentira. La fuerza del Libertador se asocia con el ardid si vislumbramos también a Maquiavelo en esas palabras bolivarianas que son propias de un príncipe zorro que unifica lógica y fuerza como líder más su capacidad para el ardid. Nuestro Libertador ha evidenciado duplicidad a niveles grandiosos. Es lo que nos queda del padre de la patria en Santa Ana; nos queda el del gran simulador que sabe disfrazar fuerza y ley, y sabe aparentar bestialidad de hombre que se agazapa detrás de algún mimetismo para no espantar a la presa en la caza matutina.

Conclusión

El lado oscuro del ser humano es fundacional, genésico. Mientras algunos repudian la maldad, yo humildemente reconozco que lo malo también es originario. El hombre también es un crimen.

La humanidad y la civilización perecieron en Venezuela. Hubo esfuerzos en borrar a la humanidad en la tierra venezolana. No exagero en decir que el afán fundacional de los que fungieron de líderes de las matanzas derivó en acabar lo humano, primero negándolo en el enemigo, y desde ahí imponer la destrucción física; para fundar había que asesinar. Se resquebraja el hombre por todos lados; se derrite como una vela cuya débil luz ya no puede alumbrar ante la oscuridad imponente y compacta. El hombre se disipa como aquel rastro que borra el oleaje sobre la orilla de la playa. Lo que se impuso, después de la capitulación violada por Monteverde, obliga a entender al hombre cuando niega su perfil humano. Pero a pesar de haber llegado a ese precipicio, se ha encontrado un instante para detener eso. A pesar de la caída del humanismo, sobre la Venezuela que sufre en su nacer comenzará a erguirse el sujeto constituyente de la nueva nacionalidad.

Hay quienes dicen que lo que acabará a la humanidad es la técnica o alguna peste o alguna guerra nuclear. Yo más bien creo, leyendo lo acontecido en la genocida guerra de Independencia de Venezuela, que lo que

acabará a la humanidad serán algunas de sus ideas; sobre todo las que intentan fundar, y lo que terminan es destruyendo. Desde esa pretensión de fundar mediante la destrucción, tenemos a nuestro “padre fundador”, a nuestro Simón Bolívar, quien redactó el Decreto de Guerra a muerte que, junto al acta de independencia del 5 de julio de 1811, es nuestra otra partida de nacimiento. En ese documento, el Libertador pretendió hacer patria mediante la venganza. Él se confesó némesis. La figura de Bolívar como verdugo vengador ha tenido casi que nula reflexión de nosotros, sus hijos. Pero la venganza bolivariana trajo otras venganzas; la venganza siempre pare otra. Entonces el juego de espejos se impuso, y lo que quizás no reflexionó el Libertador que su contraparte también sería efectiva en el asesinato masivo, en la deshumanización, en el resentimiento.

Venezuela nació teñida de sangre. Pero es este un baño propiciado por un Caín y un Abel, por un Bolívar y un Boves a través del Decreto de Guerra a Muerte y el Bando de Guayabal. Así como el comienzo de la civilización se inició con un crimen entre aquellos dos hermanos, así mismo Venezuela se forjó con liderazgos criminales que son figuras fundacionales. Al entender esto, hay que entrar en la dimensión de lo sagrado y de lo misterioso, que es lo propio del crimen. Viendo a estos criminales y leyendo sus palabras, es fundamental entender las paternidades sagradas y misteriosas que ellos representan, y he

ahí que asimilemos el significado del duelo en el surgimiento de la espiritualidad venezolana como una condición tan arraigada que nos acompaña hasta en los instantes que se catalogan de felices. Se trata de un duelo tan sólido que no se atenúa con las risas, con las carcajadas; es un duelo perenne que es propio de lo nacido entre grandes sufrimientos. Nadie que nace en el sufrimiento, por más que se esfuerce, ganará verdaderos instantes de felicidad; y si aparecen, serán muy efímeros, superficiales y banales.

Los tiempos de las emociones perniciosas, de aquellas multitudes sin respeto al prójimo, comenzaron a ser superados por el peso de las circunstancias que obligaron a que el grito y el desorden se aquietaran ante nuevas directrices, ante nuevos mensajes que le daban protagonismo a otras emociones e ideas que relegaron la rabia con ese protagonismo emocional que la galardonaba desde 1812. La rabia fue una acompañante fiel de las masas en aquellos tiempos de exterminio. La rabia fue el sentido de la barbaridad desatada, y los líderes que mejor la encarnaron fueron los triunfantes en 1814, los que más convocaron, los que más aglutinaron. Pero el líder más rabioso pereció, y los demás de su calaña también desaparecieron en medio del exterminio que habían provocado, que habían atizado; y el rabioso líder ideológico que fue Bolívar, casi que desaparece en la desgracia que él decretó y alimentó también. Pero entonces aparecieron los días en que la rabia dejó de ser confiable,

dejó de ser fiable, dejó de ser “conveniente”. Quizás ella llegó a tener una especie de lumbre utópica, una llamarada que fue extinguiéndose, ya no daba combustión. Claro, es difícil sostener indefinidamente la lumbre utópica. La quimera del crimen dejó de convertir en oro lo que tocaba. El pueblo y sus líderes cambiaron su mineralidad y sus sustancias.

Y así, en ese ámbito de transformaciones, he resaltado el hecho de un Simón Bolívar que desde que regresa al país de su periplo antillano, en 1816, viene con algunas ideas referidas al cambio en el tipo de guerra que él protagonizaba y que él desde su decreto había creado. Se trató de que había llegado el momento de detener esa “guerra a muerte”. Es otro Bolívar el que apareció por las costas venezolanas en el año de 1816 con proclamas de perdón, clemencia y trato humanitario al prisionero español o al herido; es otro Bolívar que reconoce al enemigo como persona, le otorga un cariz humano. Esos cambios suavizarán su canibalismo, hasta arrinconarlo o enfriarlo. Además, esa suavización de la personalidad violenta de Bolívar fue alimentada por la postura optimista en un hombre que después de años de derrotas hecatómbicas, persecuciones, odios y disputas por el liderazgo, por fin veía la victoria abriéndose paso, tanto en el orden militar, con su éxito en la batalla de Boyacá, como en el orden político, y hasta en la consolidación de su liderazgo con el fusilamiento de Piar y por fin con la instalación del gobierno republicano bajo su presidencia en el Congreso de Angostura.

Desde esta perspectiva optimista, de más confianza en la victoria, su dureza radical fue haciéndose a un lado para que se impusiera un hombre con mayor dimensión en el pensamiento social y político, dado que tomó la determinación de hacer la guerra más humana porque era conveniente políticamente para ganar más simpatías, para atraer más pueblo, y para presentar a las demás naciones del mundo que él liderizaba un proyecto que perfectamente se inscribía en la civilización occidental, que bien se inscribía en el concierto de las repúblicas liberales. En aquel Bolívar se implantó el convencimiento de que no podía quedar ante la historia casi en los mismos niveles infernales en el que quedó el asturiano Boves. Si hubiese quedado vivo el Bolívar del decreto de guerra a muerte, todos estos años de culto bolivariano se hubiesen disuelto mediante cualquier reflexión sobre el personaje con el propósito de entender la necesidad o utilidad del Decreto de Guerra a Muerte, en el sentido de que el pueblo venezolano estuviese menos atrapado sentimentalmente con el héroe.

El Libertador en Santa Ana se dio una segunda oportunidad ante la historia, y se recuperó como prócer, alimentó su perfil deificado. Bolívar suprimió su figura de terrible jefe radical por la del estadista, por la del político humanista. Y tal cambió, Bolívar lo condujo como condujo sus ejércitos victoriosos. Esa transformación fue consciente, fue bien a propósito; lo hizo para su grandeza y aumentar su leyenda; lo hizo para la gloria.

Debo plasmar en estas conclusiones un alborozo por la llegada de la política, pues ella fue la que abrió el camino para que la guerra se hiciese más humana. Fue la política la que cambió el rumbo de la guerra, o al menos la volvió menos tormentosa. Los eventos en España, a mediados de 1820, fueron de una fuerza política contingente, y fueron de tremenda singularidad que es fácil imaginar su poder determinista en lo que luego pasó en América. Por eso es que la Historia no puede verse como el devenir de opciones y de coyunturas. La Historia es como la vida de un ser humano; es decir, llena de imprevistos y riesgos; y en esos ámbitos, los que fungen de líderes eficaces sólo son hábiles aprovechadores de las circunstancias, por muy inesperadas que sean. Los acontecimientos que prepararon los tratados de negociación en Trujillo nos llevan a pensar en las metamorfosis del devenir histórico, en sus cambios drásticos o perturbadores, y que para algunos serían absurdos. No hay entonces hechos históricos desconectado de un sinnúmero de otros hechos, y es así que se reafirma que la historia es encontrar y narrar las interdependencias. El proyecto independentista fue salvado por un azar liberal, y así se reafirma el carácter vasto y laberíntico de la ciencia histórica; por eso, lo maravilloso de ella es que se puede fantasear con ella. Con la historia es posible fantasear porque todo en ella es pertinente y factible; por eso abundan tantas licencias o permisos para que sea literaturizable. Es ella un compendio de relatos que se bifurcan porque así es el hombre: como un atisbo, como un barrunto, como un tanteo.

El Bolívar del encuentro de Santa Ana dará lecciones de manejo psicológico y aportará su astucia. El Simón Bolívar del encuentro de Santa Ana es el fiel exponente de la astucia de la serpiente que logra su cometido con cada paso milimétrico; esta astucia es un capítulo brillante pero complejo del poco entendimiento de muchos con eso de la relación tormentosa que hay entre moral y política. El Bolívar de Santa Ana sale victorioso porque es más híbrido que Morillo, y más híbrido que Fernando VII, más híbrido que muchos de sus compañeros de armas. Se trata de la enseñanza de Maquiavelo de cómo debe actuar un príncipe, pues en esto dice que debe actuar, de acuerdo a las circunstancias, como una bestia y como un hombre, y es así que el Libertador bestia de los primeros años de la guerra se convirtió en un líder de naturaleza humana y animal al mismo tiempo, pero cada faceta sostenía la otra. Se dice que los centauros del llano son los llaneros, pero más bien el rey de los centauros fue un Simón Bolívar que en el encuentro de Santa Ana y en todo el desarrollo de las negociaciones actuó como el príncipe tan bien concebido por Nicolas Maquiavelo.

Quiero en este escrito motivar la reflexión de todo ese proceso que desembocó en Santa Ana e incentivar el pensamiento sobre el legado del Libertador a través de sus acciones y palabras en torno a ese instante de paz, y lo hago al realzar la naturaleza artificiosa de su conducta como estadista que superaba con altura las

murallas de la moral ingenua. Se entiende que este Simón Bolívar será un eterno incomprendido de los hombres inferiores, y con ello me refiero a esos seres que son como la damisela de aventuras alegres que se viste con formales atavíos para fingir que es honesta. Muchos pueblos de agónicas necesidades populistas son como ese tipo de mujer, y por eso es que la libertad está más bien relacionada con instintos viriles, y ese tipo de instintos son los que hacen falta para comprender mejor a aquel centauro que se acercó al caserío de Santa Ana hace 200 años para conversar con su enemigo más duro.

Referencias Bibliográficas

1.-A.G.I., Caracas: El Ayuntamiento de Caracas, capital de Venezuela, informa a su V.M. sobre la revolución comenzada en diez y nueve de abril de mil ochocientos diez y terminada en treinta de julio de 1812, que entraron en dicha ciudad las armas de V.M. Caracas, 3 de octubre de 1812.

2.- Aguirre, I(s/f), *Bolívar(1783-1830). Visionario de la Gran Colombia y del Panamericanismo*, Ediciones Lavp, New York, recuperado en https://books.google.co.ve/books?id=2Vo7DwAAQBAJ&pg=PA215&pg=PA215&dq=Diga+usted+al+general+Morillo+de+mi+parte+que+%C3%A9l+se+retirar%C3%A1+%C3%A1+sus+posiciones+de+C%C3%A1diz++antes+que+yo+%C3%A1+C%C3%BAcuta;+d%C3%ADgale+usted+tambi%C3%A9n+que+cuando+fugitivo+de+mi+patria&source=bl&ots=K_yYXA7ZGh&sig=ACfU3U1FyHd73Ak15Zz2O6uCWwrh6SZ9CQ&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKEwjcvbC6pbLqAhXrct8KHYZeCj8Q6AEwAHoE-CAkQAQ#v=onepage&q=Diga%20usted%20al%20general%20Morillo%20de%20mi%20parte%20que%20%C3%A9l%20se%20retirar%C3%A1%20%C3%A1%20sus%20posiciones%20de%20C%C3%A1diz%20%20antes%20que%20yo%20%C3%A1%20C%C3%BAcuta%3B%20d%C3%ADgale%20usted%20tambi%C3%A9n%20que%20cuando%20fugitivo%20de%20mi%20pa-

[tria&f=false](#).

3.- Austria, J(1855),, *Bosquejo de la Historia militar de Venezuela en la guerra de su independencia*, Caracas, Tomo I, Imprenta y Librería de Carreño Hermanos, recuperado en <https://books.google.co.ve/books?id=qegBAAAAMAAJ&pg=PA182&lp-g=PA182&dq=Con+cu%C3%A1nto+placer+me+lisonjeaba+yo+de+haber+llenado+mis+deberes+con+decoro+e+integridad,+de+haberme+identificado+con+las+ben%C3%A9ficas+intenciones+de+las+Cortes+generales+de+la+naci%C3%B3n+espa%C3%B1ola,+de+ver+al+jefe+de+la+expedici%C3%B3n+fundar+su+allanamiento+en+la+augusta+mente&source=bl&ots=PVGSM1tIg2&sig=ACfU3U0b3ovX-3VO4wFtBu7W8JFw01e5lcA&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKEwj455Kpv6jqAhWpd98KH-fjbB44Q6AEwAHoECAYQAQ#v=onepage&q=Con%20cu%C3%A1nto%20placer%20me%20lisonjeaba%20yo%20de%20haber%20llenado%20mis%20deberes%20con%20decoro%20e%20integridad%2C%20de%20haberme%20identificado%20con%20las%20ben%C3%A9ficas%20intenciones%20de%20las%20Cortes%20generales%20de%20la%20naci%C3%B3n%20espa%C3%B1ola%2C%20de%20ver%20al%20jefe%20de%20la%20expedici%C3%B3n%20fundar%20su%20allanamiento%20en%20la%20augusta%20mente&f=false>

4.- Baralt, R y Díaz, R(1841) *Resumen de la Historia de Venezuela desde el año de 1797 hasta el de 1830*, Paris, Francia, Tomo Primero, Imprenta de H. Fournier, recuperado en https://books.google.co.ve/books?id=8yITAAAYAAJ&pg=PA191&lpg=PA191&dq=Despu%C3%A9s+de+haber+robado+y+saqueado+el+pueblo,+derribaron+a+hachazos+las+puertas+de+la+iglesia+y+regaron+con+la+sangre+de+algunos+ancianos+el+coro&source=bl&ots=DxNmGsX-gwC&sig=ACfU3U2ofCSy9blz_yREd2JIDoLt-bL7T3A&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKEw-jt_OyMrJ7qAhXic98KHVswD3UQ6AEwAHoE-CAgQAQ#v=onepage&q=Despu%C3%A9s%20de%20haber%20robado%20y%20saqueado%20el%20pueblo%20C%20derribaron%20a%20hachazos%20las%20puertas%20de%20la%20iglesia%20y%20regaron%20con%20la%20sangre%20de%20algunos%20ancianos%20el%20coro&f=false

5.- Bello, A (1946). *Principios de derecho internacional*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Atalaya.

6.- Biblioteca virtual Universal(2006), *Tratado de Armisticio (1820)*. Editorial del Cardo, recuperado en <https://www.biblioteca.org.ar/libros/300525.pdf>

7.- Blanco, J(1876), *Documentos para la Historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*, Caracas, Venezuela: Imprenta de la “Opinión Nacional”, recuperado en <https://books.google.co.ve/books?id=-TRBAAAAAYAAJ&pg=PA248&lpg=PA248&dq=->

[Si,+V.+E.+piensa+venir+a+dictar+las+condicio-
nes+del+armisticio,+yo+aseguro+a+V.+E.+que+-
no+lo+aceptar%C3%A9+jam%C3%A1s,+y+-
que+V.+E.+sera+responsable+ante+la+hu-
manidad+y+su+nacion+de+la+continuacion+-
de+esta+sangrienta+lucha,+cuyo+resultado+fi-
nal+sera+la+emancipacion+de+toda+la+Ameri-
ca,+o+su+completo+exterminio,+si+aun+se+pre-
tende+someterla&source=bl&ots=okosg-wq-
Ff&sig=ACfU3U3P2ruHVVYUGsxWa7-oT-
BR0fGBM6NQ&hl=es-419&sa=X&ve-
d=2ahUKEwj5-dOwrrLqAhWpm-AKHY_oD_
kQ6AEwAHoECAoQAAQ#v=onepage&q=-
Si%2C%20V%20.%20E.%20piensa%20venir%20
a%20dictar%20las%20condiciones%20del%20
armisticio%2C%20yo%20aseguro%20a%20V.%2-
0E.%20que%20no%20lo%20aceptar%C3%A9%20
jam%C3%A1s%2C%20y%20que%20V.%20E.%20
sera%20responsable%20ante%20la%20huma-
nidad%20y%20su%20nacion%20de%20la%20
continuacion%20de%20esta%20sangrienta%20
lucha%2C%20cuyo%20resultado%20final%20
sera%20la%20emancipacion%20de%20toda%20
la%20America%2C%20o%20su%20completo%-
20exterminio%2C%20si%20aun%20se%20preten-
de%20someterla&f=false](#)

8.- Blanco, J.F. y Azpúrua, R,(1977). *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, Tomo IV, Ca-

racas, Venezuela: Ediciones de la Presidencia de la República.

9. Bolívar, S.(s/f) *Obras Completas*. Tomo III. Caracas, Venezuela: E. Requena Mira Editor.

10.-Brewer, A.R. (2016)Sobre Miranda. *Entre la perfidia de uno y la infamia de otros, y otros escritos*. Homenaje al Bicentenario de su fallecimiento en “Carraca cerca de Cádiz”, el 14 de julio de 1816.Caracas, Venezuela: Editorial Jurídica Venezolana.

11.-Caldera, J(2016),*Sucre, pionero del derecho internacional humanitario durante la gesta de emancipación grancolombiana*,. Génesis y antecedente, recuperado en [file:///D:/Users/Beltran%20Vallejo/Downloads/4904-Texto%20del%20art%C3%ADculo-10971-1-10-20160707%20\(3\).pdf](file:///D:/Users/Beltran%20Vallejo/Downloads/4904-Texto%20del%20art%C3%ADculo-10971-1-10-20160707%20(3).pdf),

12.-Carneiro,S (2013), *La Clemencia del Príncipe: su representación alegórica en emblemas y empresas de España y América colonial*, Santiago de Chile, Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile, recuperado en https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22952013000300004.

13.-Casado, F(s/f) *La correspondencia entre los generales Simón Bolívar y Miguel de la Torre durante el armisticio de Trujillo (1820- 1821)*, recuperado en <https://core.ac.uk/download/pdf/58906199.pdf>, p. 79

14.-Cortázar, R(1964), *Correspondencia dirigida al Ge-*

neral Santander, recuperado en http://www.bdigital.unal.edu.co/339/26/PARTES_280_354.pdf

15.- Cunill, P(1987). *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*. Comisión Presidencial Centenario de Venezuela.

16.-*Documentos para la Historia de la vida pública del Libertador*(1977), Caracas, Venezuela: Ediciones de la Presidencia de la República, Bicentenario de Simón Bolívar, recuperado en <https://books.google.co.ve/books?id=rcSPrqG2HkAC&pg=PA497&lpg=PA497&dq=Somos+responsables+V.E.+y+yo+al+Gobierno+y+al+mundo+entero+que+ fija+los+ojos+sobre+la+fratricida+guerra+de+la+Am%C3%A9rica+Espa%C3%B1ola,+de+los+nuevos+desastres,+horrores+y+sangre+que+la+ambici%C3%B3n+y+las+pasiones+exaltadas+vuelvan+a+producir&source=bl&ots=DaZdeeKVLN&sig=AC-fU3U2RKw-0YgOVk2daNO8Rg7goM19Y-4g&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKEwiqwI7Ws-LLqAhVKdt8KHUIABaUQ6AEwAHoECAo-QAQ#v=onepage&q=Somos%20responsables%20V.E.%20y%20yo%20al%20Gobierno%20y%20al%20mundo%20entero%20que%20fija%20los%20ojos%20sobre%20la%20fratricida%20guerra%20de%20la%20Am%C3%A9rica%20Espa%C3%B1ola%2C%20de%20los%20nuevos%20desastres%2C%20horrores%20y%20sangre%20que%20la%20ambici%C3%B3n%20y%20las%20pasio->

nes%20exaltadas%20vuelvan%20a%20producir&f=false.

.17.-*El bando de Guayabal* (2012), recuperado en <http://sanjuandelosmorros.blogspot.com.es/2012/11/boves-calabozo-y-apure.html>.

18.-Earle, R82014), *España y la Independencia de Colombia, 1810-1825*, Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes.

.19 *Gaceta del Gobierno*, (s/f), Universidad Complutense de Madrid, recuperado en https://books.google.co.ve/books?id=cjIAf7Sjc1MC&pg=PA167&lpg=PA167&dq=Mi+estimado+Pino:+acabo+de+llegar+del+pueblo+de+Santa+Ana,+adonde+pas%C3%A9+ayer+uno+de+los+d%C3%ADas+m%C3%A1s+alegres+de+mi+vida+en+compa%C3%B1%C3%ADa+del+general+Bol%C3%ADvar+y+de+varios+oficiales+de+su+E.M.+a+quienes+abrazamos+con+el+mayor+cari%C3%B1o.+Todos+estuvieron+contentos:+comimos+juntos+y+el+entusiasmo+y+la+fraternidad+no+pudieron+ser+mayores.&source=bl&ots=P49C_8Az0R&sig=ACfU3U0O_s_uqUTZ_bey9Lo4kpFt-1fN-jQ&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKEwjo0LPOhcTqAhVGh-AKHVXQD-YQ6AEwAHoE-CAoQAQ#v=onepage&q=Mi%20estimado%20Pino%3A%20acabo%20de%20llegar%20del%20pueblo%20de%20Santa%20Ana%2C%20adonde%20pas%C3%A9%20ayer%20uno%20de%20

[los%20d%C3%ADas%20m%C3%A1s%20alegres%20de%20mi%20vida%20en%20compa%C3%B1%C3%ADa%20del%20general%20Bol%C3%ADvar%20y%20de%20varios%20oficiales%20de%20su%20E.M.%20a%20quienes%20abrazamos%20con%20el%20mayor%20cari%C3%B1o.%20Todos%20estuvieron%20contentos%3A%20comimos%20juntos%20y%20el%20entusiasmo%20y%20la%20fraternidad%20no%20pudieron%20ser%20mayores.&f=false](#)

20.-Groot,J(1870),*Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada, escrita sobre documentos auténticos*, Bogotá, Imprenta I estereotipa DE Medardo Rivas, 1870, p. 626, recuperado en https://books.google.co.ve/books?id=7nd-QAQAIAAJ&pg=PA626&lpg=PA626&dq=Todo+militar+o+dependiente+de+un+ej%C3%A9rcito+tomado+en+el+campo+de+batalla+a%C3%BAn+antes+de+decidirse+%C3%A9sta,+se+conservar%C3%A1+y+guardar%C3%A1+como+prisionero+de+guerra,+y+ser%C3%A1+tratado+y+respetado+conforme+a+su+grado+hasta+lograr+su+canje&source=bl&ots=0sxZcbPIK-D&sig=ACfU3U3_BqQ3L49ndfOYAzaXboUHQ-MI3Aw&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKEwiamr-zeqLzqAhWvT98KHW1_CWYQ6AEwAnoECAw-QAQ#v=onepage&q=Todo%20militar%20o%20dependiente%20de%20un%20ej%C3%A9rcito%20tomado%20en%20el%20campo%20de%20batalla%20a%C3%BAn%20antes%20de%20decidir-

se%20%C3%A9sta%2C%20se%20conservar%-C3%A1%20y%20guardar%C3%A1%20como%20prisionero%20de%20guerra%2C%20y%20ser%-C3%A1%20tratado%20y%20respetado%20conforme%20a%20su%20grado%20hasta%20lograr%20su%20canje&f=false.

21.-Hobbes,T(2017). *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Ciudad de México, México, Tercera Edición: Fondo de Cultura Económica.

22.- Ibarra, J(2018), *Simón Bolívar, entre Escila y Caribdis*, Editorial Unimagdalena, Primera Edición.

23.-Larrazábal, F(1878) *La vida y correspondencia general del Libertador Simón Bolívar*, New York, Cuarta Edición, Imprenta de El Espejo, recuperado en https://books.google.co.ve/books?id=l_prAAAAMAA-J&pg=PA32&lpg=PA32&dq=Est%C3%A1n+locos+%E2%80%9Cen+Madrid,+gritaba+%C3%A1+voz+en+cuello,+no+saben+lo+que+mandan+:+%E2%80%9C+no+conocen+el+pa%C3%ADs,+ni+los+hechos,+ni+las+circunstancias.&source=bl&ots=qvbVGJaqa5&sig=AC-fU3U3cgnI9Cw2LpEryIZhmMzNvb5WoK-Q&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKEwj2yIjauK3-qAhVDT98KHZq5A8EQ6AEwAHoECAMQA-Q#v=onepage&q=Est%C3%A1n%20locos%20%E2%80%9Cen%20Madrid%2C%20gritaba%20%C3%A1%20voz%20en%20cuello%2C%20no%20saben%20lo%20que%20mandan%20%3A%20%E2%80%9C%20no%20conocen%20el%20pa%-

C3%ADs%2C%20ni%20los%20hechos%2C%20ni%20las%20circunstancias.&f=false.

24.- Lombardi, A(2019), *Banderas del Rey. Los Realistas y las guerras de España en América(1810-1823)*, Zaragoza,España: 1era edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza.

25.-Mann, T(s/f), *La montaña mágica*, Nueva traducción al castellano de Isabel García Adánéz, recuperado en https://0201.nccdn.net/1_2/000/000/139/5ff/La-monta--a-m--gica.pdf.

26.-Melo, J(s/f), *El indulto en el proceso de independencia de la Nueva Granada, 1808-1821*, recuperado en <https://journals.openedition.org/rhj/612>

27.- Miramón, J (1972) *Bolívar El Prometeo Criollo*, Bogotá,Colombia: Instituto colombiano de cultura, Primera Edición.

28.-Neruda, P(2005), *Canto general*, Santiago, Chile: Pehuén Editores, recuperado en <https://books.google.co.ve/books?id=eOPdjkg4Zg8C&printsec=frontcover&dq=canto+general&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKEwj49d72jezqAhUrTd8KHbH2CI-0Q6AEwAHoECAAQAg#v=onepage&q=canto%20general&f=false>.

28.-Nietzsche, F.(2004). *Así hablo Zaratustra*, Madrid, España: Editorial Alianza.

29.-Odrizola, M(1872), *Documentos Históricos del Perú*, Lima, Tomo Tercero, Imprenta del Estado

p.88, recuperado en <https://books.google.co.ve/books?id=eY81AAAAIAAJ&pg=RA2-PA88&pg=RA2-PA88&dq=Vuestros+hermanos+de+la+pen%C3%ADnsula+esperan+ansiosos+con+los+brazos+abiertos+a+los+que+vengan+enviados+por+vosotros+para+conferenciar+con+ellos,+como+iguales+suyos+sobre+el+remedio+que+necesitan+los+males+de+la+patria+y+los+vuestros+particularmente&source=bl&ots=naYeioa4DM&sig=ACfU3U0s1tphg5iR-KvpI2we4wQ1wigE9DQ&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKewiawu6FvajqAhUsTd8KHd-N6B9sQ6AEwAHoECAgQAQ#v=onepage&q=Vuestros%20hermanos%20de%20la%20pen%C3%ADnsula%20esperan%20ansiosos%20con%20los%20brazos%20abiertos%20a%20los%20que%20vengan%20enviados%20por%20vosotros%20para%20conferenciar%20con%20ellos%2C%20como%20iguales%20suyos%20sobre%20el%20remedio%20que%20necesitan%20los%20males%20de%20la%20patria%20y%20los%20vuestros%20particularmente&f=false>

30.-Pereña, L (1952). *El concepto de derecho de gentes en Francisco de Vitoria*. Revista española de Derecho internacional.

31.-Platón(1871), Obras Completas, Madrid, España: Edición de Patricio de Azcárate, tomo 2, recuperado en <http://www.filosofia.org/cla/pla/img/azf02257.pdf>.

Quintero, G(2017)*Soldado de Tierra y Mar. Pablo Morillo*, El Pacificador, Madrid,España: Editorial EDAF.

32.- *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*, 1829, Madrid, Imprenta de Don León Amarita, recuperado en https://books.google.co.ve/books?id=WPYt-BIGj-zUC&pg=PA177&lpg=PA177&dq=Es+muy+numeroso+el+ej%C3%A9rcito+que+tengo+que+mantener+y+vestir,+y+cada+d%C3%ADa+va+aumentando+considerablemente&source=bl&ots=ZjexN_Ug_c&sig=ACfU3U1XYacnY0PI-GzubR5NyEHn2BITbYw&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKEwj_--vmnJ7qAhUmc98KHQLGDT0-Q6AEwAHoEACQAQ#v=onepage&q=Es%20muy%20numeroso%20el%20ej%C3%A9rcito%20que%20tengo%20que%20mantener%20y%20vestir%20C%20y%20cada%20d%C3%ADa%20va%20aumentando%20considerablemente&f=false.

.33.-Reixach, P(1987), *El Libertador se adelanta al curso de la Historia: Tratado de Regulación de la Guerra*.Tomo LXIX. N°274. Caracas, Venezuela: Academia Nacional de la Historia.

34.-Restrepo,J.M(s/f). *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional* Tomo II, p.271, recuperado en <https://books.google.co.ve/books?id=iJszoz3Vp3oC&pg=PA271&lpg=PA271&dq=Esta+no+es+una+exageraci%C3%B3n,+es+una+verdad+que+la+he+palpado+con+bastante+dolor.&source=bl&ots=Cp27CAJ-fNq&sig=ACfU3U06Y21qWScz0ybsSYIjqbyTt1Sz->

bQ&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKEwjh2bTu-vpbqAhXBTd8KHdYrAOcQ6AEwAHoECA-gQAAQ#v=onepage&q=Esta%20no%20es%20una%20exageraci%C3%B3n%2C%20es%20una%20verdad%20que%20la%20he%20palpado%20con%20bastante%20dolor.&f=false.

35.-Rodríguez, A(1920), *El Teniente General Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marques de La Puerta*, Madrid, España: Editorial América.

36.-Rumazo, A(2006) *Simón Bolívar(Biografía)*, Caracas, Venezuela: Ediciones de la Presidencia de la República.

37.-Sagrav,I(s/f), *Simón Bolívar, Correspondencia*, recuperado en https://www.academia.edu/7512312/simon_bolivar_correpondencia_5.

38.- *Simón Bolívar, Reflexiones políticas*, (2020)Red Ediciones SL, recuperado en https://books.google.co.ve/books?id=i_SsDwAAQBAJ&pg=PT156&lpq=PT156&dq=Perm%C3%ADtame+V.M.+dirigir+al+trono+del+amor+y+de+la+ley+el+sufragio+reverente+de+mi+m%C3%A1s+sincera+congratulaci%C3%B3n+por+el+advenimiento+de+V.M.+al+imperio+m%C3%A1s+libre+y+grande+del+primer+continente+del+Universo.+Desde+que+V.M.+empu%C3%B1%C3%B3+el+cetro+de+la+justicia+para+los+espa%C3%B1oles+y+el+iris+de+la+paz+para+los+americanos,+se+ha+colocado+V.M.+en+el+vuel-

[co+de+todos+los+corazones.+Desde+aquel+d%C3%ADa+entr%C3%B3+V.M.+en+el+sagrario+de+la+inmortalidad.&source=bl&ots=OCf1wj0cR-z&sig=ACfU3U1qtdJr8EHf9cH9gWZsm75LV_rEiQ&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKEwiVoYi3lc-TqAhWynuAKHTNUCEEQ6AEwAHoECAk-QAQ#v=onepage&q=Perm%C3%ADtame%20V.M.%20dirigir%20al%20trono%20del%20amor%20y%20de%20la%20ley%20el%20sufragio%20reverente%20de%20mi%20m%C3%A1s%20sincera%20congratulaci%C3%B3n%20por%20el%20advenimiento%20de%20V.M.%20al%20imperio%20m%C3%A1s%20libre%20y%20grande%20del%20primer%20continente%20del%20Universo.%20Desde%20que%20V.M.%20empu%C3%B1%C3%B3%20el%20cetro%20de%20la%20justicia%20para%20los%20espa%C3%B1oles%20y%20el%20iris%20de%20la%20paz%20para%20los%20americanos%2C%20se%20ha%20colocado%20V.M.%20en%20el%20vuelco%20de%20todos%20los%20corazones.%20Desde%20aquel%20d%C3%ADa%20entr%C3%B3%20V.M.%20en%20el%20sagrario%20de%20la%20inmortalidad.&f=false](https://books.google.co.ve/books?id=MO14D-wAAQBAJ&pg=PT30&lpg=PT30&dq=Extend+la+vista+sobre+nuestras+poblaciones+to-co+de+todos+los+corazones.+Desde+aquel+d%C3%ADa+entr%C3%B3+V.M.+en+el+sagrario+de+la+inmortalidad.&source=bl&ots=OCf1wj0cR-z&sig=ACfU3U1qtdJr8EHf9cH9gWZsm75LV_rEiQ&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKEwiVoYi3lc-TqAhWynuAKHTNUCEEQ6AEwAHoECAk-QAQ#v=onepage&q=Perm%C3%ADtame%20V.M.%20dirigir%20al%20trono%20del%20amor%20y%20de%20la%20ley%20el%20sufragio%20reverente%20de%20mi%20m%C3%A1s%20sincera%20congratulaci%C3%B3n%20por%20el%20advenimiento%20de%20V.M.%20al%20imperio%20m%C3%A1s%20libre%20y%20grande%20del%20primer%20continente%20del%20Universo.%20Desde%20que%20V.M.%20empu%C3%B1%C3%B3%20el%20cetro%20de%20la%20justicia%20para%20los%20espa%C3%B1oles%20y%20el%20iris%20de%20la%20paz%20para%20los%20americanos%2C%20se%20ha%20colocado%20V.M.%20en%20el%20vuelco%20de%20todos%20los%20corazones.%20Desde%20aquel%20d%C3%ADa%20entr%C3%B3%20V.M.%20en%20el%20sagrario%20de%20la%20inmortalidad.&f=false)

39.-Torres, A. (2018). *La herencia de la tribu: Del mito de la independencia a la Revolución Bolivariana*. Recuperado en <https://books.google.co.ve/books?id=MO14D-wAAQBAJ&pg=PT30&lpg=PT30&dq=Extend+la+vista+sobre+nuestras+poblaciones+to->

[das,+y+no+encontrareis+una+siquiera+que+-no+est%C3%A9+desolada&source=bl&ots=S-qPNTpH8p0&sig=ACfU3U1h_EezN9sGE-kPZ8X0KnDWqt1aOrQ&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKEwjK8Y-VzZbqAhVNKKwKHdmdAo-4Q6AEwAHoECAwQAQ#v=onepage&q=Extended%20la%20vista%20sobre%20nuestras%20poblaciones%20todas%2C%20y%20no%20encontrareis%20una%20siquiera%20que%20no%20est%C3%A9%20desolada&f=false.](#)

40.- Vallenilla, L, (1991), *Cesarismo democrático y otros textos*, Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.

41.- Varios autores(s/f) *Pensamiento político de la emancipación venezolana*, Edición anotada, Selección Pedro Grases.

Contenido

Introducción	5
La civilización tropezó desde el principio	19
Sin el derecho de gentes	25
El Decreto de Guerra a Muerte	29
El Bando de Guayabal	51
La llanerada cambia de ejército	59
El cambio en Bolívar	67
Morillo en su laberinto	87
En la antesala del breve instante de paz	99
Los integrantes de las comisiones negociadoras	107
Las Negociaciones	117
El encuentro de Santa Ana	155
Después de Santa Ana	177
Conclusión	209
Referencias Bibliográficas	217

Este libro se diseñó y exportó para su publicación en Amazon el día 22 de mayo de 2021, en el Taller Editorial del poeta Luis Perozo Cervantes, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el mismo día pero de 1994 en que falleciera el escritor y lingüista Iraset Páez Urdaneta

www.sultanadellago.com